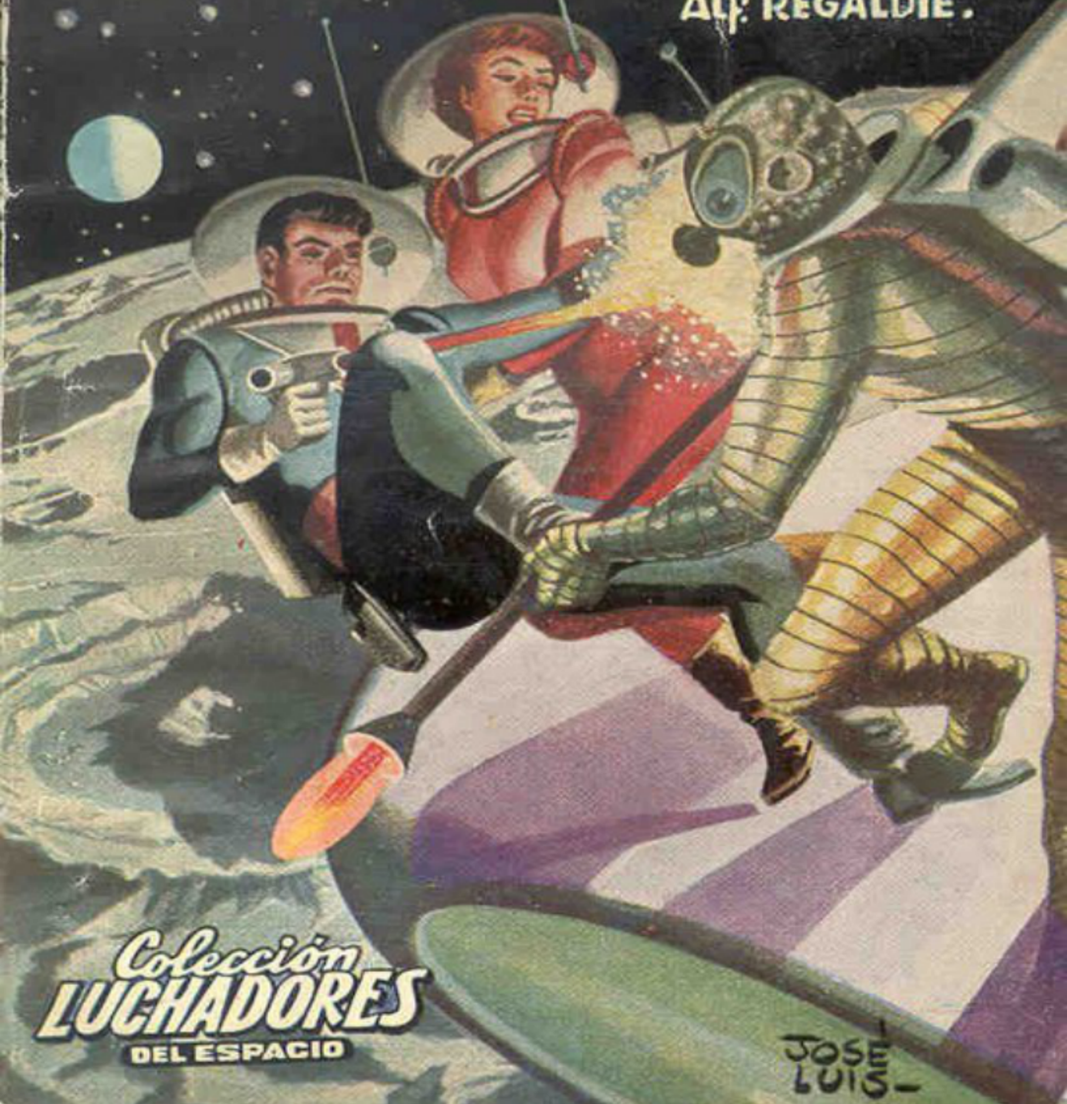

D-3
BASE DE
MONSTRUOS
ALF. REGALDIE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSÉ
LUIS

Table of Contents

Annotation

Las compuertas de los compartimientos estancos de la Numancia se abrieron, sin que la isla-base interplanetaria de los terrestres se detuviera en su veloz marcha en torno a la periferia de la atmósfera del planeta 'D-7', y el roto-avión pilotado por el coronel Cris, en el que éste regresaba de Bradiland, se cernió por unos momentos en el espacio descendiendo luego hasta penetrar en el compartimiento, que se cerró tras él herméticamente.

D-3, base de monstruos

Alf Regaldie

D-3, base de monstruos

Luchadores del Espacio, 29

Alf. Regaldie

D-3 BASE DE MONSTRUOS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Crisanto Díaz de la Vega, Cris. —Coronel de la Oficina de Servicios Estratégicos.
Profesor Añúa. —Notable científico español.
Carmela Garrido. —Ex-prometida de Cris y sargento de la O.S.E.
Capitán Luisa Barrena. —De la O.S.E.
Comandante Barcia. —De la O.S.E.
Capitán Monterroble. —De la O.S.E.
Frieda. —Linda joven de Bradiland, país del planeta «D-7».
M. 205.384 o Mat-Roe. —De la raza de los destructores de mundos.
J. 37.581. —De los destructores de mundos.
Molday. —Joven esclavizado del planeta «D-3».
Maidy. —Hermana del anterior, esclavizada también por los destructores.
Alto Estado Mayor. —De los destructores de mundos.

CAPÍTULO I


D-3 BASE
de
MONSTRUOS
por
Alf. Regaldie

CAPÍTULO I

LUCHA EN LAS TINIEBLAS

Las compuertas de los compartimientos estancos de la *Numancia* se abrieron, sin que la isla-base interplanetaria de los terrestres se detuviera en su veloz marcha en torno a la periferia de la atmósfera del planeta «D-7», y el roto-avión pilotado por el coronel Cris, en el que éste regresaba de Bradiland, se cernió por unos momentos en el espacio descendiendo luego hasta penetrar en el compartimiento, que se cerró tras él herméticamente. Inmediatamente fue inyectado en el compartimiento el aire necesario y la segunda compuerta se abrió, pasando el roto-avión a la pista donde el coronel y sus acompañantes lo abandonaron, haciéndose cargo del aparato la gigantesca grúa que, con sus brazos articulados, lo trasladó inmediatamente a las entrañas de la gigantesca aeronave sideral.

El comandante Barcia salió al encuentro del jefe de la Patrulla Volante, haciéndole el saludo castrense reglamentario.

—A la orden, señor. Tenemos al enemigo a 250.000 kilómetros. Es decir, dentro de una hora, estaremos a tiro de sus rayos eléctricos...

—Gracias, comandante. Pero en esta ocasión no son sus rayos eléctricos lo que me preocupa, sino el comportamiento de nuestras minas aéreas en relación con ellos. Deberán ser protegidas con emisiones de ondas «draper» para que no las puedan detectar... y sólo falta que ellos no puedan aislarse de la atracción electromagnética.

—Ese es el problema, señor, y sólo nos cabe esperar. He hecho retirar a la primera escuadrilla de «golondrinas», dejando a la segunda en el espacio en contacto con los grupos enemigos.

—Perfectamente. Dé órdenes para que esta primera escuadrilla cargue con minas aéreas y sembrarlas luego en el camino de los «destructores de mundos» y dispongan torpedos con carga de gases luminosos...

—Sí, señor. A la orden.

Retiróse el comandante Barcia y el coronel Cris se dirigió al puesto de mando, poniéndose inmediatamente en contacto con la sección de detectores.

—¡Atención, detectores! Proyecten resultados detección radar y ultrasónica en pantallas 1 y 2 respectivamente. Pongan en funcionamiento la pantalla del «noiteleran» tan pronto el enemigo entre en el campo visual.

Se oyó el leve zumbido característico de las proyecciones y el coronel Cris se inclinó ante la pantalla número 1, en la que

primeramente había aparecido reflejada la formación enemiga, en la que apreció inmediatamente tres aparatos de características formas que avanzaban veloces por el espacio, protegidos delante, detrás y por los flancos, por un total de 30 aeronaves más.

Habíasele reunido de nuevo el comandante Barcia, y el coronel Cris señaló hacia los tres aviones distinguidos, dirigiéndose al comandante:

—Fíjese en esos tres aparatos. Tengo la convicción de que son los portadores de los torpedos atómicos. Vienen dispuestos a «secar» al planeta «D-7», a quemarlo...

—Eso creo. Supongo que deseará destrozarles esos tres aviones con torpedos, antes de que se acerquen mucho más.

—No. Nuestros torpedos, para lograr destrozar a esos aparatos, deberían salvar la barrera protectora que le forman los otros aviones y serían y destrozados antes de que pudiesen lograr su objetivo. Prefiero sorprenderlos y de paso, resolver nuestra incógnita: Asegurarnos de que las minas funcionan como es debido. Quiero probarlas con el enemigo antes de que su fallo, de llegar a producirse, no se pudiese corregir.

La escuadrilla de «golondrinas» que se hallaba dispuesta debía salir en tal ocasión sin tripulación humana, con pilotos automáticos y dirigidas sus maniobras por control remoto; y el coronel Cris dio la orden de salida, siendo rápidamente catapultadas al espacio. Los veloces aparatos se lanzaron en medio de una oscuridad casi absoluta[1] al encuentro del grupo enemigo, cubriendo su avance con la emisión automática de ondas «draper» que debían protegerlas de la detección, acercándose a cubrir su objetivo en medio del mayor silencio.

Los dos jefes y sus ayudantes en la cabina de mandos y los oficiales de la sección de detectores desde su puesto, seguían con verdadera ansiedad la marcha de la primera escuadrilla, la segunda escuadrilla de «golondrinas» había sido retirada y en el espacio, delante de la *Numancia*, verdadera isla interplanetaria por sus grandes dimensiones, no quedaban más que las cuatro ágiles aeronaves que por su tamaño, en comparación con el tamaño de las aeronaves de los «destructores de mundos», aparecían destinadas a ser las víctimas propiciatorias.

En la pantalla del «noiteleran», ante la que se habían, trasladado el coronel Cris y el comandante Barcia, se apreciaba perfectamente la distancia cada vez menor que separaba a sus unidades del enemigo, y por si tal cosa en un momento podía fallar, el medidor automático de distancias las iba cantando con voz metálica, monótona. Al llegar a los 44.000 kilómetros hizo virar Cris por medio del control a las cuatro «golondrinas», y automáticamente éstas desprendieron las minas aéreas que llevaban, quedando las tales fijas en el espacio a la altura

que se les había señalado y por la que aproximadamente debía pasar el grupo enemigo.

—¿No resultará prematuro haberlas lanzado ya, señor?

—No. Ellos alcanzan 40.000 kilómetros con sus rayos eléctricos y no puedo dejar que las «golondrinas» corran el albur de ser alcanzadas si, por uno de esos azares, se hubiese producido algún fallo y hubiesen resultado detectadas.

Las «golondrinas», por medio de sus avisadores automáticos, transmitieron a la *Numancia* la posición exacta en que habían sido situadas las minas y las pantallas del radar y las ultrasónicas fijaron tal posición.

Retirada toda la Patrulla Volante a bastante distancia del posible paso del grupo enemigo, quedaron agazapados en las tinieblas vigilando el resultado del experimento.

Fijas las miradas en la pantalla del «noiteleran», vieron Cris y Barcia cómo el grupo enemigo se acercaba a las minas aéreas, cómo penetraban en el radio de atracción magnética de éstas; pero no se produjo ningún movimiento, desplazamiento alguno de los artefactos atómicos.

—¡Fallan los dispositivos de atracción electromagnética! —murmuró Barcia, expresándose en voz baja tal que si temiese que el enemigo pudiera escucharle.

—Temí que pudiera ocurrir algo de esto —respondió Cris—. Ellos usan los rayos eléctricos como una de sus principales armas de combate, y seguramente sus navíos aéreos van revestidos de un aislamiento poderoso para no resultar víctimas de sus propios disparos. Por eso desee probar nuestras minas con tiempo suficiente.

La formación enemiga avanzaba completamente a ciegas, ignorantes del peligro que se abría ante sus agudas proas; se acercaban al lugar donde las minas habían sido colocadas, sin que sus detectores las hubiesen localizado. El coronel Cris y el comandante Barcia contuvieron unos momentos la respiración: la proa de la aeronave enemiga que avanzaba en vanguardia dio la sensación de que iba a chocar con la mina que se hallaba más alta; pero sólo fue una ilusión óptica que duró fracciones de segundo y la proa, primero, y el total de la quilla, después, pasaron sin tan siquiera rozar el artefacto de destrucción. Y tras la primera aeronave pasaron las restantes, a más o menos distancia de las minas que habían sido sembradas por los seres de la Tierra, pero sin rozar ninguna, logrando que una decepcionante exclamación escapara de las bocas de los dos jefes españoles.

—¡Aún podemos cazarlos con unos cuantos torpedos, señor! —exclamó Barcia, juvenil e impetuoso, ávido de lucha, de ver destruido al grupo enemigo.

—Los destrozaremos con torpedos; pero éstos no irán disparados

contra ellos, sino contra nuestras minas. Sincronizaremos para lanzar nuestros torpedos en el momento preciso y que hagan estallar las minas en el punto en que el grupo enemigo quede totalmente dentro del radio de acción de ellas. Así podremos ver cuál es su comportamiento y corregir luego las deficiencias que se han observado.

—¡Me parece una magnífica idea, señor!

El coronel Cris se dirigió entonces a los diferentes servicios, solicitando una serie de datos que necesitaba, datos que fue entregando a la calculadora electrónica, verdadero cerebro matemático, y una vez dispuso de todos los datos que se requerían, la hizo funcionar. Rápidamente la calculadora hizo su trabajo; sólo empleó fracciones de segundo en lo que un hombre avezado hubiese empleado más de quince minutos, y con el resultado de los cálculos en las manos consultó su cronómetro y se dirigió al micrófono de órdenes.

—¡Atención, torpedistas de la *Numancia*! Sitúen torpedos en los números uno a diez con carga especial «D» y dispositivo de explosión por control remoto...

Los transmisores de órdenes entraron en función y dentro del mayor silencio, los mecanismos electrónicos, bajo la mirada vigilante de los seres humanos, realizaron el trabajo que les había sido ordenado, actuando a continuación los avisadores.

—¡Tubos lanzatorpedos del uno al diez, dispuestos!

El coronel, pendiente de su cronómetro, ordenó una corrección en las minas aéreas realizándola por medio de ondas electromagnéticas, y a continuación, en el momento que su cronómetro señalaba el instante determinado por la calculadora electrónica, dio la orden de fuego y los diez torpedos saltaron al espacio avanzando en dirección al campo de minas magnéticas en el cual debían coincidir con las aeronaves de los «destructores de mundos».

Ordenó el coronel Cris una nueva maniobra a la Patrulla tan pronto estuvieron los torpedos en el aire, deseoso de estar bastante lejos cuando se produjesen las explosiones atómicas y la retirada se inició dentro del mayor orden y silencio. En aquellos lugares, nada propicios a la propagación del sonido, no podía temerse a los detectores acústicos del enemigo; pero los terrestres vivían momentos de profunda emoción pendientes del arma defensiva en que tantas esperanzas habían depositado.

En la pantalla del «noiteleran», guardando las debidas proporciones, se reflejaba la escuadra enemiga avanzando hacia la atmósfera del planeta «D-7»; el campo de minas, única defensa de éste interpuesta entre el enemigo, y luego una fracción del propio planeta condenado por los «destructores de mundos» y en marcha convergente

los propios torpedos de la Patrulla terrestre y ésta, situada en uno de los extremos del campo visual despegándose del punto donde debía producirse la espantosa fricción.

Cris observaba atentamente las maniobras de la escuadra enemiga y su rostro expresó un sentimiento de contrariedad al ver que las aeronaves de los destructores, que avanzaban en vanguardia, abrían su formación dejando paso a las tres de tipo especial en que Cris suponía iban los torpedos atómicos.

Y tal como se imaginó, bastante antes de llegar al campo de minas atómicas, lanzaron sus destructores torpedos iniciando a continuación la maniobra de despegue, huyendo a su vez de los efectos de la explosión que no debía tardar en producirse.

Aquello estropeaba todos los cálculos realizados, pero no por ello el coronel español se dio por vencido y con clara visión del momento entregó los mandos de control remoto al comandante Barcia, ordenándole:

—Realice corrección en la marcha de cinco de ellos y láncelos contra los torpedos enemigos para hacerlos explotar.

—Sí, señor...

Seguro por aquella fase de la maniobra, se dirigió personalmente a la centralilla de control de ondas electromagnéticas y las puso en acción, dirigiéndolas sobre el campo de minas para atraerlas al encuentro de los torpedos enemigos. El resto de la maniobra seguía su curso y el avisador electrónico dejó oír su voz:

—¡Cero!

Las pantallas reprodujeron en violentos chispazos lo que habían sido terribles explosiones, reflejándose luego las densas nubes de humo atómico invadiendo un extenso campo que privó por un momento a los observadores de la visión del mismo.

Una duda se alzaba en el ánimo de los dos jefes españoles: ¿Habrían alcanzado los efectos de la reacción en cadena a las aeronaves enemigas y las habría destrozado? ¿Y de no ser así, las habría afectado el espantoso calor no inferior a los 20.000 grados, producido en el centro de la colisión?

Pese a hallarse a una considerable distancia del lugar donde se había producido el espantoso fenómeno, los termómetros situados hacia el exterior de la *Numancia* llegaron a registrar una temperatura de 115 grados y Cris no pudo menos de exclamar:

—De haber estado rodeados de agua, hubiera hervido ésta. Y eso a pesar de que el calor producido por las explosiones ha tenido que atravesar una extensa distancia en la que domina el cero absoluto...

—¿Los 273 grados bajo cero? ¡Pues bien vale la pena que nos hayan cogido un poco lejos! —exclamó en tono humorístico la capitán Barrena.

—Eso mismo pienso yo —respondió Cris—. Pero veamos... Parece que allí, de entre el humo atómico, surge algo...

En la pantalla del «noiteleran» habían aparecido una tras otra, en formación un tanto confusa, desarticulada, las aeronaves de protección de los «destructores de mundos», pero faltaban las tres aeronaves que habían lanzado los torpedos y que, al cumplir su misión, habían quedado rezagadas con relación a las otras.

—Afortunadamente —manifestó Cris nada más que medianamente satisfecho—, no hemos fracasado del todo. Ahora ya podemos tener la casi certidumbre de que no poseen más torpedos atómicos y por tanto, «D-7» no corre peligro, por el momento.

Pero el comandante Barcia interrumpió al coronel a tiempo que señalaba hacia la pantalla, en la que se podía apreciar claramente que las unidades supervivientes de los «destructores de mundos» habían variado bruscamente el rumbo, corriendo al encuentro de la Patrulla Volante de los terrestres.

—¡Fíjese, coronel! ¡Nos han debido detectar pese a nuestras continuas emisiones de ondas «draper»!

—Pueden haber sucedido dos cosas. Que hayan logrado localizar el punto de partida de éstas o que el humo atómico las haya descompuesto, cosa no improbable —intervino el profesor Añúa, que se incorporó en aquel momento al grupo en la cabina de mando—. Aunque creo más probable que haya ocurrido lo último.

—Pues no me hace ni pizca de gracia, profesor —respondió el coronel Cris dirigiéndose al hombre de ciencia.

—Lo creo sin que se esfuerce mucho, coronel.

En las pantallas se reflejaron algunos disparos de rayos eléctricos que quedaron cortos y Cris se dirigió al profesor Añúa.

—El culpable debe haber sido el humo atómico, porque tan pronto han salido de él nos han perdido la pista. La prueba es que disparan a ver si nos cazan con un tiro de suerte, pero sin saber a ciencia cierta donde nos hallamos.

En las pantallas de detección aparecieron varios torpedos disparados por los «destructores de mundos» en dirección al lugar ocupado por los terrestres segundos antes y esto hizo que Cris se confirmase en su teoría.

—Indudablemente debe haber sido eso porque sus torpedos van dirigidos sobre la zona que ocupábamos en el momento de la detección, a menos que sea una maniobra para confiarnos y lanzárnoslos luego encima cuando no tengamos tiempo de evitarlos...

En tal momento, las siluetas de las aeronaves enemigas comenzaron a desdibujarse en las pantallas de detección, hasta desaparecer, sucediendo lo propio con los torpedos lanzados, provocando con ello una peligrosa situación para los terrestres;

afortunadamente, Cris no se dejaba sorprender con facilidad y se dirigió al micrófono de órdenes, conectando con el resto de unidades en el aire por medio del radioteléfono.

—¡Atención, unidades de la Patrulla en el aire! El enemigo se ha agazapado, logrando evitar la detección. Corren también en dirección nuestra una serie de torpedos, bien protegidos a nuestros medios de detección; por tanto, deberán todas las unidades protegerse con barreras de rayos «DOX» de 10.000 metros de profundidad, sembrando el espacio de antiprotones para evitar los rayos eléctricos del enemigo. Los destructores deberán guardar formación «F», evitando por todos los medios el romperla.

No tardaron en recibirse en la *Numancia* los acuses de recibo de las órdenes y Cris, tranquilo en tal sentido, se entregó a la observación, viendo al poco tiempo cómo en la pantalla se reflejaban las violentas explosiones de los torpedos enemigos en las barreras de rayos «DOX» encargando al comandante Barcia el control de la primera escuadrilla de «golondrinas» que continuaba en el aire.

En tanto, en la cabina de mando de la aeronave insignia de la escuadra de los «destructores de mundos», el jefe de la misma se había hecho despojar de su escafandra, dejando al descubierto su rostro de piel verdosa y ojos grandes y extremadamente oblicuos, de color asimismo verde, un verde luminoso, fosforescente. Resbalaba un sudor bastante copioso por la frente del y un esclavo, uno de los habitantes del planeta «D-3», enjugaba de tanto en cuanto tal sudor, siguiendo las indicaciones, que por medio de toscos gruñidos le daba su terrible amo. En el rostro del esclavo, un tipo arrogante, de facciones corrientes y piel color canela, no se reflejaba, sin embargo, el menor miedo ni ansiedad alguna, dando la sensación sus facciones, que se mantenían inexpresivas, que se hallaba bien ajeno a todo cuanto sucedía en torno a él.

Un gruñido del, hizo soltar la esponja de material sintético al esclavo y en su lugar empuñó un cepillo, con el cual rascó delicadamente la rapada cabeza de su tirano, cesando a un nuevo gruñido para colocarle de nuevo la escafandra, la cual encajó por un ingenioso sistema de presión.

Cesaron en tal momento los gruñidos del, comenzando a expresarse por las señales luminosas lanzadas por las lámparas de su escafandra y su fraseología luminosa llegó rápidamente al resto de aeronaves de la flota:

—Ahora operamos unos y otros totalmente a oscuras y la victoria debe ser de los más hábiles y los mejor dotados y esos somos nosotros. No podemos tolerar que unos seres punto menos que en los principios de la civilización, nos derroten vergonzosamente.

El sabía que mentía, pero aquella era una de las tácticas que

empleaban para lanzar a sus hombres ciegamente contra el enemigo, haciéndoles creer en una superioridad neta.

—Ellos son como niños para nuestra mentalidad, y mientras les entretenemos con nuestros torpedos hasta tenerlos al alcance de nuestros rayos, las escuadrillas «C» y «D» se situarán sobre ellos formando un techo de 2.000 metros de altura. La explosión de nuestros torpedos al chocar contra la protección de sus rayos nos dará en todo momento su situación aproximada, ya que se escapan a nuestra detección. Sin embargo, ellos no podrán saber nunca nuestra posición mientras no empleemos los rayos, pues nuestros torpedos no harán nunca. tiro directo. ¡Maniobra!

Las escuadrillas «C» y «D» se desgajaron del total de la formación, ganando rápidamente altura y guiándose por las explosiones de los torpedos lanzados por las restantes unidades de su flota, fueron dirigiendo su vuelo para situarse, según las instrucciones de su jefe, sobre la Patrulla Volante de los hombres de la Tierra.

Sonrió satisfecho el de los «destructores de mundos» al ver la forma insuperable en que iba colocando sus peones, dominando al enemigo por la altura, el lugar por donde aquél no aguardaría el ataque y por donde resultaría más vulnerable a sus rayos eléctricos, y cuando vio en las pantallas de sus detectores que se iban acercando a la posición deseada, dio orden de iniciar el ataque desde su formación por medio de rayos eléctricos.

Esto les distraerá aunque tengamos que servir nosotros de cebo. Pero ninguno de sus torpedos llegará a nosotros si se vigila bien… ¡Fuego!

Comenzaron a ser disparados los poderosos rayos eléctricos desde las principales unidades de la flota, iluminando fugazmente el espacio con la lividez de sus destellos, destrozándose los rayos contra los antiprotones que los iban anulando, pero logrando al mismo tiempo que, por cálculo de probabilidades, lograse el la localización aproximada del enemigo, tornando con ello una considerable ventaja en aquel combate, librado en medio de espantosas sombras por la falta de luz y la interceptación recíproca de las ondas de detección.

Las calculadoras electrónicas de la nave insignia de la escuadra de los «destructores de mundos», en incesante trabajo con los datos que les iban suministrando, proyectaron sobre una pantalla la posición casi exacta ocupada por los navíos aéreos de la Tierra y la sonrisa del, tras demostrar una cierta sorpresa, se tornó levemente irónica. A pesar de la astucia que demostraban los hombres de la Tierra, los vencería; podía considerarse que los tenía ya en sus manos.

Rápidamente transmitió órdenes a sus escuadrillas «C» y «D» y éstas se dispusieron a actuar picando violentamente a tiempo que disponían sus rayos eléctricos para dispararlos sobre las aeronaves de

los hombres de la Tierra situadas en un plano inferior.

El coronel Cris, al percibir los disparos de los rayos eléctricos, llegados de distinta dirección a los torpedos que continuaban explotando al choque con los rayos «DOX», se sintió ganado por la inseguridad y por unos instantes vaciló. Pero afortunadamente para él, había estudiado profundamente las reacciones del único ser que conocía de la raza de los «destructores de mundos», a «M-205.384» o «Mat-Roe», como le habían bautizado; había penetrado en su mentalidad y con ello en el espíritu que animaba a aquellos extraños seres y tras sus primeros momentos de perplejidad, realizando un esfuerzo mental, desdobló su personalidad, colocándose idealmente en la posición ocupada por el jefe enemigo, adaptándose a la idiosincrasia que los distinguía y procuró pensar como lo hubiera hecho él. Y casi instantáneamente, intuyó su maniobra y comprendió que si no obraba rápidamente, estaban perdidos. Era cuestión de décimas de segundo tal vez...

Consideró que no podía perder tiempo en dar órdenes y en un arranque que sorprendió a cuantos le rodeaban, tomó el control de mandos y personalmente realizó la maniobra, obligándola a realizar a los dos destructores por medio de los controles remotos, arrancándolos y arrancando a la *Numancia* bruscamente de la dirección que seguían y del lugar que ocupaban y lanzando a las tres unidades al máximo de velocidad para escapar al peligro.

Con la misma rapidez arrancó de manos del comandante Barcia el control de la escuadrilla de «golondrinas» y las elevó a vertiginosa velocidad, haciéndoles sembrar al propio tiempo el camino recorrido de antiprotones para lograr una barrera defensiva y en tal instante se produjo un violento resplandor ante la cabina de mando a tiempo que la *Numancia* experimentaba una brusca sacudida que lanzó por tierra violentamente a la mayoría de sus tripulantes.

Rehízose inmediatamente el coronel, volviendo a empuñar los mandos, sin hacer caso de los gruñidos e imprecaciones que escuchaba en torno a él, e imprimió de nuevo a las tres aeronaves un giro tendente a desconcertar al enemigo, produciéndose dos nuevas explosiones que casi lo cegaron, pero que le demostraron que había acertado la maniobra.

Experimentó la *Numancia* dos nuevas sacudidas, pero apenas estabilizada la posición automáticamente, pulsó Cris los disparadores de rayos desintegradores, abarcando toda la extensa zona que le permitía la posición de las unidades de su Patrulla, y en los cegadores destellos que se produjeron al chocar algunos de los disparos con objetivo adecuado comprendió el coronel español que no se había equivocado.

Y persistió entonces en sus maniobras un tanto dislocadas,

buscando desconcertar cada vez más a su enemigo, tratando de lograr ventajas en aquel duelo librado entre sombras, duelo en el que se jugaba no sólo la existencia de millones de seres sino de toda una civilización.

La estabilidad lograda de nuevo por la *Numancia* permitió a los colaboradores de Cris ocupar cada cual su puesto y el coronel se dirigió al comandante Barcia y a la capitán Barrena.

—Operen según el plan «C-4»…

Dirigióse luego al micrófono de órdenes:

—¡Atención, torpedistas de la *Numancia*! Carguen todos los tubos lanzatorpedos con proyectiles de gases luminosos. ¡Gradúen espoletas a 55.000 metros!

No tardó en llegar la respuesta de que todo estaba dispuesto y Cris dio la orden de fuego y de volver a cargar con espoletas graduadas a 45.000 metros.

Partieron los proyectiles en veloz vuelo y aún no habían hecho explosión cuando ya estaba en el aire la segunda serie y ya se preparaba una tercera serie que debía explotar a 35.000 metros, y apenas ésta en el aire, todas las armas de a bordo fueron cargadas de nuevo, dispuestas a entrar en acción tan pronto el enemigo quedase visible por la liberación de los gases.

Casi al mismo tiempo explotaron las tres series de proyectiles, quedando iluminada una extensa zona en forma de circunferencia en torno a la Patrulla volante de la Tierra, pero permaneciendo esta en sombra, en el centro de la circunferencia.

Los restos de las escuadrillas «C» y «D» de los «destructores de mundos» que habían quedado en una zona de semipenumbra, pero cuyas siluetas eran claramente visibles, fueron las primeras víctimas de la estrategia del coronel Cris, quedando rápidamente desintegradas en el espacio, y las veloces «golondrinas» lanzadas por el coronel por medio de los controles remotos avanzaron seguidamente, protegidas por la oscuridad, contra los restos enemigos, y antes de que éstos pudieran darse cuenta de su presencia, los segaban rápidamente con una ráfaga de rayos desintegradores, librándose únicamente la aeronave insignia, donde el, en ágil maniobra, había logrado salvar el peligro, si bien a costa de serias averías, quedando la aeronave desnivelada, perdiendo velocidad y siendo punto menos que anulados sus elementos de ataque, si bien continuó avanzando gracias al impulso adquirido y a la falta de resistencia del aire.

Cris adivinó algo de lo que sucedía en la única aeronave enemiga superviviente e hizo avanzar más sus «golondrinas» sobre ella, comprobando que aquélla estaba totalmente imposibilitada para el ataque y, por tanto, que resultaba inofensiva.

De nuevo se proyectaba la aeronave insignia, incapacitada para

evitar tal fenómeno, en las pantallas de los destructores de la *Numancia* y Cris se dirigió al, intimándole a la rendición, prometiéndole respetar su vida y la de los colaboradores que se hubiesen salvado con él. Pero el de los «destructores de mundos» no se digno contestar: prefería la muerte a caer en manos de sus enemigos y alargó su mano hacia la llave que pondría en contacto la energía de propulsión con la reserva explosiva y la magnífica aeronave estallaría en el espacio, saltando en miles de fragmentos y con ella los cuerpos de sus ocupantes…

El esclavo que permanecía detrás de él sabía lo que aquello significaba y sintió que un profundo miedo le invadía. No quería morir. Y tomó rápidamente su resolución…

Con rapidez que parecía impropia de él, a juzgar por sus anteriores actitudes, alargó su mano diestra y se apoderó de la pistola eléctrica que pendía del costado de su jefe y antes de que éste pudiese producir la mínima acción, disparó contra él por el único punto, el de los ojos, en que resultaban vulnerables a tal arma.

Rápidamente se lanzó al suelo y sintió pasar, relampagueantes sobre él, los disparos de los otros tripulantes; pero no se amilanó por el gesto agresivo de ellos y disparó él su vez, manteniendo el disparador oprimido y jugando la muñeca, sintiéndose sacudido por el retroceso del arma a cada golpe de emisión, y cuando no pudo más, soltó el arma, cerrando los ojos, temiendo ver llegado el último momento de su vida.

CAPÍTULO II

PROGRESO MATERIAL

Viendo que la aeronave de los «destructores de mundos» se mostraba incapaz de producir el menor daño, al no obtener respuesta a sus intimaciones de rendición, ordenó Cris avanzar a la totalidad de su Patrulla Volante, lanzando al espacio la segunda escuadrilla de «golondrinas» y pronto la aeronave enemiga quedó totalmente bloqueada, rodeada de los elementos de la flota terrestre, imposibilitada para todo intento de fuga. Y una vez lograda tal cosa, tras un examen que les permitió asegurarse que desde el exterior no podían ver lo que sucedía en el interior de la aeronave enemiga; ya que ésta no ofrecía parte transparente alguna, ordenó Cris que se destacaran dos hombres provistos de motores personales y trajes y escafandras especiales que les permitían cruzar el espacio con toda seguridad.

Los dos hombres llegaron hasta la aeronave enemiga, situándose sobre ella y por radioteléfono pusieron en comunicación con el coronel español.

—Esto esta herméticamente cerrado, señor, y no vemos posibilidad de penetrar en ella.

—Está bien; colóquenle el dispositivo para poder conducirlo por medio del control remoto y regresen....

Obedecida la orden, hubo de disponer Cris la vigilancia del espacio sideral en torno a la atmósfera del planeta «D-7», dejando en manos del comandante Barcia el mando de la Patrulla y él, llevando consigo al capitán Monterroble, al profesor Añúa y otros especialistas pilotando una escuadrilla de «lentejas», las poderosas aeronaves circulares, atravesaron entre los campos de minas sembradas en el espacio y conduciendo a la aeronave enemiga penetraron en la atmósfera del planeta, poniendo proa hacia Bradiland, el país donde se habían librado las durísimas batallas contra los «destructores de mundos» y en el puerto de cuya capital, Damoa, tomaron tierra, haciendo que una multitud ávida de novedades acudiera, rodeándolos, contemplándolos con admiración, ovacionándoles.

Y entre todos los que habían acudido a recibirles destacó prontamente Frieda, la bella damoana que corrió a recibir a Cris tan pronto lo vio emerger de la carlinga de la aeronave que pilotaba.

—Yo sabía que volverías pronto. Me lo decía el corazón. Mis ojos se alegran de volver a verte.

—Gracias, Frieda. Los míos también son felices al contemplarte.

Pero tu corazón ha estado a punto de engañarte porque ha faltado muy poco para que nos destrozaran en el espacio.

* * *

Hubo necesidad de inyectar aire en determinados dispositivos de la aeronave enemiga para lograr abrirla. El sencillo dispositivo de cierre a base de pequeñas ventosas se había resistido a todas las pruebas y ya había dado orden el coronel Cris de atacar la estructura de la aeronave con un poderoso soplete atómico cuando al profesor Añúa, que había estado observando concienzudamente, estudiando todos los detalles exteriores del vehículo, se le ocurrió la idea.

Al abrir Cris la aeronave y alargar su cabeza curiosamente al interior, no tardó en retirarla fuertemente impresionado. En el puesto de mando de la misma, doblado sobre los tableros de direcciones, se veía un poderoso cuerpo cuya cabeza aparecía medio destrozada y en las plazas posteriores, correspondientes al resto de la tripulación, se veían otros tantos cuerpos, ocho en total, caídos en trágicas posturas y con las cabezas asimismo destrozadas.

Sólo un ser aparecía con vida y éste se hallaba tranquilamente sentado en el suelo, detrás del cuerpo del, contemplándolo con una mirada fría, rencorosa de expresión. Entre sus manos sostenía una de las pistolas eléctricas que ya Cris conocía por haberlas visto en manos de Mat-Roe y otros de sus compañeros, y al sentir que la puerta se abría y que una cabeza asomaba por ella, volvió su mirada que resultaba un tanto inexpresiva, pero sin demostrar el menor sobresalto.

La atmósfera en el interior de la cabina resultaba molesta, estaba demasiado cargada, ya que el aire no se había renovado en ella desde que la aeronave se averiara; pero el hombre que se hallaba en su interior no parecía darse cuenta de ello y continuó en su puesto, contemplando fijamente a Cris, que se había retirado vivamente. Era el esclavo al servicio del a quien su miedo había prestado ánimos para salvarse matando a sus opresores y que libre de los momentos de aguda presión que había vivido, daba la sensación de hallarse atontado.

El coronel español, al ver que su forma de vestir y que su raza diferían bastante de la de los «destructores de mundos», se hizo cargo rápidamente de la situación, imaginándose lo que podía haber pasado, y se dirigió a él con amigable voz, empleando el idioma de los «destructores de mundos».

—No tiene nada que temer. Está entre amigos, entre semejantes suyos. Salga de ahí…

Las palabras parecieron chocar en el cerebro del esclavo y se

produjo en él una rápida reacción, apretando convulsivamente el arma eléctrica que tenía entre sus manos, endureciendo los músculos al someterlos a tensión, dando la sensación de que se hallaba presto a saltar… Sus ojos fulguraron, reflejando un miedo pavoroso, el mismo miedo que habían reflejado al ver que el se disponía a destrozar la aeronave y el capitán Monterroble se adelantó, situándose junto al coronel, a cuyo otro lado se había colocado Frieda, contemplando al extranjero con ojos que reflejaban temor y asombro.

—Perdone, coronel, es posible que no entienda el idioma de los «destructores de mundos», pero sin embargo, el solo hecho de escuchar sus sonidos puede despertar en él recuerdos dolorosos, desagradables. Es muy posible que sea él mismo quien ha matado a los otros.

—Parece demasiado para un solo hombre y dominado, además, por el terror. Es posible que ellos se hayan suicidado —arguyó Cris—. Por más que el terror produce en ocasiones efectos terribles…

—¿Quiere separar de ahí a esa señorita, coronel? No son estos espectáculos propios para mujeres… y ella parece decidida a no abandonarle —terminó el capitán Monterroble sonriendo con picaresca expresión.

—Me ha convencido, capitán. Mientras ustedes examinan eso e interrogan a ese hombre, yo me llevaré a esta jovencita y haré que me acompañe hasta donde está Bao Duconte, jefe de este Estado. Quiero dejar terminado con él nuestro tratado de alianza con las bases de nuestra colaboración bien estudiadas. Antes de partir para «D-3» deseo que no quede nada al azar. Quiero que conozca la dura lucha que hemos tenido que mantener para salvarles de la destrucción. Profesor Añúa…

—Dígame, coronel.

—Temo que en esa aeronave esté bien claro el por qué nuestras minas aéreas han fracasado; le ruego que lo estudie y trate de hallar una solución. No quisiera marcharme dejando semejante hueco sin cubrir.

—Es lo primero que pienso estudiar, coronel, aunque supongo que para ello se habrán de efectuar algunas reparaciones.

—Esta bien. Hagan lo que sea necesario. Si lo consideran útil, que envíe el comandante Barcia la Segunda escuadrilla de «lentejas» con los técnicos que se necesiten y será útil también que baje Mat-Roe. Seguramente él podrá explicar muchas cosas. Considero que él no es un simple soldado, un ser vulgar entre los de su raza y que guarda aún demasiadas cosas. No vacilen en ser duros con él si es preciso. No podemos andamos con contemplaciones.

—Descuide, señor. Abriré la sesión con él mostrándole la cabina del aparato tal como está, con los cadáveres de sus compañeros y esto

no dejará de impresionarle, y si no habla, lo enfrentaré este otro ser que, por su expresión, los odia a muerte. Si a pesar de todo no hablase creo que lo chapuzaría en el mar sujeto por una cuerda y lo mantendría en el hasta que se convenciera de que somos los que vamos pegando.

Cris rió la idea de Monterroble y se despidió.

—Está bien. Lo dejo en sus manos. Veo que las lecciones de cómo se hace hablar a los más reacios, le han aprovechado.

Tomó entonces Cris del brazo a Frieda, arrastrándola suavemente consigo. Resultaban una pintoresca pareja. Ella con su vueloso traje de larga caída y su talle de avispa, envuelta en perfumes y primores, femenina, muy femenina, queriendo ser audaz dentro de su timidez, y él, con su traje metálico brillante, por el que discurrían las conexiones de radioteléfono personal con los conductores y de oxígeno, el remate del traje donde se encajaba la escafandra esférica y transparente y ésta debajo del brazo, las ultramodernas armas desintegradoras que pendían en bandolera y de sus costados... Resultaba un anacronismo verlos juntos, pero al propio tiempo, tenía algo de subyugante y encantador tal que si un pasado remoto, lleno de romanticismo, de vida, se resistiese a desaparecer defendiéndose por medio de sus más encantadoras criaturas de la avalancha de modernismo que trataba de arrasarlo todo.

—Vamos, querida. Estos espectáculos no son para mujercitas delicadas como tú. Aunque parezca imposible, perteneces a otra época donde las mujeres soñaban más que vivían.

—No te comprendo, Cris. No sé qué quieres decir. Ahora no te marcharás, ¿verdad?

—¿Sientes que me marche?

—Me agrada estar contigo. Eres fuerte y a tu lado me siento protegida. Si sé que estás cerca no le temo a esos seres terribles que quieren destrozarnos.

—Lo malo es que tendré que marcharme, pero volveré.

—Si te marchas, quiero ir contigo.

—No podré llevarte, Frieda. Hemos de correr grandes riesgos, vivir peligros espantosos que harán retroceder a los seres más templados.

—No me importa. Yo a tu lado no tendré miedo, lucharé, te defenderé cuando estés en peligro.

—Es particular cómo os transformáis las mujeres...

—Iré contigo como van esas otras mujeres que te acompañan. Yo dejaré estas ropas y me pondré esas otras. Aprenderé a manejar vuestras armas y seré útil, muy útil.

—Quieres escapar del pasado, pero no podrás. Esta vida te desbordaría, te destrozaría y yo no me lo perdonaría jamás. Tú debes

esperarme como hacían antaño las mujeres.

En el rostro de Frieda se dibujó un gesto de contrariedad, un gracioso mohín y Cris sintió lo que iba a representar la rápida modernización de Bradiland para sus moradores, el daño qué podría causar entre ellos, sin preparación adecuada, el salto brusco que había de dar el progreso mecánico y que necesariamente influiría en la vida, en los conceptos morales de aquellas almas y tembló un poco por ellos. Sintió que necesitaba proteger a Frieda más contra aquel progreso que contra los «destructores de mundos» y pasándole un brazo por la cintura la estrecho contra su cuerpo, sintiéndose ganado por una repentina emoción. Y por unos momentos maldijo el que, a causa de sus vestiduras metálicas no pudiera sentir el calor del cuerpo joven que estrechaba contra sí, sus cálidas palpitaciones, y hubo de conformarse con mirarse en el fondo de su mirada límpida donde se leían dulces promesas.

* * *

Antes de que llegase la segunda escuadrilla de «lentejas» trayendo a Mat-Roe y los técnicos, ya el profesor Añúa había logrado desentrañar el secreto que envolvía el medio fracaso de las minas aéreas, señalándolo a uno de sus acompañantes.

—Esta delgada capa exterior es la que motiva la no atracción electromagnética. Fíjese.

Probó el profesor con un imán de bastante potencia, pero lejos de producirse la atracción se manifestó una clara corriente en sentido repelente.

—Esto se debe a la naturaleza del metal, al menos en su capa exterior. Es necesario desgajar un trozo de él y someterlo a un análisis completo. Esto nos revelará algunos secretos que han de ser de sumo interés para nosotros y nos enseñarán a conocer más profundamente a estos extraños seres. El antiprotón que nosotros empleamos de una forma, ellos han logrado incorporarlo a esta aleación, bien por estudio, bien porque la naturaleza se lo ofrezca en tales condiciones.

—Pero esto es el fracaso de nuestras minas, en las que tantas esperanzas habíamos puesto, profesor. Por lo menos, fracaso en la lucha que debemos mantener contra estos seres.

—¿Y por qué? Cuando una fuerza es anulada o queda rebasada, se busca otra que pueda competir. Es la eterna carrera que nos ha llevado en un lapso relativamente corto de tiempo a lo que hemos llegado en el aprovechamiento de energías que permanecían ignoradas, aunque en estado latente. Si ellos anulan la fuerza de atracción electromagnética nosotros buscaremos otros medios de atracción. Hay proyectiles que son sensibles al calor y que basta con

soltarlos en el espacio para que ellos de por sí busquen el objetivo y pobre de la caldera o del horno que quede dentro de su radio de atracción, porque irá a parar irremisiblemente sobre ella y la destrozará. Podemos buscar algo de este tipo… Déjeme pensar…

En los ojos del profesor brilló una viva alegría y se expresó seguidamente con rapidez.

—¡Ya está! Si estas aeronaves, en razón a los proyectiles eléctricos que emplean, han de poseer necesariamente esta fuerza repelente contraria a la electricidad positiva, nosotros haremos nuestras minas sensibles a esa misma fuerza y así no tendrán escape. ¡Ya no es necesario que analicen ningún trozo de metal! Necesito que me conserven esta aeronave intacta para realizar las primeras pruebas…

—¿Y qué hacemos con el campo de minas que tenemos sembradas?

—Mantenerlas allí de momento para emplearlas como se las empleó en esta última ocasión, caso de ser necesario. Y una vez probadas con el nuevo dispositivo, se las irá retirando paulatinamente, sustituyéndolas por las nuevas. Ya estoy deseando verme en mi laboratorio de la *Numancia* trabajando. Deseo darle la alegría al coronel Cris lo antes posible.

Mientras tanto, el capitán Monterroble había logrado ganarse la confianza del que había sido esclavo del enemigo, realizando con él un lento trabajo para ir penetrando en su idioma, comenzando por la expresión de las ideas más simples y usuales para irlas relacionando más tarde entre sí e ir explorando en nuevas ideas hasta lograr ligar una conversación, aunque, de momento, debían repetirse por una y otra parte los conceptos, corrigiendo además los defectos de pronunciación.

—Nuestro sol lo llamamos «Azur» y es cabeza del sistema a que este mismo planeta, en el cual nos hallamos, pertenece. Nuestro planeta se llama «León», en recuerdo a una fiera ya extinguida, notable por su valor… Y a este planeta lo llamamos «Aligator» por las extrañas manchas que nos ofrece a distancia, la mayor de las cuales tiene gran semejanza con tal animal, uno de los más terribles de la fauna de nuestro planeta y del cual sólo quedan escasos ejemplares en las reservas.

—¿Y cómo sabes que estamos en otro planeta diferente al tuyo y cuál es este planeta?

El leonés se irguió con arrogancia mostrándose en sus exactas proporciones de atleta y respondió:

—Aunque reducidos desde hace poco a la cualidad de esclavos por esta raza maldita, procedentes de otra galaxia, en nuestro país florecía una civilización extraordinaria, superior a la de nuestros propios vencedores. Y sabemos estas cosas y muchas más.

El rostro del leonés se tornó sombrío y añadió:

—Pero todo ello ha sido barrido por estos salvajes y dudo mucho que podamos levantarnos en mucho tiempo. Porque estos seres que tienes ahí, pese a sus adelantos científicos, a su progreso, son unos verdaderos salvajes que carecen de sentimientos, de conceptos morales y han arrastrado con todo lo que no les sirve, sumiéndonos en la más negra esclavitud, sin dejarnos posibilidad alguna, destrozando nuestras familias como tales, disgregándonos a cada cual por un sitio. La leve sospecha de una simple amistad entre nosotros es suficiente para que se nos traslade de lugar. Tenemos prohibido comunicar unos con otros... y creo que sería preferible morir a soportar tal vida.

—Pero, ¿cómo es posible que os hayan arrollado de tal manera poseyendo una civilización superior a la de ellos, unos medios de defensa correspondientes a tal civilización, una organización...?

—Porque nuestra civilización se asentaba en unas bases falsas. Lo hemos comprendido cuando ya era tarde, después de la caída. Éramos sólo progreso material, vida cómoda, molicie, y estábamos tan entregados a las máquinas que hasta llegaban a pensar por nosotros y si alguno de los nuestros realizaba algún esfuerzo era para ayudar a las máquinas a crear otras más perfectas aún que nos relevasen de lo que nosotros considerábamos penosos trabajos. Hasta nuestra defensa teníamos confiada a las máquinas. Creíamos que no podía fallar y falló, no por las máquinas, sino por falta de espíritu. Ha sido una terrible lección de la que no nos será posible despertar del todo —añadió el leonés tomando la cabeza entre sus manos, como si le molestase el esfuerzo que estaba realizando—. Tal vez las nuevas generaciones que vendrán detrás de nosotros, forjadas en la desgracia y en el dolor, sean capaces de luchar, de sacudir el terrible yugo...

—¿Y por qué no vosotros mismos? Habrás visto que vuestros amos no son invencibles. Nosotros los hemos derrotado en el espacio dos veces y estos seres que nos rodean, tan lejos en su progreso de nosotros y de ellos, han sido capaces de luchar en tierra con ellos y resistirles hasta que hemos llegado en su auxilio. Tú mismo has podido vencerlos, estando solo entre ellos. ¿No te dice esto nada? Debes despertar y gritar a tu pueblo para que despierte a su vez. Nosotros te apoyaremos con nuestras armas... y con nuestra fuerza espiritual. Y este pueblo, del que antes te reías interiormente, debe servirte de ejemplo. ¿Cómo te llamas?

—Molday. Pero ahora nos han borrado el nombre y sólo somos una cifra, un número de una serie. Nosotros somos las Series «Y», «X» y «Z», las últimas. Para ellos yo no soy más que «Y-837.952» y si alguien me llamase por mi nombre, sería ejecutado inmediatamente.

—Pues volverás a ser llamado por tu nombre. Yo y todos los que te rodeamos, en lo sucesivo, te llamaremos Molday y no seremos

ejecutados; debes estar agotado y ahora repondrás tus fuerzas. ¿Necesitas de alimentos especiales? Pero hay algo que no me explico. ¿Cómo con una vida de molicie estáis tan desarrollados? Porque tus formas son de atleta…

Molday por primera vez desde que había caído su planeta en manos de los «destructores de mundos» rió francamente.

—Porque era lo único que no confiábamos a las máquinas: hacíamos deporte, mucho deporte. Era uno de los atractivos de nuestra vida, eso y una alimentación adecuada, científicamente escogida y que tomábamos ya predigerida. Pero había quien pensaba ya en que fuesen las máquinas las que hiciesen el deporte por nosotros mientras permanecíamos cómodamente sentados. Luego, con inhalaciones de oxígeno y masajes adecuados dados por nuestras perfectas máquinas para estimular las funciones del organismo y el desarrollo armónico de los miembros, estaba todo arreglado y poseeríamos salud y belleza sin necesidad de molestarnos…

—Eso no estaba bien, Molday, y debéis celebrar que estos bárbaros hayan cortado a tiempo la carrera de vuestro progreso, porque ahora, aún podréis rehaceros.

Llegaba a tal punto la conversación de los dos seres cuando la segunda escuadrilla de «lentejas» tomaba tierra en la explanada del puerto y no tardaron en emerger de la aeronave los técnicos mandados a llamar por el coronel Cris y entre ellos la capitán Barrena, la sargento Garrido y otros tripulantes del sexo femenino, las cuales traían a Mat-Roe custodiado, obligándolo a saltar a tierra y entregándolo al capitán Monterroble, al cual se acercaron:

—Aquí tiene a Mat-Roe, capitán Monterroble —manifestó la capitán Barrena dirigiéndose a su compañero.

—Gracias, capitán Barrena. Les aguardaba. Deseo presentar a Mat-Roe un viejo conocido, alguien quien no le resultará demasiado agradable encontrar —respondió el capitán Monterroble.

Pero se interrumpió al notar qué los dos seres, al quedar frente a frente, se contemplaban con intenso odio, dando la sensación de dos fieras al acecho, dispuestas a saltar una contra otra.

Pero Mat-Roe no se atrevió a iniciar la lucha, conocedor del enérgico carácter de los terrestres y Molday fue rápidamente contenido por el propio capitán Monterroble.

—¡Quieto, Molday! Es nuestro prisionero, está indefenso y no toleraré que se le haga el menor daño.

—Ellos no tienen derecho a que se les guarde consideración alguna y si usted llegase a estar prisionero de tales monstruos lo aprendería pronto a costa de sus huesos.

—Estoy seguro de que es como dices, pero nosotros no podemos igualarnos a ellos. En tal caso no valdría la pena luchar. Tenemos que

ser mejores y enseñarles.

—Esos monstruos no aprenderán jamás nada bueno. Nosotros no les habíamos hecho daño alguno y hasta ignorábamos su existencia y sin embargo han sido terriblemente crueles con nosotros y no nos han destrozado, no nos han borrado de la faz de nuestro planeta porque nos necesitan para realizar determinados trabajos, los más duros y peligrosos, en las minas, en las fábricas de la industria atómica y en las construcciones de verdaderas ciudades e instalaciones a muchos metros bajo la superficie de nuestro planeta, donde muchos de los míos están cayendo por el trato bestial que reciben de estas fieras.

—¿Y vuestras máquinas? ¿Cómo no realizan ellas tal labor?

—Porque no dejaron número suficiente de ellas. A pesar de que no opusimos casi resistencia por nuestra falta de costumbre, se ensañaron no sólo con nosotros, sino con las máquinas que fueron las que ofrecieron una resistencia ordenada. Y tampoco tenemos máquinas adecuadas para los fines que ellos persiguen porque nosotros vivíamos en paz, libres de temores y no sentíamos la necesidad de vivir como los topos. En nuestro planeta hace muchos siglos que no se producía ya guerra alguna. Todos sus habitantes constituíamos una verdadera familia, sin envidias, sin odios, sin ambiciones. Habíamos llegado a la cumbre de nuestro bienestar material y no anhelábamos nada más.

El capitán Monterroble estaba convencido de que Molday decía la verdad, pero se dirigió a Mat-Roe, interrogándole.

—¿Es cierto eso?

—Es posible que sea cierto. Yo apenas si he estado en su planeta.

—¿Por qué les odiáis? ¿Por qué nos odiáis a nosotros? ¿Por qué tenéis ese afán de destrucción?

—Te lo podré explicar aunque no creo que logres entenderlo. Ni aun el propio...

Mat-Roe se detuvo vacilando. No quería dar a Molday su nombre. A pesar de estar aislado de los suyos, temía que pudiese llegar a su conocimiento que había infringido tal regla y un secreto temor le detuvo. Pero Monterroble comprendió lo que pasaba en su interior y ordenó suavemente, pero con firmeza:

—Llámalo por su nombre, Mat-Roe. Te lo ordeno.

—Ni aun el propio Molday, pese a que ha sufrido una dura experiencia lo podrá comprender, aunque él comienza también a respirar odio, como nosotros. Es algo que se remonta a algunos siglos atrás. Cinco siglos, casi seis.

»Ese mundo que habéis terminado de destrozar era un planeta floreciente en una lejana galaxia y tal planeta lo compartíamos dos especies de criaturas: Una semejante en todo a vosotros, que también, como vosotros se creían los reyes del Universo porque se veían más

hermosos y se creían más inteligentes. Otra nosotros, como una constitución más simple aunque más vigorosa y con nuestra especie de coraza de tipo metálico en forma de escamas protegiéndonos el cuerpo. El planeta era entonces grandísimo y podríamos haber vivido en él tranquilamente sin rozarnos siquiera, pues mientras ellos ocupaban comarcas feraces que les permitían una vida espléndida, nosotros ocupábamos el terreno estepario, árido, la jungla, las zonas casi todo el año cubiertas de hielo, y llevábamos una vida dura, pero sana y no aspirábamos al más. Pero la ambición de nuestros hermanos era insaciable y cuanto más tenían, más deseaban. Comenzaron a arrebatarnos algunos terrenos de jungla porque eran aprovechables y no les bastaba con surcar los espacios a velocidades que se consideraban prohibitivas, con vivir regaladamente en sus grandes ciudades rodeadas de hermosos parques y jardines, de haber dominado en su provecho las mayores fuentes de energía que les brindaba la Naturaleza. Querían más y más y pensaron en dominarnos para someternos completamente a su voluntad, a su orgullo, a su carácter despótico. Así les resolveríamos el poco trabajo que realizaban, ya que las máquinas, introducidas en todas las actividades, eran las que producían. Seguramente consideraban oneroso tener que cuidarlas y crear algunas nuevas y echaron mano de nosotros para que les resolviéramos tal trabajo, apoderándose también de parte de nuestra industria y de muchos de nuestros yacimientos minerales casi por sorpresa. Ellos habían logrado la desintegración del átomo y precisaban de nuestras reservas de uranio, de plutonio, de cobalto y otras. Y se encendió la guerra, una guerra terrible, al principio de la cual ambas partes se abstuvieron de hacer uso de la bomba atómica, hasta que ellos, tras una intensa campaña de preparación propagandística en que se nos acusaba de crueles y en la que se nos negaba todo sentido de humanidad, seguramente para justificarse ante si mismos, lanzaron la primera bomba atómica. Lo que vino después fue algo bochornoso y terrible pues nosotros no necesitábamos justificación alguna y respondimos dando diez por uno. Ellos se habían equivocado, pues no imaginaban que podíamos estar tan preparados; nos tenían poco menos que por seres primitivos por la sencillez de nuestras costumbres y la rusticidad de nuestras habitaciones; y al comprender que habían menospreciado nuestras posibilidades llevándoles al error, en vez de frenar o hacer marcha atrás, se lanzaron a una carrera desbocada que termino con el planeta como tal, quedando convertido en la estrella, que ustedes, siglos después, han destrozado. Tanto de ellos como de los míos se salvaron unos reducidos grupos que estaban en el aire; ellos buscaron refugio en un planeta demasiado alejado del nuestro, pero se les persiguió hasta allí, aniquilándolos por completo, volviendo nosotros a nuestro

destrozado planeta una vez pasada la radiactividad, teniendo que transformar nuestra vida y apoyarnos en otros planetas para tomar de ellos lo que necesitábamos para subsistir. De entonces data el odio inextinguible a la humanidad de vuestro tipo, juramentándose los que quedaron con vida, por sí y sus descendencias, para irla buscando por todos los rincones del Universo hasta su total exterminio, y esto es lo que vamos cumpliendo.

—¡Pero eso es un disparate! ¡Nosotros nada tenemos que ver con aquella humanidad contra las que luchasteis! —exclamó Monterroble sin poder concebir aquel odio fuerza de toda razón.

Pero Mat-Roe se limitó a encogerse de hombros con gesto un tanto despectivo, dirigiendo luego sus miradas hacia la averiada aeronave de sus hermanos de raza.

CAPÍTULO III

EL ELEGIDO

El capitán Monterroble indicó con el ademán a Mat-Roe que debía seguirle, conduciéndole hasta la aeronave, cuya portezuela permanecía entreabierta. Pese al gigantesco tamaño de la aeronave, la especial disposición de su tren de aterrizaje permitía la vista del interior de la misma desde el suelo, pudiéndose penetrar en ella sin necesidad de escalas y el capitán español, al notar que Mat-Roe se detenía indeciso, le instó:

—Puedes asomarte y hasta penetrar en ella; es posible que conozcas a alguno de sus ocupantes. Podrás darte cuenta también de que vuestra estrella va oscureciéndose, perdiendo brillo.

Las pupilas de Mat-Roe fulguraron, denotando que sentía hacia Monterroble tanto odio como hacia Molday, pero no dijo nada y subió a la aeronave, deteniéndose, tal que si un rayo hubiese explotado a sus pies, al ver el cadáver del y los de todo su Estado Mayor.

Monterroble, que le observaba, notó la leve crispación de su cuerpo, el temblor que se apoderaba de su persona y que el extraño ser trató de dominar. Comprendió Monterroble algo de lo que pasaba por la mente de Mat-Roe y llegó a sentir compasión por él.

—A nosotros no nos agrada matar, pero no ha habido más remedio. Ellos querían aniquilar este planeta. Tus hermanos de raza, después de haberse abandonado en nuestras manos, no vacilaban en sacrificarte, sin intentar una sola vez rescatarte.

—La lucha es eso. ¿Qué importa que pueda caer yo y centenares más de los míos? Lo esencial es destrozaros a vosotros y os destrozaremos.

—No vais a poder. No tenéis posibilidad alguna frente a nosotros y no tardarás en verlo. Ahí tienes una muestra —respondió Monterroble, señalando para los caídos—. ¿Les conocías?

—Sí. Era el «J-37.58l» y su Estado Mayor. Pero es inútil que trates de impresionarme. Tú estás asustado como todos los tuyos, pese a vuestras victorias iniciales y tenéis motivo para estarlo. Sabéis que nuestro poder es inmenso y que sabemos hacer la guerra mejor que vosotros, aprovechando todas las posibilidades, sin detenernos ante nada ni ante nadie. Vosotros no sois capaces de tal cosa y los míos lo saben ya. Ellos sabrán aprovechar tal ventaja.

Mientras hablaba, Mat-Roe se producía con naturalidad, accionando como si hablase con un amigo, perdida la agresividad que había sentido al encontrarse con Molday y de improviso atacó,

cargando con toda su fuerza contra el capitán Monterroble, conectándole un duro puñetazo a la barbilla, descargando al propio tiempo el dispositivo eléctrico con lo que Monterroble cayó fulminado.

Por la mente de Mat-Roe paso la idea de dar fin a su enemigo; pero el instinto le avisó que tal pérdida de tiempo podía dar al traste con el plan que tan rápidamente había forjado al invitarle Monterroble a subir en la aeronave y saltó rápidamente sobre los mandos, maniobrando en ellos, haciendo arrancar a la aeronave que lanzó veloz sobre el grupo de terrestres, con ánimo de destrozarlos a tiempo que despegaba. Pero el profesor Añúa, en un salto impropio, dada su falta de entrenamiento atlético, se lanzó sobre los componentes del grupo, arrojándolos bruscamente al suelo, arrojándose con ellos y evitando el tren de aterrizaje que avanzaba amenazador.

Fue un momento de emoción y peligro del que, cuando los terrestres pudieron reponerse, ya la aeronave de Mat-Roe había ganado una considerable ventaja, elevándose casi en vertical, perforando la atmósfera a una velocidad endiablada corriendo peligro de destrozarse al chocar con el muro del sonido.

Una vez bien distanciado, puso Mat-Roe el piloto automático y corrió a las armas de popa, dispuesto a descargar una serle de rayos eléctricos sobre las aeronaves de los hombres de la Tierra, las «lentejas», que se hallaban posadas en la explanada del puerto, con ánimo de destrozarlas e impedir que pudieran perseguirle. Su rápida acción les había sorprendido forzosamente y aún no estarían en el aire.

Con firme pulso empuñó el disparador automático y centró la puntería.

Una mueca que quiso ser sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro, bajo la escafandra y abrió el disparador. Pero la sonrisa se tornó mueca de furor e impotencia al notar que las baterías estaban descargadas, que el poder ofensivo del arma principal era nulo.

Corrió entonces a los mandos, dando la velocidad, confiándose a ella para salvarse, pensando con satisfacción que podía recobrar una aeronave y llevar consigo a uno de los odiados enemigos el cual llevaba a su vez una de las tan ansiadas armas atómicas, donde la rebelde energía había sido dominada y acumulada para disponer de ella bien dosificada y según las necesidades de la lucha. Desechó entonces su primitiva idea de matar al capitán Monterroble, pensando en que sus informaciones podían ser de gran utilidad al Alto Estado Mayor de los «destructores de mundos».

Satisfecho con tal idea, dirigió su vista al contador de velocidad y vio que había logrado los 20.000 kilómetros por hora, velocidad punto menos que prohibitiva dentro de la atmósfera; pero todo le hacía

presagiar que el aparato lo podía resistir magníficamente ya que no se producía la menor vibración extraña y la aeronave se deslizaba como un patín sobre pulida pista de hielo, sin experimentar irregularidad alguna, ni la menor sacudida.

Los detectores le señalaban el camino libre, sin impedimento alguno y entonces pensó en asegurar al capitán Monterroble, atándolo y desarmándolo para que dejase de constituir un peligro y no fuese una preocupación. Sabía Mat-Roe que el espacio en torno a la atmósfera del planeta estaba vigilado por los hombres de la Tierra y su única preocupación era, en aquellos momentos, burlar tal vigilancia.

Abajo, en el puerto, los terrestres habían caído en confuso montón por la maniobra de Mat-Roe, resultando algunos de ellos ligeramente magullados, pero se repusieron rápidamente, levantándose inmediatamente, corriendo en dirección a sus aeronaves dispuestos a elevarse en ellas para perseguir a Mat-Roe. Había iniciado el despegue la primera de las aeronaves, cuando el profesor Añúa hizo ademán para que se detuviera.

—¡Es inútil y hasta podría resultar contraproducente que se le persiga! El aparato lleva los dispositivos para ser controlados sus movimientos a distancia y le haremos volver, pero hay que hacerlo con habilidad. No sabemos como puede reaccionar Mat-Roe si se ve acorralado, pero podría ocurrírsele dar muerte al capitán Monterroble.

—¡Puede atacar por sorpresa a nuestras unidades de vigilancia!

—Es difícil que ellas se dejen sorprender, pero se las puede avisar por radio teléfono para evitarlo. Vamos, encárguese usted mismo de hacerlo mientras yo me preocupo del resto.

Corrió entonces el profesor Añúa al roto-avión que el coronel Cris había pilotado y haciendo que fuese puesto en marcha, tomó en sus manos la dirección del control remoto, iniciando seguidamente las maniobras, y no tardó Mat-Roe, que se disponía a amarrar al capitán Monterroble, en experimentar el primer bandazo que lo lanzó contra el asiento del piloto, al que se hubo de aferrar para evitar el segundo bandazo, que se produjo inmediatamente.

Sin soltar el asiento tomó Mat-Roe en sus manos los mandos del aparato y lo enderezó momentáneamente, pero apenas los volvió a soltar volvió a sufrir otro bandazo que lo descolocó, lanzándolo con violencia contra uno de los mamparos de la aeronave.

Por su parte, el desmayado cuerpo del capitán Monterroble experimentaba unos parecidos efectos, aunque afortunadamente había quedado medio apresado entre dos asientos y las sacudidas y los golpes eran mínimos, no corriendo peligro su integridad física.

Arrastrándose como pudo, logró Mat-Roe asirse de nuevo al asiento del piloto, aferrándose a él, dirigiendo la aeronave otra vez en sentido ascensional después de nivelarla e inmediatamente pasó a

revisar el piloto automático, comprobando su buen funcionamiento y en tal momento se produjo un nuevo golpe, cambiando la dirección de la aeronave bruscamente, entrando en un vuelo picado a vertiginosa velocidad y obligando a Mat-Roe a colocarse el cinturón de seguridad, tomando seguidamente los mandos para tratar de dirigir la aeronave según sus ideas; pero los mandos daban la sensación de estar agarrotados negándose a obedecer, y Mat-Roe pensó que había llegado su última hora, dándose cuenta de que no podía cortar el vertiginoso descenso.

Sus angustiadas miradas se dirigieron hacia el altímetro, cuyas cifras iban bajando rápidamente, señalando el descenso de la aeronave. Desesperado, forcejeó la palanca que debía estabilizar la nave y la rompió, quedándose con parte de ella en la mano.

—¡No tengo solución!

Fue un pensamiento expresado con violencia como si pudieran oírle e inmediatamente recordó que llevaba consigo al capitán Monterroble, a uno de sus aborrecidos enemigos. Aquello le sirvió en parte de consuelo y se volvió a él, alegrándose al comprobar que el capitán español recobraba el conocimiento, aunque muy lentamente, y que le contemplaba con expresión de infantil asombro reflejada en su rostro.

—¡No tenemos solución! ¡Nos vamos a destrozar contra el suelo o nos va a tragar el mar, pero tú vendrás conmigo! ¡Fíjate en el altímetro! Apenas si nos separan de la corteza del planeta más que 700 metros.

—Y tienes miedo, Mat-Roe. Como todos los seres crueles, eres cobarde. No me importa morir. Prefiero tal cosa a que hubieras logrado escaparte para reunirte con los tuyos, aunque tengo la seguridad de que mis compañeros no te lo hubieran permitido. Ellos se mantienen vigilantes en el espacio y no hubieses logrado rebasar la línea de patrulla, y no me extrañaría que fuesen ellos mismos los que se hubiesen apoderado de los mandos de este aparato, manejándolo a su antojo,.

—¡Quinientos metros! —respondió Mat-Roe-Pierde tal esperanza. No sé como podrían ellos realizar tal cosa.

—Muy sencillo, por medio del control remoto. Por el mismo procedimiento que obligaron la descender la aeronave hasta la corteza del planeta. No pensarás que fue vuestro quien la llevó y en cuanto a Molday, no conoce el manejo de estos artefactos.

Mat-Roe sintió un vivo estremecimiento. ¡Si aquello era cierto, no sólo estaba él perdido, sino que los terrestres se burlarían de él, volviendo a apresarlo, a esclavizarlo! No estaba dispuesto a resistir tal burla.

Con fiero ademán, arrojó contra la cabeza de Monterroble el

mango metálico de la palanca, afortunadamente el capitán se hallaba bastante repuesto y logró esquivar, escondiendo la cabeza, recibiendo el golpe en un hombro, pero que al estar éste protegido por el traje metálico no le produjo daño alguno.

El capitán Monterroble vio el brillo homicida en los ojos de Mat-Roe y echó mano al costado en busca de su pistola desintegradora, pero ésta, en uno de los bruscos movimientos de la aeronave, se había salido de su funda y se hallaba enganchada al pie de uno de los asientos, a metro y medio escaso de su mano.

Mat-Roe, que no apartaba su vista del capitán Monterroble, comprendió inmediatamente lo que le sucedía y se despojó rápidamente del cinturón de seguridad, Debía hacerse con la pistola antes de que el capitán llegase hasta ella. Era la única probabilidad que tenía de satisfacer sus ansias de venganza o de poder imponer unas determinadas condiciones.

Monterroble se dejó caer hacia el lugar en que se hallaba la pistola, pero no tuvo fortuna al tratar de cogerla, ya que el arma escapó de entre sus manos, resbalando por el piso de la nave, casi en vertical, y fue a caer en las inmediaciones de donde Mat-Roe se hallaba, logrando éste apoderarse de ella.

Con gesto de feroz alegría, dirigió Mat-Roe la boca del arma contra el capitán Monterroble y pulsó el disparador, dejando paso a una ráfaga de mortales rayos desintegradores; pero el terrestre, que había previsto la maniobra, se le adelantó en el movimiento, descolgándose rápidamente para caer junto a Mat-Roe, el cual vio con asombro que había errado el tiro y que en lugar de destrozar al terrestre había desintegrado uno de los asientos de la aeronave. Y cuando quiso corregir su error era ya tarde, pues Monterroble se había aferrado a su mano diestra sometiéndosela a una violenta torsión hasta lograr desarmarlo.

Pero la lucha se presentaba desigual para Monterroble, ya que Mat-Roe estaba completamente protegido por su traje y su escafandra, mientras él llevaba la cabeza totalmente al descubierto y el extraño personaje centraba todos sus esfuerzos en volvérsela a alcanzar con un golpe, lanzándole al propio tiempo una descarga eléctrica.

De improviso, la aeronave cesó en su descenso, marcando una suave maniobra en la que recuperó su horizontalidad a tiempo que perdía velocidad y poco después se posaba en tierra, recorriendo aún un corto trecho hasta detenerse definitivamente.

La lucha entre Mat-Roe y el capitán Monterroble continuaba, ganando en ferocidad y dureza al poderse asentar los dos seres tranquilamente sobre el piso de la aeronave y el primero logró asestar un golpe al capitán español, golpe que éste pudo resistir, bloqueándolo a medias, para responder inmediatamente con una

fuerte presa en la que retorció la muñeca del «destructor de mundos», obligándole a saltar para deshacer la torsión y aprovechando Monterroble tal momento para hacerle perder el equilibrio con un golpe maestro y lanzarlo violentamente contra uno de los mamparos de la aeronave.

En tal momento se abría desde fuera la portezuela del aparato y Mat-Roe, después de chocar contra las aristas del marco de la misma, cayó pesadamente fuera, tropezando con los que se acercaban ya dispuestos a intervenir en auxilio de Monterroble. Pero el «destructor de mundos» se levantó rápidamente, echando la correr con una velocidad que hubiese parecido impropia a no tener en cuenta la gravedad del planeta «D-7», inferior a la de la Tierra. En cada salto salvaba Mat-Roe de cuatro a cinco metros, disponiéndose a penetrar en Damoa, tratando de hallar refugio en sus calles, en sus edificios, muchos de ellos grandísimos y de complicada construcción.

Pero Molday, a quien su odio prestaba alas, se lanzó a su vez sin tener en cuenta que no llevaba armas ni protección alguna, ganando terreno con sus zancadas seguras, iguales, zancadas de atleta, acortando terreno en sentido oblicuo hasta que, al llegar a conveniente distancia saltó como un felino alcanzando a Mat-Roe en uno de sus saltos, atrapándolo por las piernas. Fue un brutal choque en el aire y los dos hombres cayeron rudamente, trabándose en feroz lucha en la que Mat-Roe, bien defendido su cuerpo, sólo buscaba colocar uno de sus potentes golpes en la anatomía de Molday, tratando de acertarle en uno de los muchos puntos vulnerables que ofrecía.

Pero el leonés se le pegaba al cuerpo para evitar que pudiera desarrollar su potencia de golpe, tratando al mismo tiempo de descoyuntarlo forzando uno de los puntos de unión de la ligera pero fuerte armadura. Los hombres de la Tierra corrieron también en dirección de los luchadores, que por unos momentos se mantuvieron inmóviles, forcejeando duramente, y de pronto se oyó un crujido siniestro, produciendo Mat-Roe un sordo aullido de dolor y rabia a la vez. Molday rebulló en aquel momento a tiempo que su contrario se retorcía en doloroso espasmo y al fin el «destructor de mundos» quedó tendido, inmóvil, mientras el leonés se alzaba ágilmente, mostrando con gesto de triunfo a los hombres de la Tierra que habían llegado dispuestos a socorrerle, un trozo de tubo de conexión que había arrancado a su enemigo, tras haber hecho saltar dos de las piezas del juego que formaban la armadura de Mat-Roe.

Molday jadeaba por el esfuerzo realizado, pero se mostraba sonriente, satisfecho, habiendo desaparecido de él aquel aire de aturdimiento, de ausencia del entendimiento que había dado muestra en los primeros momentos.

Llegó el capitán Monterroble de los rezagados del grupo y el leonés le salió al encuentro.

—Mira, capitán Monterroble. Lo he reducido a la impotencia y creo que ya no podrá hacer más daño. Yo te dije que a esta clase de seres no se les podían guardar consideraciones de ningún tipo.

—Has estado magnífico, Molday. Existe en ti el luchador y debes aprovechar esas cualidades. Me alegro que tú mismo hayas comprobado que no son invencibles. Lo has derrotado pese a luchar con desventaja, sin arma alguna. Esto te señala el camino a seguir por tu pueblo. Tu pueblo que gime esclavo debe aprender esta lección de forma viva; debes llegar hasta ellos y enseñarla, recorrer el planeta dando tales lecciones para que se lancen todos contra ellos y no darles un momento de reposo. Hasta las piedras se deben levantar y convertirse en sus enemigas. Sólo así se puede vencer. Temo que no la quieran aprender, porque están desmoralizados, ellos saben cómo se logra esto, porque lo han visto hacer. A veces se producen peleas entre los «destructores de mundos» y sin necesidad de armas se destrozan como yo he hecho con él. Yo he aprendido de ellos, si bien jamás había tenido ocasión de practicarlo.

—Os habéis acobardado y eso es todo, pero sois más fuertes y más capaces que ellos. Tú mismo lo acabas de demostrar y cuando los tuyos te vean realizarlo recobrarán su valor y te seguirán.

—Es imposible. Ellos destruirían entonces nuestro planeta y pereceríamos todos.

—Nosotros evitaremos que puedan hacer eso. Me alegro de que se haya producido el incidente, porque ha sido el vehículo de que la Divina Providencia se ha valido para mostrarte el camino y para señalarte como el guía de tu pueblo esclavo. Tú no puedes desoír lo que en realidad es un mandato.

—¿Y qué puedo hacer yo solo? —respondió Molday con expresión implorante—, No me escucharán y seré rápidamente aplastado. La policía enemiga me descubrirá rápidamente.

—No pienses en tal cosa. Nosotros te apoyaremos y pondremos en tus manos medios poderosos; pero lo que debe vencer es vuestra propia fe en el triunfo, vuestra decisión. Recuerda que teníais abundantes medios materiales y que sin embargo fuisteis arrollados. Ahora, vuelve la vista hacia ese cuerpo vencido por ti sin medios materiales, simplemente porque has puesto decisión en la lucha, afán de vencer, coraje. TÚ ERES EL HOMBRE QUE NECESITA TU PUEBLO. Vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestros ancianos padres, dependen de tu decisión y no debes defraudarlos.

A la indicación del capitán Monterroble, Molday había vuelto la vista hacia el cuerpo de Mat-Roe, que estaba siendo reconocido por el profesor Añúa y la vista del enemigo actuó sobre él como un

estimulante. En rápida sucesión pasaron por su cerebro muchas de las horrorosas escenas vividas desde que el odioso ser había puesto la planta en su planeta, escenas de muerte, de violencias, verdaderas atrocidades que luego, aunque por cauces de menos violencia, continuaban produciéndose, todas ellas el terrible «destructor de mundos» era el protagonista vencedor y sus congéneres y en ocasiones él mismo, las víctimas. Recordó las ofensas recibidas minuto tras minuto del y de los componentes de su Estado Mayor. Pensó en que estarían recibiendo sus congéneres, los familiares y amigos que tuviesen la desgracia de conservar aún la vida. Porque en aquellas condiciones era una verdadera desgracia conservarla. El hombre de la Tierra tenía razón. Lucharía y con su ejemplo haría que su pueblo se levantase, y conservar la vida no seria una desgracia, ya que se podría ofrecer aunque no fuese más que a cambio de la de un enemigo. Así, hasta volver a merecer su rango de hombres.

Seguro ya Molday de lo que constituía su deber, se volvió hacia Monterroble, apartando la vista del cuerpo de Mat-Roe.

—Tienes razón, hombre de la Tierra. Debo luchar y lucharé. En nuestro planeta hace mucho tiempo que se interrumpió el curso de la Historia porque caímos en el exceso de comodidad y molicie que ha sido nuestro desastre. Pero la Historia comenzó de nuevo a marchar el día que estos aborrecibles seres pusieron su planta allí y ahora nos toca darle brío, empuje, ser nosotros los que la encaucemos por el sendero de la gloria y la dignidad.

—Eso va estando a punto, Molday. Tan pronto como el coronel Cris regrese, subiremos a nuestra isla-base, la *Numancia*, e inmediatamente estudiaremos los planes de ataque a las bases enemigas y la forma de que te pongas en contacto con los tuyos para iniciar el movimiento de liberación. Veamos qué le sucede a Mat-Roe —añadió el capitán Monterroble.

—No quiero verlo porque terminaré con él.

—No, Molday. Debes comenzar a controlar tus impresiones, a dominarte cuando sea necesario. Piensa que en más de una ocasión tendrás que aguantar las barbaridades de vuestros opresores tal como haría el más cobarde de los de tu pueblo; seguramente como lo habrás tenido que hacer mientras has estado al servicio del «J. —37.581».

Dejó Monterroble al leones y se acercó donde profesor Añúa se hallaba junto al cuerpo de Mat-Roe, al que terminaba de dejar reposar en el suelo.

—¿Qué le ocurre a nuestro prisionero, profesor?

—Nada bueno. Le ha roto la columna vertebral y sé lo bastante de esto para asegurarle que no durará más de dos horas. Pueden hacer bajar a nuestro doctor Sócrates o echar mano de alguno de los médicos que deben tener aquí en Damoa.

—¿Y qué es ese tubo que le ha arrancado?

—Es el tubo de conducción de un gas metálico, del cual llevan un deposito reserva dentro de esa especie de armadura metálica que les protege. Es un gas que les resulta tan necesario como el propio oxígeno y que lo mezclan con éste a medida que respiran. Tal gas no suele existir en las atmósferas de la mayoría de planetas o al menos, en cantidad necesaria para ellos, y por tal motivo llevan esos depósitos que les permite marchar de una parte del espacio a otra libremente, sin temores. Pero ahí tenemos al coronel Cris. Parece que viene satisfecho de los resultados de su entrevista con el Jefe de Estado de Bradiland.

Efectivamente, el coronel Cris se acercaba al grupo y su expresión era de viva satisfacción. A su lado, cogida a uno de sus brazos, recogiéndose graciosamente la falda para poder seguirle, caminaba, casi corría, la hermosa Frieda y su rostro era expresión de la viva felicidad que la poseía.

Ni a la capitán Luisa Barrena, ni a la sargento Carmela Garrido les hizo la menor gracia el espectáculo y ellas, que desde el primer instante se habían repelido, se sintieron unidas en aquel momento por unos sentimientos en que los celos tenían una buena parte, Pero Cris pareció no comprender lo que sucedía en el ánimo de ellas y se dirigió al profesor Añúa.

—¿Qué ha sucedido, profesor?

Brevemente le explicó Añúa lo ocurrido y Cris contempló con expresión de curiosidad a Molday.

—Lamento que haya caído Mat-Roe porque necesitaba aún algunas informaciones suyas, pero celebro que Molday se haya atrevido.

Luego se dirigió Cris al capitán Monterroble, señalando hacia Molday:

—Dígale si se halla dispuesto a venir con nosotros, a ser nuestro guía en «D-3». Hágale ver el riesgo, aunque él debe saber bastante de eso.

—Ya he hablado con él y está dispuesto, no ya a ser nuestro guía, sino a organizar la lucha, a enseñar a su pueblo como se vence a los «destructores de mundos».

—Una vez en la *Numancia* discutiremos con él nuestros planes de acción en la parte que él los pueda conocer y que sirva para orientarnos. ¡Capitán Barrena!

—A la orden, señor,

—Encárguese de que las armaduras y escafandras del prisionero y de los ocupantes de la aeronave enemiga sean debidamente reparadas para poder usarlas nosotros en nuestra expedición a sus bases. También repararán la aeronave.

—¿Se la van a llevar, coronel? —interrogó el profesor Añúa.

—Sí, profesor. Ella nos ayudará a pasar desapercibidos, a ser un grupo más de «destructores de mundos». Me hubiese agradado dejársela para sus experimentos, pero la necesito para el desarrollo de más planes.

—No se preocupe, coronel. La estudiaré a fondo mientras esté aquí y para mis experimentos me haré construir otras de las mismas características, pero bastante más pequeñas. Será el principio de la industria aeronáutica de Bradiland. Ya están diseñadas las primeras máquinas y si como espero han llegado a un acuerdo, mañana mismo se puede comenzar a trabajar.

—Sí, profesor. Hemos llegado a un acuerdo, felizmente para ambas partes.

CAPÍTULO IV

“D-3”, BASE DE MONSTRUOS

Todos los miembros de la Patrulla Volante habíanse ofrecido para marchar en el grupo especial que, dirigido personalmente por el coronel Cris, debía atacar las instalaciones de los «destructores de mundos», Y el coronel había tenido que seleccionar personalmente a los que, por sus condiciones físicas y sus cualidades, podían resultarle más útiles para el caso. Debían constituir el grupo de choque y hubieron de someterse a un riguroso entrenamiento bajo la dirección de los expertos para que, una vez recibidos determinados retoques en sus físicos y enfundados en las armaduras de los «destructores de mundos», pudiesen pasar inadvertidos entre éstos como uno de los tantos grupos que debían actuar en los planetas ocupados. Cada uno de los componentes había aprendido las formas de expresarse y expresiones más usuales de la extraña raza, así como sus costumbres y la cifra que correspondía a cada cual, y su categoría dentro de la extraña organización social de los «destructores de mundos».

El resto del personal que debía constituir la expedición había sido designado por sorteo, en el que habían entrado todos los componentes de la Patrulla Volante, a excepción de los técnicos que debían quedar en Bradiland para montar y dar impulso a la industria, y del profesor Añúa, quien a pesar de haber dejado ya resuelto el problema de las minas atómicas, debía ser considerado como una excepción dentro de la Patrulla por su cualidad de científico.

Carmela Garrido, elegida por la suerte para formar parte de la expedición, halló al profesor examinando por última vez la apresada aeronave de los «destructores de mundos», que habla sido totalmente reparada tras una cuidadosa selección de los materiales a emplear en ella para que, una vez entre los «destructores de mundos» no pudiese despertar sospecha alguna, evitando cuidadosamente que se pudiese producir alguna impropiedad.

—¿Qué hace aquí profesor? No esperaba encontrarlo.

—Examinando por última vez este interesante artefacto. Tiene peculiaridades de gran interés y no es fácil que pueda examinar detenidamente otro. Esta gente es dura y no resulta fácil apresarles. En su mayoría, prefieren morir, destrozarse. Son fieles guardadores de sus secretos industriales y técnicos. Confío en que estos días venideros, que disfrutaremos seguramente de cierta tranquilidad, podrá usted ayudarme. Tengo un montón de problemas de verdadero interés científico que resolver.

—Lo siento, profesor; pero por una breve temporada va a tener que prescindir usted de mí.

—¿Prescindir de usted? ¡Ni hablar! La necesito y se lo diré así al coronel Cris.

—Le ruego que no se lo diga. La suerte me ha designado para salir en la expedición de ataque y estoy muy contenta. Es más, procuraré que él ignore que voy, si puede ser, hasta después que hayamos partido.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Es una expedición arriesgadísima!

—¿Y no considera tan arriesgado como salir el quedarse aquí?

—No —afirmó rotundo el profesor—. Con el perfeccionamiento de las minas, he logrado dar a nuestra estancia aquí una seguridad casi absoluta, tanto a los que patrullen por la periferia de la atmósfera del planeta como a los que se hallen trabajando en éste y a sus habitantes. Y como la necesito a mi lado, se quedará conmigo, en su lugar puede ir otro y conmigo no puede estar cualquiera. Me he acostumbrado a usted, a su forma de trabajar y no creo que otra persona lograra entenderme ni interpretarme tan bien como usted lo hace.

—Por favor, profesor, no le diga nada. Yo quiero ir allí, estar cerca de él.

—No la entiendo, Carmela. Usted mantiene al coronel bastante alejado pese a sus intentos de reconciliación y sin embargo, ahora le busca. Yo llegué a pensar que lo había olvidado ya.

—Comprendo que a veces resultamos un poco difíciles de comprender por nuestra misma simpleza. Pero es que ella va también, profesor.

—¿Ella? ¿Quién es ella?.. ¡Oh, qué torpe soy! La capitán Luisa Barrena. Hay quien asegura que dejó su cómodo puesto al lado del general Rodas por seguir al coronel Cris. La verdad es que comienzo a sentir cierta envidia por el coronel. La capitán, la sargento... Usted dirá lo que quiera, Carmelita, pero sólo con la mención del empleo, ya pierden feminidad. ¿Y es que el coronel Cris no tiene capitanes ni sargentos más aptos que Luisa Barrena y Carmelita Garrido?

—Sí, pero ha preferido que los designara la suerte. En ocasiones pienso que desea vernos fracasar, pero no se saldrá con la suya. Luisa Barrena, pese a no serme simpática, es eficiente y valerosa y yo no pienso ceder una pulgada de terreno.

—Es la competencia. Pero no creo que gane ninguna de ustedes dos la carrera. Aunque resulte paradójico, es muy posible que la gane la que va a permanecer sentada aguardando, la dulce Frieda, la hermosa muchacha de Damoa que parece una antigua estampa y que resulta terriblemente femenina dentro de sus faldas, envuelta en gracias y perfumes, cuya mano tiembla solo a la vista de un arma,

pero que sabe mirar con dulzura y apasionamiento.

—¿Está usted enamorado de ella, profesor?

—No. Creo que no. Pero ella sí lo está del coronel y este parece que no le hace ascos. En fin, Carmelita. Ojalá gane usted la partida, aunque con ello la pierda definitivamente como auxiliar. Pero lo que importa es su felicidad y hago votos porque lo consiga.

La conversación había llegado a punto muerto y el profesor dio la sensación de hallarse ausente de sí, tal que si su mente se hubiese trasladado a un mundo ideal, lejano, y casi se sobresalto cuando Carmela le interrogó:

—¿Sabe si vamos a llevar alguna de sus minas en la expedición?

—¿Mis minas?.. ¡Ah, ya comprendo! El coronel Cris no me ha dicho nada, ni creo que haya pensado en ello.

—Pero he pensado yo, profesor. Debe meterle en la cabeza a Cris que debemos llevarnos unas cuantas.

—¿Piensa hacer estrategia por su cuenta?

—No. Pero pienso que Cris es de los que arriesgan demasiado y todo me parece poco para defenderlo. No sé si me comprende, profesor.

—La comprendo. Pero yo no debo inmiscuirme en sus asuntos. Él sabe bien lo que hace y no de los que se someten a las iniciativas de los demás, si no son claramente superiores a las suyas. Ustedes van a atacar y nuestras minas son armas de tipo defensivo.

Carmela meditó, respondiendo al fin:

—No sé qué planes pueda tener Cris, pero ofrecerán alguna faceta defensiva. En los golpes de mano, lo más fácil es realizar el hecho por imposible que parezca, ya que se sorprende al enemigo; los momentos de verdadera dificultad comienzan inmediatamente después de tal sorpresa, cuando el enemigo se lanza a la caza, furioso por el golpe recibido. ¿No se podrían emplear las minas en tal momento? ¿No se podrían emplear también dejándolas caer y haciéndolas explotar por control remoto en el momento preciso?

—Sí, se podría hacer y también sé que podría resultar inútil. Según las últimas declaraciones que se logró arrancar a Mat-Roe, la principal industria de los «destructores de mundos» está instalada a bastantes metros bajo la superficie del planeta y hasta el momento no contamos con elementos que puedan perforar la corteza terrestre por sí, y todos los tipos de ondas que conocemos no pueden penetrar tampoco a grandes profundidades conservando su frecuencia destructiva. El coronel Cris se va a ver ante un problema de verdadera envergadura.

—¿Y por qué no atacar a los «destructores de mundos» con las bombas «Y», dándoles el mismo trato a que ellos intentaron someter este planeta?

—Porque seria inhumano, sin que por ello lográsemos destrozarles. Los «destructores de mundos» mantienen esclavizados a los habitantes del planeta «D-3» y si lanzásemos la bomba «Y» suprimiendo de golpe la atmósfera que rodea tal planeta, serían en su inmensa mayoría tales desgraciados los que caerían, la industria no sufriría, pues está bien encerrada y los «destructores de mundos» podrían continuar su trabajo. A lo sumo, tendrían que enviar esclavos de otros planetas para que continuasen realizando las tareas pesadas y unas cuantas unidades más de ellos para mantener el orden en el exterior.

—Comprendo. A pesar de ello, quiero que me ayude a colocar unas cuantas minas en los depósitos del *Neptuno* o quizá mejor en los de esta misma aeronave.

—Me pide usted un imposible, Carmela. Yo no puedo hacer eso.

—Usted lo hará, profesor. Es el único que lo puede hacer sin que nadie sospeche. Todos tienen en usted ilimitada confianza.

—¿Y desea usted que la pierdan?

—Quiero que me ayude y lo hará. ¿Verdad que si lo hará, profesor?

Añúa vaciló. En su interior se libraba una pequeña batalla y Carmela, comprendiéndolo así, se acercó a él y lo besó delicadamente en la frente.

—¿Verdad que lo hará por mí, profesor?

—Esta bien. Lo haré. Pero necesitaré ayuda.

—No se preocupe, Yo misma se la prestaré y así quedará el secreto entre nosotros.

—Está bien. Tendremos un secreto que nos unirá.

* * *

Carmela Garrido abrió los ojos, tendiendo su desmayada mirada en torno a sí, sin reconocer de momento el lugar en que se hallaba ni tener la menor idea de por qué estaba allí tendida y por qué le dolía la cabeza tan terriblemente. Reinaba la más absoluta oscuridad en el departamento, si bien su vista se había acostumbrado a ella y así pudo distinguir las formas ahusadas de los torpedos, bien sujetos del techo, y las formas esféricas de las minas que pendían cerca de los torpedos. La vista de estas últimas formas fue como una revelación y se volvió rápidamente hacia una silueta que le había parecido entrever próxima a ella. Alargó la mano y tocó otra mano que, como la de ella, iba desposeída de las manoplas. Era la mano de fina piel, pero vigorosa, del profesor Añúa, estaba segura, Las hubiera reconocido a ojos cerrados entre mil. Pero ¿qué hacían allí ella y el profesor Añúa? Este pensamiento la hirió y dio un salto que le pareció impropio y estuvo a

punto de caer desvanecida de nuevo por el golpe que recibió en la cabeza contra uno de los torpedos pendientes.

Aquello le hizo recordar. Ella y el profesor Añúa habían entrado allí para asegurarse de que las minas que habían hecho cargar a las grúas se hallaban bien seguras, pese a que los dispositivos no eran apropiados para ellas, y cuando se disponían a salir, ella para ocupar su puesto en el *Neptuno*, el superdestructor a que había sido destinada, y el profesor para volver a su laboratorio en la *Numancia*, experimentaron una violenta sacudida que, pillándolos totalmente desprevenidos, los había arrojado con terrible fuerza. Recordaba que su cabeza había chocado bruscamente contra algo, que había sentido un dolor terrible y que se había desplomado, entreviendo al caer la figura del profesor que se derrumbaba de una forma parecida a la suya.

¡Debía reanimar al profesor antes de que fuese tarde para reintegrarse cada cual a su puesto! ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde el momento del accidente? Sintió que un fuerte estremecimiento le recorría el cuerpo, transmitiendo la sensación nerviosa hasta la periferia del mismo; si el coronel Cris había dado la orden de partida y ella no estaba en su puesto, no sólo no la esperaría, sino que daría parte de ella y tendría el motivo que deseaba para expulsarla del cuerpo. ¡Y esto lo debía evitar ella y en tales momentos con más justificadas razones!

Con cuidado para no volver a tropezar, arrastrándose casi, llegó Carmela hasta el profesor, tocándole la cara, llevándola la mano al corazón para asegurarse de que vivía:

—¡Profesor! ¡Por favor, profesor Añúa! ¿Cómo se encuentra? ¿Puede levantarse? ¡Debemos salir de aquí cuanto antes!

—¡Oh! ¡Menudo golpetazo me he dado! En fin, parece que va pasando. Recibí la sensación de que el mundo se me desplomaba encima, Menos mal que recibí el golpe en el frontal, que es, por su forma, el hueso más resistente a los golpes de todo nuestro organismo.

—¡Pues vamos, profesor! Temo que vamos a salir de un momento a otro y será terrible si no estoy en mi puesto.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Ya lo veremos más tarde, si tenemos tiempo. Parece que la nave se movió bruscamente y nos arrojó sin contemplaciones. Cójase a mí, si es que no puede moverse. A ver, déme la mano, pero con cuidado al levantarse, no vuelva a chocar, como me ha pasado a mí.

En aquel momento notaron una suave oscilación, algo así como si la aeronave en que se hallaban hubiese tomado un pequeño bache o hubiese oscilado al impulso de una corriente contraria, y tanto el profesor como Carmela sintieron que la sangre dejaba de circularles con regularidad y que el corazón comenzaba a latirles con

extraordinaria violencia.

—¡Estamos en el aire, profesor!

—Eso me temo, Carmelita, ¿Qué va a suceder ahora?

Consultó el profesor su cronómetro de esfera luminosa y lanzó una ahogada exclamación:

—¡Hemos estado más de media hora sin conocimiento! ¡Y sólo quedaban diez minutos para la partida cuando nos ocurrió el accidente!

—¡Hay que salir de aquí, profesor, sea como sea!

—¿Se ha vuelto loca repentinamente, Carmelita? No llevamos escafandra ni nada que pueda protegernos y apenas abriese usted la portezuela, a la velocidad que vamos, el aire nos volvería atrás y posiblemente nos destrozaría. Y si al abrir la portezuela tuviese usted la boca abierta, lo más seguro es que el aire, al penetrar por ella, le destrozase los pulmones. No nos queda más recurso que avisar nuestra presencia y que nos recojan.

—¡Eso no lo haré jamás! No quiero presentarme vencida delante de Cris, como el chiquillo que ha sido sorprendido en una travesura. Me moriría de vergüenza.

—Lo comprendo perfectamente y no crea que la idea de presentarme ante él me hace la más mínima gracia. Un hombre de mi talla intelectual metido en este lío. La verdad es que no sabría como explicarle la cosa.

—Siento haberle metido en esta aventura, profesor, y comprendo también su situación.

Hallábase Carmela verdaderamente apesadumbrada y su mano derecha se poso sobre una de las del profesor, ejerciendo una suave presión sobre ella, tratando de darle ánimos, unos ánimos que ella estaba muy lejos de sentir. Percibía el aliento sano del profesor muy cerca de ella y divisó sus ojos que brillaban en la oscuridad y le pareció que, lejos de sentirse apesadumbrado, había en él algo de travesura.

—No lo sienta, muchacha. En realidad, siempre me ha atraído la aventura y ésta se inicia de una forma harto desconcertante, será como una válvula de escape al empacho de ciencia que sufro. Me ha fastidiado siempre un poco llevar la vida sedentaria que he llevado; es lo que me contrariaba de mis aficiones al estudio, a la profesión.

La voz del profesor vibraba juvenil, bien diferente del tono mesurado con que corrientemente se producía y Carmelita levantó la cabeza sorprendida:

—¿Qué edad tiene, profesor?

—Cuarenta años. ¿Le sorprende?

—Un poco. Hasta ahora lo había mirado de forma bien diferente al resto de los mortales. Era usted para mí cosa aparte y no tenía edad.

—¿Y ahora? —interrogó Añúa con cierta audacia.

—No sabría qué decirle, así que dejemos esto y veamos la forma de buscar una solución.

Notó Añúa confusión en la voz de Carmela y deseos de escapar a lo que ella misma había planteado y comprendió que debía ceder. Recibió la sensación de que en aquel momento nacía algo que el había deseado siempre aunque de forma inconsciente y que debía cuidarlo mucho, tratarlo con verdadero mimo sí deseaba que subsistiera, que llegase a cuajar en una realidad.

—¿Qué podemos hacer?.

Era la interrogante planteada que de nuevo afloró a labios de Carmela; aquello constituía su obsesión, su pesadilla, y ella, que por unos instantes se había sentido protectora de Añúa, con sentido un tanto maternal, ahora, el saberlo fuerte, al descubrir aquella nueva faceta de su ser se sintió necesitada de protección, sometiéndose a la dirección del hombre.

—Para llamar, siempre estamos a tiempo. Aquí podemos resistir tranquilamente y hasta dentro de unas horas no habremos sentido hambre. De temperatura no podremos quejarnos, pues se mantendrá en interés a la carga que lleva el departamento.

La fértil imaginación de Carmela entrevió algo al oír mencionar al profesor la carga del departamento.

—¿Por dónde sale esa carga, profesor?

—¿Qué esta pensando, Carmela?

—Que por donde salgan los torpedos, podemos salir nosotros que somos bastante menos voluminosos.

—Es una idea, aunque de momento no podrá resultarnos práctica, ya que en esta aeronave no poseemos ninguna reserva de escafandras y trajes metálicos propios para andar con ellos por los espacios siderales. Pero en cambio podré hacer alguna salida para proporcionarnos comida, alimentos. Lo malo es si, en un momento dado, se produjese alguna avería y faltase la presión o el oxígeno necesario. Pereceríamos rápidamente.

—Prefiero correr ese riesgo a presentarme ante Cris. ¿Y usted?

—Yo quiero lo que usted quiera, Carmela.

* * *

El grupo de choque que debía actuar contra las bases de los «destructores de mundos» estaba formado por el superdestructor *Neptuno*, la primera escuadrilla de roto-aviones o «lentejas», compuesta de tres unidades, y la aeronave capturada al enemigo y en la cual iba el grupo de desembarco acaudillado directamente por el coronel Cris y en el que figuraba Molday, el esclavo libertado.

El superdestructor debía constituir una especie de fuerza de reserva y centro de abastecimientos y debería mantenerse vigilante a cierta distancia del planeta donde debían desarrollarse las operaciones, manteniéndose también fuera de las rutas normales de las aeronaves de los «destructores de mundos». Las tres «lentejas» tenían la misión de actuar en la periferia de la atmósfera del planeta, interceptando las comunicaciones, atacando por sorpresa a las formaciones enemigas para huir luego seguidamente a favor de su mayor velocidad de marcha, sin presentar jamás combate abierto. Y las cuatro unidades debían mantenerse en estrecho contacto con el reducido grupo de desembarco por medio del radioteléfono de gran alcance que llevaba el coronel Cris y el cual debía enlazar con el roto-avión mandado por la capitán Barrena, quien, sobre la misión de atacar las comunicaciones enemigas, tenía la de mantenerse lo más cerca posible del grupo de desembarco, penetrando incluso en la atmósfera del planeta y llegando hasta descender a él si era preciso.

En cuanto a la aeronave apresada, tenía la misión de llegar hasta el planeta con el grupo de desembarco. Tal unidad la dirigía personalmente el coronel Cris y sobre los detalles de su actuación se habían estudiado varios planes para, llegado el momento, poner en acción el que el coronel juzgase más conveniente, más adecuado a las circunstancias que se les plantearan.

El coronel Cris hallábase disgustado por la falta de Carmela, que le había sido comunicada momentos antes de la partida y por lo que consideraba una desatención del profesor Añúa, ya que éste no se había presentado a despedirse para recibir las instrucciones que le hubiese agradado darle. De la falta de Carmela había dado cuenta al comandante Barcia, ordenándole que le formara expediente para su expulsión del cuerpo y que tan pronto apareciera, la mantuviese arrestada hasta que se resolviese el expediente.

Primeramente habíase alegrado Cris de que tal incidente se hubiese producido ya que tal cosa alejaría a Carmela del servicio, obligándola a regresar a la Tierra, pero luego le había dolido porque lo agradaba sentirla cerca, se había acostumbrado a ella, a verla trabajar en torno suyo y ahora se vería privado de tal cosa. Y le molestaba también que al mismo tiempo que ella, hubiese desaparecido el profesor Añúa, del que nadie dio razón, habiendo tenido que partir la *Numancia* del puerto de Damoa, sin él.

Pero no era Cris hombre que se dejara dominar por semejantes sombras y al dar vista en la lejanía al planeta «D-3», tales cuitas habían quedado olvidadas para entregarse por completo a la acción que les había llevado hasta allí.

Con arreglo a los informes recibidos y a la situación en el espacio del resto de los planetas dominados por los «destructores de mundos»,

quedó primero el *Neptuno* disponiendo una extensa zona para maniobrar en ella y en tal aeronave quedó el grupo de especialistas de claves dispuestos a captar y descifrar las comunicaciones radiadas de los «destructores de mundos» con otros planetas, para tener la mejor información posible de sus movimientos. Diez mil kilómetros más adelante, también en zona de penumbra, se situaron dos de los roto-aviones, dividiéndose el campo de acción y el último de los roto-aviones, acompañó aún a la aeronave apresada quince mil kilómetros más, dejándola en el limite de la zona atmosférica del planeta, donde comenzaba la luz.

Apenas salidos de la zona de oscuridad y penetrando en la atmósfera donde las ondas electromagnéticas que enviaba «Azur», sol del sistema, comenzaban a alumbrar en resonancia con los gases de la atmósfera, escasos aún en aquella altura, percibieron los hombres de la Tierra las primeras palpitaciones del planeta en forma de una especie de apercibimiento enviado por radio. Molday dirigió a Cris una expresiva mirada y éste le tranquilizó:

—Sí. Nos piden la contraseña. Atiende tú ahora.

Emitió el coronel personalmente la contraseña de respuesta y Molday sonrió complacido.

—Esa es, exactamente. He estado presente centenares veces cuando la han dado ellos. De lo que no estoy tan seguro es del recibimiento que nos harán. Ellos no suelen perdonar los fracasos y el vicealmirante «J-37.581» fracasó en su misión.

La contraseña no fue respondida desde el planeta y en el grupo de desembarco llegó a producirse un ambiente de verdadera ansiedad mientras la aeronave continuaba su descenso en vuelo casi vertical, perforando a extraordinaria velocidad las capas atmosféricas.

En el silencio que reinaba en el interior de la aeronave sólo se percibía el leve tamborilear de los dedos de Molday contra el respaldo del asiento del coronel Cris, dando el leve ruido la sensación de un mayor volumen que llegaba a resultar molesto, pero nadie dijo nada comprendiendo que el ansioso leones, el más afectado de todos ellos, necesitaba dar un desahogo a sus nervios en tensión.

De improviso, la aeronave experimentó una fuerte sacudida, perdiendo la verticalidad de vuelo y Cris sintió que Molday palidecía ligeramente.

—¿Qué ocurre Molday?

—Nos avisan. Esta es nuestra sentencia de muerte.

En una pequeña pantalla colocada en la parte superior del cuadro de mandos, se produjeron en rápida sucesión una serie de señales luminosas que todos los componentes del grupo leyeron con atención. Al final de las señales, aclaró Molday:

—La sentencia es inapelable y ese campo hacia el cual ordenan

que nos dirijamos está cerca del campo de ejecuciones.

—Ha salido lo peor —comentó Cris serenamente—. Aplicaremos el plan «D».

La aeronave había tomado de nuevo la vertical y continuaba su vertiginoso descenso y Cris, sin necesidad casi de consultar el mapa que hizo surgir ante él automáticamente, corrigió el vuelo de la aeronave haciendo que su descenso no fuese tan en vertical, maniobrando con extraordinaria pericia para sacarlo de la zona que podían considerar de verdadero peligro para ellos.

Su voz se escucho tajante, sin volver la cabeza, seguro de que todos se hallaban pendientes de sus decisiones.

—Dispónganse para actuar con arreglo al plan «D». Prepárenlo todo y dispónganse a abandonar la aeronave.

Mientras los componentes del grupo se disponían, recogiendo cada cual sus armas y efectos, se dirigió Cris por medio de radioteléfono a la capitán Barrena.

—¡Atención, roto-avión número uno! De coronel jefe de patrulla a capitán Barrena jefe de la primera escuadrilla.

—Atiendo, señor. Capitán Barrena le escucha.

—Situación 37, coma, 16 por 31, coma 52. Recoja aparato y dirija por control remoto rumbo uno, tres, siete, vuelo descendente 45 grados, velocidad mínima. Ponemos en marcha plan «D» y nos disponemos a abandonar aparato, Repito…

Repitió Cris las instrucciones e inmediatamente, tras poner en acción los dispositivos de control remoto, se puso en pie, se reunió con sus hombres en la portezuela y rápidamente hizo funcionar la palanca para que aquella se abriera, dando inmediatamente la orden de lanzamiento.

Uno tras otro fueron lanzándose los hombres, confiándose a sus helicópteros de tipo personal, saliendo Cris el último y cerrándose tras él la portezuela automáticamente.

Continuó la aeronave su vuelo en el mismo rumbo que hasta el momento había llevado, pero al recibir la capitán Barrena por radio teléfono el aviso de que había saltado el último hombre, lanzó la aeronave a la máxima velocidad que podía dar de si en la atmósfera, llevando sumo cuidado en el momento de atravesar la barrera del sonido, operación que quedaba regulada por una serie de controles automáticos.

Siguiendo las instrucciones recibidas, debía la capitán Barrena, por medio del control remoto, conducir la aeronave de los «destructores de mundos» a través de la atmósfera del planeta, burlando la persecución que indudablemente se le haría, arrancándola de allí hasta llevarla al superdestructor *Neptuno*, donde deberían refugiarla.

Apenas hacía un par de minutos que el grupo de desembarco había saltado, cuando la capitán Barrena, pendiente de la pantalla del «noiteleran» en su roto-avión, se dio cuenta de que dos formaciones de seis aeronaves cada una, procedentes de diferentes puntos y que habían convergido en un lugar del espacio, se lanzaban en persecución de la aeronave, instándola a que corrigiese su rumbo en dirección al aeródromo que le había sido designado para su aterrizaje.

La respuesta de Barrena fue cambiarla de dirección, haciéndola elevarse casi en vertical y las aeronaves enemigas, viendo que la presa podía escapárseles, dispararon sus rayos eléctricos contra ella, tratando de atemorizar a sus tripulantes. Sabían que los rayos no podían herir a aquel tipo de aeronaves pero deseaban lograr con las furiosas explosiones en torno a ella romper la estabilidad de su vuelo y obligarla a reducir su velocidad hasta lograr apoderarse de ella.

El profesor Añúa y Carmelita, que aguardaban un momento favorable que les permitiera entrar en contacto con sus compañeros, se vieron desagradablemente sorprendidos por las sacudidas cada vez más espantosas que la aeronave experimentaba y fue la muchacha la que se dirigió al profesor:

—¡No estoy dispuesta a resistir esto, profesor! ¡Por fuerza nuestro coronel Cris debe haberse vuelto loco, ya que ni contesta al fuego ni evita que terminen por cazarnos como a conejos!

—Es posible que el primer disparo los haya dejado fuera de combate.

Carmelita contempló al profesor con expresión donde se reflejaba la incredulidad, ante lo que ella consideraba un absurdo, y el espanto.

—¡No! ¿Cómo podrían cazar a Cris?

—Como podrían cazarnos a nosotros. No dudo de las magnificas cualidades del coronel, pero no es invulnerable ni invencible.

—Sí. Algo así debe haber sucedido. ¡Pues vamos! ¡No debemos quedarnos parados aquí como dos marmolillos! ¡Ayúdeme, por favor!

Encaramóse Carmela con la ayuda del profesor, haciendo jugar la trampa automática de salida de los torpedos y una vez arriba ayudó al profesor quien en un alarde de facultades se elevó por su propio esfuerzo mientras la muchacha mantenía abierta la compuerta de la trampa.

Hubieron que sujetarse bien para no ser víctimas de las terribles sacudidas experimentadas por la aeronave y tras atravesar el departamento donde se hallaban los mecanismos que manejaban los torpedos, salieron al pequeño kiosco donde se situaban los vigías, quienes a su vez tenían el control de la maquinaria de torpedos. Y allí experimentó Carmela una nueva sorpresa, volviéndose con gesto angustiado hacia el profesor que la seguía y que llegaba al departamento.

—¡No hay nadie aquí, profesor! Resulta esto un poco extraño.

Impulsado por una corazonada, se adelantó entonces el profesor y pasó a Ia amplia cabina donde debía hallarse la totalidad del grupo y momentáneamente se quedó paralizado por el asombro.

—¡No hay nadie tampoco!

—¿Qué podemos hacer ahora, profesor?

—Hacernos cargo de los mandos y ver lo que ocurre.

—¿Qué puede haber sucedido? ¿Por qué no están aquí?

—Eso es lo que no tiene importancia en este momento. Ahora vamos a salvarnos nosotros y salvar la aeronave.

Una serie de disparos los hizo tambalear en aquel momento, poniéndolos en dificultad y Añúa, sin pérdida de tiempo, se hizo cargo de los mandos, haciendo jugar también los aparatos de detección cuyas pantallas señalaron inmediatamente la presencia y posición de los enemigos.

—Estamos en una difícil situación, Carmela; pero confío en que saldremos de ella. Voy a quitar los dispositivos del control remoto y así maniobraremos exactamente según nuestra conveniencia.

El profesor Añúa sorprendió entonces a sus enemigos lanzando la aeronave en veloz picado.

—Así les ganaremos algo de distancia. No me agrada llevar esos moscones tan cerca de la oreja.

Las doce aeronaves enemigas, apenas se dieron cuenta de la maniobra realizada por sus perseguidos se lanzaron veloces tras ellos, dispuestos a que no se les escapasen. Habían recibido orden del mando en aquel momento de obligarlos a aterrizar cuanto antes sin producirles daño y trataban de ganar terreno para rodearlos e impedirles la huida.

Carmela, que se hallaba pendiente de las pantallas detectoras, señaló entonces dos nuevos grupos de aviones que habían aparecido en el espacio frente a ellos, tratando de interceptarles el paso.

—¡Cuidado, profesor! Se han empeñado en darnos caza. Mire lo que aparece por el frente.

—Pues ahora van a saber unos y otros lo que es bueno.

Con singular pericia maniobró el profesor, levantando de proa la aeronave, imprimiéndole un vuelo ascensional sin perder de vista la distancia que les separaba de unos y otros perseguidores y tan pronto la maniobra fue una realidad, los dos grupos enemigos se lanzaron también en vuelo ascendente.

—Fíjese bien en esta maniobra, Carmela. Así les obligo a unirse en la persecución en vez de tener un grupo por cada lado. Y esté atenta para, en el momento que yo le señale, maniobrar los mecanismos adecuados y depositar una mina en el espacio. No podemos desperdiciarlas porque hay pocas y con una debe bastar para

todos. Por eso les he obligado a reunirse.

Con su charla, trataba el profesor Añúa de entretener a Carmela, haciéndola olvidar el grave peligro en que se hallaban; necesitaba que ella se mantuviera serena para que rindiera utilidad y continuó:

—Vamos a prepararles el «regalito». Fíjese en la pantalla y verá como todos tienden a converger en un mismo punto detrás de nosotros, como cada vez están más cerca unos de otros.

—¿Cómo lo ha logrado, profesor?

—Haciendo un rápido cálculo para efectuar la maniobra en el preciso instante en que quedaba a la misma distancia de unos que de otros. Vamos, suelte la «píldora».

Carmela palideció deteniendo su mano, vacilante, ante el hecho de ser ella personalmente quien disparase el artefacto que quitaría la vida a un montón de seres. Consideraba en tal momento que por muy justificada que estuviese su acción ella no tenía derecho a convertirse en una ejecutora, en una especie de verdugo. Adivinó Añúa lo que sucedía en el interior de la muchacha y sonrió comprensivo, animándola:

—\/amos. ¿A que aguarda? ¿A que nos achicharren ellos? Empiezo a opinar como el coronel Cris, que las mujeres deberían quedarse en casa, dedicadas a cosas más de acuerdo con la delicadeza de su ser.

Carmela no respondió, pero jugó con decisión la palanca que debía poner en movimiento el mecanismo automático y en una especie de visor fue siguiendo todo el proceso de la operación, efectuada con rapidez y precisión por los brazos mecánicos, especie de músculos de acero, que llegaron a colocar el artefacto diestramente en el dispositivo de lanzamiento.

—¡Preparado! —exclamó, sintiendo que había logrado liberarse de la anterior sensación desagradable.

—¡Fuera! —exclamó el profesor.

El artefacto fue lanzado al espacio y automáticamente, al saltar, fue puesto en marcha su estabilizador giroscópico quedando detenido, mansamente inmóvil, como agazapado, dispuesto para dar la sorpresa.

Mantuvo Añúa la dirección de avance hacia el exterior de las capas atmosféricas, pero en tal momento se hallaba pendiente de las pantallas de detección, en las que la bomba no se reflejaba por el dispositivo de refracción de ondas luminosas de que el profesor la había logrado dotar, pero donde sí aparecían las aeronaves enemigas, convergiendo hacia el lugar donde la misma se hallaba situada.

Era la primera vez a lo largo de su vida que Añúa actuaba como guerrero y sintió que el corazón le latía más aceleradamente de lo normal; pero se mantuvo tranquilo sabiendo que aquello no era miedo, sino un sentimiento de lógica emulación.

Su aparato quedaba ya a algunos miles de metros de la mina y los enemigos, en cambio, habían penetrado dentro de su radio de acción, avanzando velozmente hacia ella. Con mano firme maniobró el disparador de control remoto y décimas de segundo después se produjo la explosión. La llamarada fue algo espantoso, cegador y el calor, que se extendió rápidamente por la atmósfera llegó aún hasta el propio aparato pilotado por el profesor Añúa y Carmela, los cuales pasaron por unos angustiados instantes.

—¡Victoria, Carmela! En las pantallas de detección no aparece rastro de nuestros enemigos.

Carmela se sintió dominada por viva emoción y estrechó efusivamente la diestra del profesor.

—¡Le confieso que he sentido un miedo terrible, pero ya ha pasado todo! ¿Y qué podemos hacer ahora?

—Ponernos en contacto con nuestros compañeros de Patrulla. El hecho de que el grupo de desembarque no esté aquí, quiere decir que han tenido que saltar ya sobre «D-3».

CAPÍTULO V

CONJURADOS

El grupo de desembarco, bien dirigido por Molday, pudo tomar tierra cómodamente en una extensa zona de arbolado donde la detección no resultaba fácil, zona que se hallaba además bastante alejada de las zonas industriales, pero que había sido elegido precisamente por eso, ya que en ella no resultaba fácil un encuentro antes de tomar contacto con la tierra y orientarse debidamente. El pequeño detector sónico con que iba equipado Cris, y gracias al cual no era necesario montar vigilancia, manteníase sin dar alarma alguna y los componentes del grupo pudieron tomarse un ligero descanso que Cris aprovechó para tener un cambio de impresiones con Molday en presencia del resto del grupo.

—Puesto que el «J-37.581» y su Estado Mayor han sido condenados a muerte por su fracaso, no podremos usar su personalidad como se había pensado según el plan «A». Por tanto deberemos hacer desaparecer las cifras correspondientes a tales seres de nuestras respectivas armaduras y grabar otras cualesquiera, correspondientes a hombres cuyas unidades estén en este planeta. Esto puede parecer expuesto a simple vista por la duplicidad, pero podremos evitar el peligro alternando lo menos posible y no apareciendo en los lugares donde pueda haber «destructores de mundos» más que en los momentos justamente necesarios según esta previsto en el plan. No obstante he querido recordarlo una vez más, así como la necesidad de ser lo más lacónicos posibles en nuestras expresiones y en los forzosos contactos con tal gente. Y ahora, Molday, vamos a por los automóviles «pulga», según vosotros les llamáis. No es conveniente que si tropezamos con alguna patrulla nos vean marchar a pie, esto les haría entrar en sospechas con nosotros y además, debemos desaparecer cuanto antes de aquí. Es casi seguro que esta zona sobre la que ha volado el aparato la registren minuciosamente. Pueden haberse dado cuenta de que ha sucedido algo anormal durante nuestro vuelo.

En tal momento se produjo a gran altura y enorme distancia, la explosión atómica de la mina lanzada por el profesor Añúa, llegando a alcanzarles, aunque considerablemente debilitada ya, la ola de calor que los envolvió sofocante por unos instantes.

El detector sónico del coronel acusó la explosión y el capitán Monterroble, que era uno de los miembros de la expedición, señaló hacia la colosal nube de más de un kilómetro de diámetro que podía

apreciarse a simple vista,

—Ha sido allí, coronel, y tiene la forma característica de una de las minas ideadas por el profesor Añúa.

—Sí. Estoy seguro de ello y me resulta absurdo, ninguna de nuestras unidades ha cargado minas de tal tipo. Pero veamos, comunicaré con nuestro roto-avión número uno.

En contacto el coronel Cris con la capitán Barrena, esta le respondió rápidamente:

—Precisamente iba a llamarle, señor. También hemos registrado nosotros la explosión atómica y estamos de acuerdo en que sus características responden a las de nuestras minas «Añúa». Pero debo comunicarle algo más, señor. La aeronave en que ustedes han realizado la travesía, ha escapado inexplicablemente a nuestra dirección. Sin embargo no ha caído en manos enemigas, ya que el enemigo la ha perseguido sañudamente hasta el momento de la explosión, en que las aeronaves que le perseguían han quedado desintegradas.

—Pues por mi parte estoy seguro de que he montado los dispositivos para su dirección por medio del control remoto y que he retirado el piloto automático.

—Estoy convencida de ello, señor. Las maniobras que han realizado demuestran que la aeronave es dirigida inteligentemente por alguien. He llegado a pensar que la mina atómica ha sido colocada en el espacio por ellos para librarse de sus perseguidores.

—Está bien, Capitán. Si sale de la atmósfera procure salir a su encuentro y déme cuenta inmediatamente de lo que suceda. Hemos tomado tierra en el punto 19-C y le volveré a llamar desde el punto 23-C, hacia el que nos dirigimos. Nada más.

Antes de partir examinó Cris a sus hombres uno por uno, deteniéndose en la coloración de la cara de un tono verdoso idéntico al de los «destructores de mundos», y en el retoque de los ojos que de tal forma daban la sensación de oblicuidad y coloración característicos de los seres por los que deseaban pasar. Sometióse, a su vez, al examen por parte del capitán Monterroble y del propio Molday y partieron.

La diferencia de gravedad del planeta «D-3» con la Tierra, permitía avanzar a los componentes del grupo a buena marcha, sin notar apenas cansancio alguno y antes del tiempo previsto para el final de aquella etapa, llegaron a una construcción de extraña forma, pero la mayor parte de la cual estaba destrozada tal que si por ella hubiese pasado un violento tornado, cosa que observó Cris dirigiéndose a Molday.

—Es algo peor que un tornado lo que ha pasado aquí. Han sido los «destructores de mundos». Esta era la casa de reposo de mi familia.

Aquí todo era orden y belleza, las máquinas trabajaban silenciosas, sembrando, cuidando el sembrado, recogiendo luego los frutos que más tarde eran transformados según su naturaleza y las necesidades que debían cubrir. Mientras tanto, un montón de seres humanos vivíamos aquí totalmente felices, dedicándonos a, la pesca, a la lectura, al deporte, al arte.

—¿Y que ocurría cuando alguna máquina se estropeaba? Porque supongo que alguna se estropearía.

—Naturalmente. Ellas mismas señalaban su daño e inmediatamente en su inmensa mayoría, se arreglaban por sí. También había máquina que se volvía loca de una forma similar a la de los hombres.

—¡Por favor, Molday! —exclamó Cris.

—No se asombre. Cuando los impulsos memóricos de un hombre se desbocan e invaden todo el cerebro impidiéndole pensar en otra cosa, se dice que ese nombre está demente. En los «robots» electrónicos sucede algo parecido. Un impulso eléctrico puede «pasarse de raya» y circular ingobernablemente por todo el sistema. Es la locura de los «robots»; basta para curarlos que un ingeniero desconecte la parte o partes afectadas, sustituyéndolas, o bien desembarazar sus sobrecargados circuitos inyectándoles potentes corrientes eléctricas que los recorran. Pues bien, incluso tales funciones estaban a cargo de perfectísimas máquinas. Ahora —añadió con pesadumbre—, de todo aquello no queda casi nada porque «ellos» lo destruyeron en parte para lograr someternos, y otra parte la destruimos nosotros, cuando nos veíamos perdidos, para que no la pudiesen aprovechar en contra nuestra.

El detector sónico del coronel Cris comenzó a producir leves vibraciones, llamando la atención de su propietario y éste hizo la señal de su código, correspondiente a tales casos, para que se ocultaran, disponiéndose a pelear.

Llevaba Cris el detector sujeto a su muñeca izquierda y al tenderse en el suelo, dando ejemplo a sus hombres, quedó el útil a su vista. Una pequeña señal luminosa apareció en la esfera del detector, indicando la dirección donde los ruidos se producían y el coronel, haciendo seña a su gente para que le siguiera, comenzó a avanzar a rastras en dirección a las ruinas de lo que había sido mansión de la familia Molday. El leonés se había situado en su avance junto a Cris y en un momento en que ambos se detuvieron, el español le interrogó con la mirada y Molday se hubo de encoger de hombros por toda respuesta.

Los oídos no llegaban a percibir ruido alguno, pero el detector continuaba señalando hacia el mismo punto, ordenando Cris a sus hombres que se detuvieran mientras él continuaba su avance de

exploración.

De improviso se oyó un grito espeluznante, grito de honda angustia, producido por una garganta femenina, y los terrestres se detuvieron, dominados por una terrible sensación, con la impresión de que no lejos se estaba cometiendo una muerte y que posiblemente no llegarían a tiempo de evitarla. A continuación del grito se oyeron algunos chasquidos, como trallazos, y a continuación el golpe de un cuerpo al derrumbarse.

Molday llegó prestamente a situarse de nuevo junto a Cris. Se le notaba dominado por una profunda emoción.

—Juraría que ha sido la voz de una de mis hermanas. Lo que no comprendo es lo que puede estar haciendo aquí, pues la habían enviado a unas factorías que están casi en los antípodas.

Continuaba el detector señalando los ruidos, aunque produciendo ligeras variaciones de dirección, y al continuar Cris su avance, esta vez con Molday punto menos que pegado a él, llegó a percibir leves gemidos, seguramente producidos por la misma persona que había gritado. Conducidos por los gemidos, dieron la vuelta a uno de los sectores de las ruinas y vieron un grupo de tres «destructores de mundos» que mantenían sentada a una joven sobre una piedra y la maltrataban, instándole a que dijera algo que ella se resistía a decir. Otros cuatro hombres, dos por cada parte pero dentro de la misma semiderruida nave, buscaban afanosamente algo, removiendo piedras, muebles destrozados, restos de máquinas.

La joven estaba pálida, tenía los ojos cerrados y hubiese caído al suelo de no mantenerla erguida uno de los «destructores de mundos» obligándola por el pelo.

Una vez Cris hubo visto la posición de sus enemigos, tras asegurarse por medio de su detector que no habían más en la proximidad, retrocedió hasta reunirse con sus hombres, dejando a Molday de guardia, y una vez dio instrucciones de como había de actuar cada cual volvió a reunirse con Molday, pero en esta ocasión acompañado por el capitán Monterroble.

Desde su puesto vio Cris como cada uno de sus subordinados ocupaba su puesto sin que el enemigo hubiese cambiado sustancialmente de posiciones y cuando juzgó que era el momento oportuno, hizo la señal convenida y se lanzó con ímpetu irresistible contra los tres enemigos que torturaban a la muchacha, siguiéndole en su avance Molday y Monterroble.

Su inopinada presencia fue como un Clarinazo para los «destructores de mundos», que en principio se sintieron sorprendidos por la agresiva actitud de sus congéneres, reaccionando inmediatamente para empuñar sus armas de rayos eléctricos; pero la reacción se produjo tarde, ya que los cuatro que se hallaban separados

de la muchacha revolviendo entre las ruinas cayeron fulminados por los disparos de los compañeros de Cris y los otros tres, que soltaron a la muchacha rápidamente disponiéndose a empuñar sus armas, no llegaron a tiempo ni de tocarlas siquiera, pues sus tres adversarios habían caído implacables sobre ellos, derribándolos al suelo estrepitosamente. Y casi no llegó a haber lucha, ya que los «destructores de mundos» fueron rápidamente dominados e instantes después se oían los siniestros crujidos de sus huesos al ser rotos sin que sirvieran para evitarlo los desesperados esfuerzos de las víctimas.

El primero en alzarse victorioso fue Molday, quien, como cuando derrotó a Mat-Roe, exhibió en su mano como trofeo el tubo de conducción del gas metálico del vencido, el cual le habla arrancado. Inmediatamente detrás de él se levantó Cris y a continuación Monterroble, que era quien más resistencia había encontrado.

La muchacha, mientras tanto, había permanecido sentada con los ojos medio desorbitados por el asombro, sin comprender cómo se había podido producir aquello, y Cris se dirigió a ella empleando su lenguaje, que había aprendido con Molday.

—No tiene nada que temer, jovencita. No somos lo que parecemos y aunque le cueste trabajo creerlo, quien se halla bajo esa escafandra es su propio hermano Molday.

Las vestiduras de la muchacha, de fibras de cristal, aparecían medio destrozadas y ella misma, sucia, despeinada, convertida en un espectro de lo que seguramente había sido, presentaba en su cuerpo bastantes señales de violencia. Por unos instantes contempló a Cris con gesto estúpida, de incredulidad, como si sus palabras le sonaran extrañas, e inmediatamente su mirada se desvió hacia Molday que, ganado por la emoción, no acertaba a emitir palabra,

—¡No es posible! —musitó al fin.

—Sí es posible, Maidy. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Acaso te has escapado de la factoría donde te habían destinado?

—¡Oh, hermano! Me parece imposible…

Quedo callada unos instantes para luego comenzar a hablar de nuevo con extraordinaria rapidez, costando trabajo a Cris y aun al propio Monterroble seguir el curso de sus palabras.

—Esos bichos fingieron compadecerse de mí, y yo, tonta de mí, llegué a creerles. Me dijeron que estaban hartos de tanta barbaridad y que estaban dispuestos a ayudarme. Dijeron que me sacarían de allí y me esconderían. Que lo habían hecho ya con otras personas y que éstas le habían dicho que me salvaran a mí, creí que andarías tú por en medio y acepté. Esta misma noche me arrancaron de allí y hemos venido volando, pero apenas me trajeron aquí se quitaron la máscara. Pretendían hallar nuestro tesoro oculto. Me dijeron que sabían de buena fuente que lo teníamos escondido aquí y que si no se lo

entregaba, me degollarían. Naturalmente, yo no quise decir nada.

—¿Y por qué no lo dijiste? Te hubiera ahorrado todos esos tormentos.

—Porque tan pronto lo hubieran tenido en sus manos me hubiesen matado, son unos malvados y ya lo han hecho en otras ocasiones, por lo visto, y yo lo comprendí enseguida.

—¿Y quién pudo decirles que había nada escondido aquí?

—Cualquiera de los nuestros a quien hayan sometido a tormentos.

Cris y Monterroble se miraron. Era la historia eternamente repetida y los «destructores de mundos» se mostraban tan codiciosos e implacables como lo habían sido todas las hordas lanzadas a la conquista de lo que no les pertenecía. Y las atrocidades que no se cometían orgánicamente, las cometían en grupos aislados los componentes de la horda. Pero Cris se impacientaba y cortó la conversación de los dos hermanos.

—En realidad, todo eso no tiene gran importancia, de momento al menos. Hay que despojar rápidamente a estos seres de sus armaduras y enterrarlos para que sus congéneres tarden el mayor tiempo posible en descubrirlos. Las armaduras no están ahora en condiciones de aprovecharlas, pero se guardarán para cuando puedan ser reparadas y que las vistan algunos de nuestros hombres. Ahora bien, les borraremos sus números y los tomaremos nosotros. Siempre serán mejor que los que llevamos.

Las órdenes de Cris fueron prestamente obedecidas y mientras se cumplían, y Molday con Monterroble buscaban los autos «pulga», de industria leonesa, el coronel español entabló conversación con la muchacha, que tranquilizada en parte, se mostraba un tanto cohibida y ruborosa al verse pobre e te vestida y que los restos que llevaba encima apenas si llegaban a cubrir sus desnudeces.

—¿Qué piensan sus coterráneos de lo que les sucede? ¿Cómo van reaccionando?

—En términos generales, mal, Están acobardados hasta extremos que yo jamás hubiese imaginado. Además, estos terribles monstruos no dan tiempo para pensar, buscan con saña el embrutecernos a fuerza de hacernos trabajar sin descanso, alimentándonos mal, y apenas si nos dejan tiempo para descansar. Nos tienen prohibido hablar unos con otros y como la vigilancia se les hace difícil, tienen instalado un sistema de micrófonos y de pantallas por las que recogen todas nuestras palabras, nuestros gestos y yo diría que hasta nuestros pensamientos. Es una tortura inimaginable y a veces hasta tememos dormir por si en la excitación del sueño, de las pesadillas, revelamos algo que pueda perjudicarnos.

—Un auténtico paraíso, vamos.

—¡Un verdadero infierno! Y luego, cuando se produce un error o

una falta, no vacilan en castigar bárbaramente a todo un grupo si no llegan a saber quién ha sido el autor. Y ahora, además, han realizado expediciones hasta otros planetas donde no tienen esclavos, donde la vida es aún más difícil que aquí porque no existe atmósfera, ni agua, ni condiciones de vida. Allí se vive artificialmente y se trabaja duro. Y es el porvenir que aguarda a los que muestran algún signo de rebeldía, aunque nada más sea que en el gesto o la mirada. Sin embargo, ya se han producido algunas fugas y los que las han realizado se han refugiado en lo más abrupto de nuestras montañas, donde es difícil hallarlos, aun disponiendo de los aparatos personales y del armamento y detectores que disponen. Ya nos han amenazado con que si no hacemos bajar a esos rebeldes, dejarán el planeta sin hidrógeno, lo «secarán», como dicen ellos.

—No tema. Procuraremos evitar eso que, por otra parte, no les conviene. Ellos tienen necesidad de un planeta o dos que las den esclavos y que tengan atmósfera para determinadas producciones de tipo atómico. De no ser así, se hubiesen desembarazado de ustedes largo tiempo ya. Ellos tenían puesta su vista en el planeta «D-7» o Aligator, según le llaman ustedes; pero nosotros les hemos hecho fracasar.

—¿Son ustedes de ese planeta?

—No. Nosotros somos de un planeta mucho más alejado, llamado Tierra. No pertenecemos siquiera a este sistema de ustedes que preside Azur, si bien formamos parte de la misma galaxia.

—¡Resulta increíble! Nosotros, con nuestras máquinas tan perfectas, no habíamos logrado salir de este planeta.

—Pero no hubiesen tardado en lograrlo de haber sacudido esa nefasta pereza, ese amor a la comodidad que les ha traído a esta situación. Ustedes vivían sin inquietudes espirituales y eso es un grave pecado.

—Y tan grave que pronto hemos comenzado a purgarlo.

La conversación quedó cortada en tal momento por la presencia de Monterroble y Molday, los cuales llegaron conduciendo unos extraños automóviles que avanzaban dando extraños saltos, algo que produjo extraordinaria hilaridad en los terrestres, que inmediatamente los compararon a los canguros, por su peregrina forma de avanzar,

—Ahí tiene usted a nuestros «pulgas» —manifestó Molday con aire de satisfacción, apeándose del automóvil saltarín, que había quedado inmóvil.

—Pero eso no son automóviles, Molday, son auténticos saltamontes.

—Cuando los experimente le resultarán menos ridículos y hallará cierta emoción al viajar en ellos por la rapidez que son capaces de desplegar. Tienen también la ventaja de que no necesitan pistas

perfectas ni mucho menos, pudiendo ir perfectamente campo a traviesa a condición de que éste no sea demasiado accidentado. Piense en la gravedad de este planeta, bastante inferior a la de la Tierra y se dará cuenta de que, lo que allí resultaba impropio, para nosotros es de suma utilidad, Los pies de estos vehículos son de resorte, funcionando por aire comprimido, apenas si hacen consumo de energía y van dotados de magníficos estabilizadores que hacen punto menos que imposible el accidente. En cuanto a los pies se hallan dispuestos de forma que se adaptan perfectamente a los desniveles del terreno, sin que el vehículo pueda «cojear» en ningún momento.

Los trabajos ordenados por el coronel Cris habían sido realizados ya y el grupo se dividió entre los dos «pulgas», separándose del lugar en dirección a la zona montañosa. Cris deseaba ponerse en contacto cuanto antes con los hombres que habían escapado al yugo de los «destructores de mundos» y quería aprovechar a Maidv, la hermana de Molday, para que les sirviera como medio para lograr el contacto.

El coronel Cris tendió su mirada escrutadora en torno a sí, examinando aquellos rostros demacrados, de vencidos en los que apenas si de tanto en cuanto lucía una chispa de genio o de rebeldía. El que tenía más prestigio entre ellos, hablaba:

—La esclavitud, la vida de forzados entre ellos, resulta insoportable, pero la vida de fiera acorralada que llevamos aquí, resulta más insoportable aún. Ellos nos atacan continuamente, nos acosan sin dejarnos descansar ni vivir, carecemos de armas, de víveres. ¿Que podemos hacer un puñado hombres en tales condiciones por mucho ánimo que tengamos contra un enemigo numeroso, bien preparado, organizado y armado? Si antes, cuando estábamos en condiciones no fuimos capaces de resistir su empuje, ¿qué vamos a hacer ahora en estas condiciones?

—Poner fe en la lucha —respondió Cris con tajante expresión—. Una fe que hasta ahora no han puesto. Ustedes no han huido aquí por un sentimiento de rebeldía, sino para evitar el castigo que continuamente recibían; pero esto les cansa, lo consideran aún más duro que aquel castigo y por eso sienten desánimo y si ellos les perdonaran estoy seguro de que volverían. Me han decepcionado ustedes. A pesar de la grave lección recibida, no han perdido aún ese sentido de comodidad que les condujo a la catástrofe. Tiene que despertar en ustedes el sentimiento de rebeldía y la fe en ustedes mismos. Arrojar por la borda ese concepto de que la vida no vale vivirla si no es con comodidad. Y cundo hayan logrado tal cosa, luchar con dientes y uñas hasta que logren poseer armas. Nosotros les dejaremos algunas, pero tengan en cuenta que el arma más peligrosa no sirve para nada si detrás de ella no hay un corazón dispuesto a emplearla. Y ustedes tienen que hallar dentro de sí ese corazón que

indudablemente poseen.

Los «leoneses» acusaron el efecto que les producían las razones de Cris y bajaron la vista avergonzados; pero el coronel español, tal que si no se diese cuenta de las reacciones que iba logrando, continuó:

—Es necesario que logren vestirse como ellos y mezclarse entre ellos; sembrar la confusión y la muerte; producir sabotajes. Piensen además que ustedes no están totalmente solos. Estamos nosotros, y las aeronaves que he traído conmigo vigilan en el espacio, bloqueando este planeta para que no puedan traer nuevas fuerzas a él. Tenemos que irles atacando en sus puntos vulnerables, pero para ello necesitamos información y esta no la lograremos al menos que seamos capaces de irnos mezclando con ellos para sorprenderles sus secretos. En una palabra: hay que tener audacia. Esa audacia que permitió a vuestro coterráneo Molday sobrevivir y deshacerse de los enemigos que le rodeaban; esa audacia que nos ha traído a nosotros hasta aquí desde millones de kilómetros. ¿Están dispuestos?

Se produjeron unos instantes de silencio en que Cris se mantuvo impasible y en que Maidy, la única mujer, miraba a los hombres con gesto implorante, pidiendo sin palabras por las otras mujeres que sufrían. Y al fin se oyó la respuesta clara:

—Si. Estamos dispuestos. Lucharemos.

CAPÍTULO VI

EJÉRCITO DE OCUPACIÓN

Las desapariciones cada vez más frecuentes de prisioneros, mantenían en angustiosa alerta a los jefes de los «destructores de mundos», y en las instalaciones donde aquéllos trabajaban se habían extremado los medios de vigilancia colocando timbres de alarma que debían sonar apenas algún prisionero intentase salir de los recintos en que desarrollaban sus actividades. Tales timbres funcionaban tan pronto la célula foto-eléctrica quedaba cubierta par la sombra del cuerpo al salir; y habíanse aumentado también los micrófonos y las pantallas, especie de televisión, por donde en todo momento, desde las puestas de dirección, se controlaban los movimientos de los prisioneros, los cuales eran sometidos cada vez a jornadas más agotadoras con la esperanza de restarles bríos para toda actividad personal.

Pero nada de tales medidas resultaba fructífero, y la dirección máxima de los «destructores de mundos», su Alto Estado Mayor, se hallaba reunido dispuestos a tomar medidas drásticas que terminaran con tal estado de cosas.

Por temor a los ataques enemigos, el Alto Estado Mayor habíase hecho construir un pequeño refugio a bastantes metros bajo la superficie del planeta y lo bastante separado también de las instalaciones atómicas para evitar que cualquier accidente o sabotaje producidos en éstas pudiese alcanzarlos. En tal refugio existían en libertad los gases metálicos que necesitaban inhalar los «destructores de mundos» y así los componentes del Alto Estado Mayor podían prescindir de sus escafandras, marchando por allí con sus testas al aire, mostrando sus extrañas facciones: nariz achatada y boca en forma de trompetilla, no capacitada para emitir sonidos como los de los hombres de constitución normal, por lo que, necesitando enriquecer su vocabulario con la mayor riqueza de expresión, habían recurrido al lenguaje luminoso que luego se reproducía en sonidos por un procedimiento similar al de nuestro cinema sonoro.

Por tales trompetillas succionaban el alimento que podían incluso injerir sin necesidad de quitarse la escafandra, por medio de la red de celdillas que existía en ésta a la altura de la trompetilla.

Aquellos extraños seres se hallaban divididos en una especie de castas, y los varones, fuesen de la casta que fuesen, se debían al ejército desde que entraban en la adultez hasta que asomaba su decrepitud; pero según a la casta a que pertenecieran, no podían

rebasar determinados grados en tal institución. Por eso se hallaban divididos en series, reconocidas por letras, y los de las dos capas inferiores no podían rebasar el empleo de teniente, como máximo, y al llegar a tal grado se les permitía que la escafandra, en vez de ir soldada al resto de la armadura metálica, con lo que no se la podían quitar nunca, fuese independiente de esta y se encajase en ella, por medio de un ingenioso sistema de presión. Naturalmente, los miembros pertenecientes a las capas superiores ingresaban en el ejército de tenientes después de haber realizado copiosos estudios, y, naturalmente, tan pronto se graduaban podían usar la escafandra libre, cosa que no podían hacer durante la época de estudios.

Aparte la comodidad, uno de los motivos que habían movido a los miembros del Alto Estado Mayor a que funcionase en libertad el gas que ellos necesitaban, era el mantener envenenado el aire con respecto a los habitantes del planeta para evitar así que alguno se pudiese filtrar y producirles cualquier desastre. Sabían que aquello no era probable dado el terror que habían impuesto y la estrecha vigilancia a que los tenían sometidos, pero también sabían que la desesperación puede llevar al hombre a arrebatos extremos y no deseaban arriesgar demasiado.

Sentados en torno a una mesa, los componentes del grupo superior hablaban, libres de sus molestas escafandras, pero usando para entenderse un ingenioso aparato que, al tacto, producía las señales luminosas que ya interpretaban directamente, pero que mismo aparato transformaba, produciendo las palabras de viva voz.

—Tenemos un peligroso enemigo frente a nosotros, tan peligroso como no habíamos hallado otro a lo largo de nuestra historia y no podemos precipitarnos y dar más pasos en falso. La última experiencia ante «D-7» ha sido terrible, y el comportamiento de nuestro «J-37.581», incomprensible. Por los informes que habíamos recibido, iba bien preparado y, sin embargo, su fracaso ha sido estrepitoso; pero no ha sido esto lo peor, sino que, después de haber estado conviviendo con el enemigo, le haya señalado a éste el camino y haya vuelto con él en contra de nosotros.

—Sobre «J-37.581» ha recaído una justa condena de muerte por su indudable fracaso; sin embargo, no debemos prejuzgar. ¿Quien nos asegura que es el propio «J-37.581» el que regresaba en la aeronave? ¿No podrían ser algunos enemigos que deseaban hacerse pasar por él? Es una idea que me tiene intranquilo, que no me deja reposar tranquilamente.

—Pero él dio la contraseña perfectamente. Hasta su nota particular.

—Es cierto, pero puede haber sido alguno de los componentes de su Estado Mayor o tal vez el mismo esclavo que llevaba a su servicio y

que la había escuchado centenares de veces.

—¿Un esclavo incivil de esos? Eso es absurdo.

—Lo absurdo es que despreciemos las posibilidades del enemigo, y los indígenas de este planeta poseían una cultura y una civilización. Y si no hacemos un escarmiento con ellos pueden darnos horas amargas. Pese a las medidas que se han tomado con ellos, continúan las inexplicables fugas. Ellos, después de la derrota, irán reaccionando.

—¿Y qué podemos hacer?

—Coger a los varones, sobre todo a los que se muestran más enteros, y trasladarlos a otros planetas y traer aquí esclavos de otros lugares. Cuando se les desarraiga de tal forma, resultan menos peligrosos, porque están aislados. De entre los esclavos traídos de fuera, seleccionaremos a los de mejor conducta y los mezclaremos con ellos, prometiéndoles la libertad si consiguen alguna información sustanciosa. Y si a pesar de todo no se corrigen, por cada fuga que se produzca ejecutaremos en el lugar, a diez mujeres, a ser posible parientes de los que quedan. Supongo que esto no dejará de impresionarles y es muy posible que se corrijan. Y si pese a ello no se corrigen, no tendremos más solución que atacar «D-7», apoderarnos de él, trasladar allí esta industria y destrozar entonces este planeta.

—¿Y crees que aquéllos se someterán mejor que éstos? Al poco tiempo se producirían los mismos o parecidos hechos. Mientras esté presente en el espacio el hombre de la Tierra, no lograremos nada. Es contra él contra quien debemos ir, sin perjuicio de que adoptemos con los esclavos las medidas de seguridad que tú señalabas y que me parecen buenas.

En un cuadro de señales situado frente al lugar en que se hallaba sentado el Jefe del Alto Estado Mayor, se produjo un incesante parpadeo de luces, seguido de palabras, producidas a una velocidad vertiginosa, pero que al estar en clave, la clave especial que sólo el primero de los jefes del Estado Mayor conocía, no fueron entendidas por el resto de sus compañeros, quienes le contemplaban con cierta estupefacción al percibir el gesto de furor, de profunda rabia que reflejaba su semblante.

Al terminar el mensaje, el jefe superior se levantó con violencia, dio un terrible puñetazo en mesa y se encaró con sus compañeros:

—De nuevo un convoy de aeronaves que se dirigía hacia aquí ha sido atacado y punto menos que destrozado en el espacio. Cuando nuestras reservas, avisadas por las peticiones de socorro, han salido, el enemigo se había desvanecido en el espacio y no ha sido posible hallarlo ni detectarlo. Igual que la otra vez.

—Si persisten en tal táctica, van a irnos diezmando irremisiblemente, con lentitud, pero con seguridad, sin dejarnos avanzar un paso. A menos que seamos capaces de destruírsela con una

contratáctica adecuada —intervino uno de los miembros del Estado Mayor que había permanecido en hosco silencio hasta entonces.

—Pero ¿cómo? Mientras puedan huir a nuestra detección, va a ser punto menos que imposible. «J-37.581» era de los hombres más capaces que poseíamos y, sin embargo, ha sido vencido.

—Y si al menos poseyéramos las experiencias de su derrota. Pero ni eso hemos alcanzado. Debió ser una derrota fulminante.

—Tan fulminante como la que nosotros podemos infligirles a ellos. Ellos sólo son un reducido grupo y nosotros podemos lanzar contra ellos centenares de miles de aviones aun millones. Podemos lanzarlos en tal cantidad que los aplastaríamos irremisiblemente. Podemos llenarles el espacio, cercándolos en una verdadera nube de torpedos atómicos de tal forma que no podrían escapar. Y una vez destrozados ellos, todo volvería a su cauce normal, pues tengo la convicción de que es su presencia aquí la que ha hecho que los esclavos se solivianten, como fue su presencia en «D-7», la que logró nuestra derrota. Estoy convencido de que la aeronave de «J-37.581» transportaba a nuestros enemigos y no a éste, y que debió soltarlos en algún momento sobre este planeta.

Los componentes del Estado Mayor se miraron unos a otros con cierto recelo, y el que había hablado continuó:

—Piensen ustedes mismos en lo que harían en el caso de ellos. En cualquier momento los encontraremos bajo la escafandra y el uniforme de los nuestros. Sugiero, por tanto, de que se deben acuartelar el total de nuestras fuerzas y que, uno por uno, sean revisados todos nuestros hombres hasta dar con los audaces enemigos.

—Es una buena idea —aceptó el jefe del Estado Mayor—. Todas las ideas que se han expuesto aquí son inmejorables y las iremos poniendo en practica oportunamente. Así es que concretemos —añadió dirigiéndose al más joven de los componentes que actuaba en tales reuniones de secretario.

* * *

En dos ocasiones había intentado el grupo de desembarco, acaudillado por el coronel Cris, acercarse al refugio ocupado por el Alto Estado Mayor de los «destructores de mundos», pero la guardia de tal lugar había resultado insobornable y todas las astucias habían fracasado, estando en una de las intentonas a punto de ser descubiertos.

Pero no por ello se había desanimado el coronel, quien se dirigió a Molday, que era quien hacía de enlace entre el grupo y los indígenas.

—Es absolutamente necesario que lleguemos hasta ese Estado

Mayor. Pero debemos llegar hasta él sin violencias, sin ser advertidos y llegar a ocupar sus puestos. Sería la forma más incruenta de terminar esta lucha. Imagínate lo que podría suceder con el Estado Mayor en nuestras manos. Ordenaríamos traslados de unidades que apenas salidas al exterior de la atmósfera serían destrozadas; ordenaríamos expediciones absurdas; sembraríamos la duda y el desconcierto, y cuando ellos viniesen a darse cuenta, estarían destrozados, habrían quedado prácticamente inutilizados y no tendrían más remedio que retirarse a sus lejanas bases y allí recibirían el golpe de muerte, pues les aniquilaríamos sin compasión. Así es que, veamos, estudiemos de nuevo esos planos.

Tenían su guarida los componentes del grupo en los sótanos de lo que antaño fuera quinta recreo de una acaudalada familia, y cuya quinta, como casi todo lo que no obedecía a una necesidad de los «destructores de mundos», estaba convertida en un informe montón de ruinas. Aparte de la entrada natural por las ruinas, tenía el sótano dos salidas de emergencia, una que daba a una región boscosa, abrupta, y una segunda que desembocaba en una corriente de agua subterránea. Había elegido el lugar Molday y a él llegaban cada vez más informaciones y más datos sobre el enemigo común, y últimamente había llegado a sus manos un plano fiel, aunque tosco, del refugio donde se reunía el Alto Estado Mayor enemigo y de las instalaciones de la ciudad subterránea, cuya construcción se había iniciado y en la que trabajaban millares de esclavos y máquinas a un ritmo acelerado, aprovechando para el trazado de la ciudad las cuevas subterráneas, las corrientes de aguas, por las que en algunos lugares se sacaba la tierra excavada, y otros accidentes naturales que, bien aprovechados por los ingenieros de los «destructores de mundos», permitían que en escaso lapso de tiempo las obras hubiesen avanzado extraordinariamente.

Una vez más se volcó el coronel Cris sobre el plano, buscando sus posibilidades, sus resquicios y al fin señaló un sector.

—Mira, Molday. Creo que este es el mejor lugar para entrar,

—Pero para entrar por ahí necesitaríamos una excavadora, tardaríamos más de siete días en llegar hasta ellos, tiempo más que suficiente para que nos descubrieran por silenciosa que fuese la máquina.

—Es que no lo haríamos con una excavadora vulgar. Emplearíamos una especie de perforadora atómica y el proceso sería mucho más rápido.

—Pero ¿y la tierra que se fuese desprendiendo?

—Avanzaríamos por encima de esta corriente de agua y la tierra la iríamos sacando por agujeros sucesivos que iríamos practicando para llegar hasta dicha corriente.

—Es una buena idea.

—Sin embargo, no es original, me la han dado ellos mismos, pues emplean tal procedimiento en diversos lugares. Así realizaremos el trabajo en poco más de ocho horas. Será algo agotador, pero nos iremos turnando.

—Pero ¿y la perforadora atómica?

—Comunicaré inmediatamente con la capitán Barrena y ella nos la enviará hoy mismo. Comenzaremos a trabajar esta misma noche y mañana tendremos el Estado Mayor en nuestras manos.

—¿Optimista, coronel?

—Tengo fe en nosotros y en la buena causa que llevamos. Eso es todo.

* * *

Mientras tanto, el profesor Añúa y Carmelita habían llegado en la aeronave, después de haber destrozado a los «destructores de mundos», a la periferia de la atmósfera del planeta, y habían sido detectados por el roto-avión mandado por la capitán Barrena, el cual había avanzado rápidamente sobre ellos hasta establecer contacto, pidiéndoles la contraseña por medio de radiotelegrafía; el profesor, atento a las pantallas de detección, mostraba cierta inquietud al no ver reflejado en ellas aparato alguno.

—Es posible que sean de los nuestros, pero no estoy demasiado seguro. Pídales la contraseña y que se dejen ver por unos instantes. Seguramente están actuando con las ondas «draper» para que no les podamos detectar.

Carmela había ocupado el puesto de radiotelegrafista y se apresuró a cumplir las órdenes del profesor; y a poco de haber emitido, tras dar su propia contraseña, apareció en las pantallas de detección, aunque fugazmente, el roto-avión mandado por la capitán Barrena, recibiendo a continuación Carmela órdenes de su jefe que transmitió al profesor Añúa.

—Es la capitán Barrena, profesor. Ordena que pongamos rumbo 2 – 2 – 6 y que entremos en contacto con el *Neptuno*. Ella avisará tanto al *Neptuno* como a los otros dos roto-aviones para que no nos ataquen confundiéndonos con el enemigo.

—Está bien. Nos llegaremos hasta el *Neptuno*, aunque hubiese preferido hacer una excursión, ver más de cerca a «D-3»,

No tardaron en establecer contacto con el *Neptuno*, quien les señaló su posición exacta y la corrección de rumbo que debían realizar, y tal contacto se mantuvo con ciertas intermitencias hasta dar vista a la gigantesca aeronave, la cual, separada del *Numancia*, se podía apreciar en sus verdaderas proporciones.

—Déjense conducir por control remoto. Se ha de realizar una

maniobra muy precisa para penetrar en el compartimiento estanco de nuestro *Neptuno* y sería peligroso dejarlo en manos no demasiado expertas.

La orden fue transmitida por Carmela al profesor y éste sonrió:

—De acuerdo, que realicen la maniobra por medio de control remoto, pero es muy posible que a más de uno de esos pilotos les enseñara a tomar tierra en un palmo de terreno.

Con toda precisión maniobró el aparato, dirigido desde el *Neptuno*, penetrando en el compartimiento estanco de entrada para luego, una vez cerrado éste, deslizarse a la plataforma superior donde el jefe de la aeronave les aguardaba.

—A la orden, señor. Se presenta la sargento Carmela Garrido. Sufrí un accidente en uno de esos departamentos de la aeronave que hemos tripulado y cuando me recobre de el estábamos en el aire.

—¿Y por qué no se presentó al coronel Cris?

—Traté de hacerlo, pero cuando logré llegar a la sala de mando, el coronel ya no estaba.

—Ha estado usted mucho tiempo accidentada, sargento. Habrá de pasar a la enfermería en calidad de detenido. Son órdenes del coronel.

El comandante de la aeronave hablaba de forma tajante, y el profesor, deseando intervenir en favor de Carmela, se abstuvo, comprendiendo que nada podía lograr en tal momento pese a la buena disposición que el comandante mostró hacia él.

—Perdone, profesor Añúa, que no le haya saludado entes. Ni que decir tiene que usted goza de absoluta libertad,

—Gracias, comandante. Lamento lo ocurrido porque la culpa ha sido mía. Yo pedí a la sargento Garrido que me mostrara la aeronave y cuando nos disponíamos a salir para venir ella a presentarse a su destino se produjo el accidente.

—Elevaremos un informe al coronel, pero mientras tanto...

—Lo comprendo, y no quiero insistir.

Carmela dio entonces cuenta a su jefe de la lucha entablada contra los «destructores de mundos», de los resultados obtenidos en ella con el empleo de la mina «Añúa» y de la táctica de lucha empleada por el profesor, el cual fue felicitado por el comandante.

—Pero resulta todo un poco extraño. Ignoraba que tales minas hubiesen sido cargadas en ninguna de las aeronaves y voy a hacer que revisen nuestra «santabárbara», no sea que ignorándolo, tengamos también existencia de ellas.

El comandante no pudo ver la fugaz mirada de inteligencia cambiada entre el profesor y la sargento.

En la enfermería fueron reconocidos tanto Carmela como el profesor, dictaminando el doctor que las lesiones no tenían importancia, y en el momento que se quedaron solos, la muchacha se

dirigió al profesor:

—No estoy dispuesta a permanecer aquí como detenida, cruzada de brazos.

—¿Qué intenta, Carmela? Ahora, su fuga, sería considerada, como deserción frente al enemigo.

—Que lo consideren como quieran. No podría estar aquí tranquila sabiendo que él corre tan grandes peligros en la superficie del planeta. No, no he pensado que usted me siga. No quiero que por mi culpa…

—Ya ha oído que yo tengo completa libertad. Lo único que no puedo es dejarla sola.

CAPÍTULO VII

ATAQUE AL ALTO ESTADO MAYOR

Mientras el coronel Cris realizaba rápidamente determinados cálculos para tener la seguridad de que la perforación de la mina llevaba la dirección exacta, el capitán Monterroble mantenía la perforadora atómica en posición haciéndola funcionar a ritmo superior del normal, llevados de la natural ansiedad que les dominaba. Al ritmo que él iba logrando perforar la mina, dos grandes palas electrónicas, en juego de cadena sinfín, que habían logrado sustraer a los «destructores de mundos», iban arrastrando las materias desprendidas hasta lanzarlas por el agujero practicado en el suelo de la mina y que comunicaba con una turbulenta corriente de agua que, al recibir los desprendimientos los iba lanzando lejos, arrastrándolos con ella.

El resto del grupo descansaba después de los esfuerzos realizados, satisfechos de ver que la penosa obra tocaba a su fin. El coronel, una vez terminados sus cálculos, quedó en expectativa hasta que Monterroble logró metro y medio más de galería, dirigiéndose entonces a él por señas:

—Un momento, capitán.

Tanteó el coronel con su detector sónico en medio del impresionante silencio que se había producido y vio como la esfera se iluminaba, señalando hacia el lugar que él esperaba. Puso entonces en marcha el marcador de distancias anejo al detector y la respuesta le hizo sonreír con satisfacción.

Volvió entonces hacia donde estaba el grueso del grupo y se dirigió a ellos:

—Escasamente nos separa una capa de 20 centímetros de tierra del muro tras el cual se refugian nuestros enemigos. Conocemos su naturaleza y sabemos que apenas ofrecerá resistencia alguna a nuestra perforadora atómica, así que, descansaremos veinte minutos e inmediatamente nos lanzaremos al asalto. Nuestro mayor éxito sería lograr que ellos no tuviesen tiempo de dar la alarma, ya que si tal cosa ocurriese, sólo habríamos logrado alcanzar nuestro objetivo a medias, pues suprimido este Estado Mayor no tardaríamos mucho tiempo en tener otro enfrente. Naturalmente, sólo con que logremos tal cosa, habremos adquirido una buena ventaja, pero debemos aspirar a ir más lejos.

Notó Cris que sus hombres estaban cansados por la ruda tarea que había durado las ocho horas calculadas, y extrayendo unos

comprimidos para cortar el cansancio, comprimidos que controlaba él personalmente para evitar los abusos, alargó un par de ellos a cada uno.

—Bueno. Supongo que un comprimido de éstos a cada uno, nos hará bien.

—Resultará una maravilla, coronel. Cuando usted se decide a emplearlos es que supone que vamos a necesitar de todas nuestras energías.

—Algo así espero. El enemigo no es blando y se defenderá como gato panza arriba. Quisiera que la operación se realizara sin una sola baja y tal cosa dependerá en parte de nuestra decisión.

Por hechos que estuviesen a la lucha, el momento resultaba impresionante, y cada cual, en aquellos minutos de espera dirigió su mente hacia la Tierra, hacia el lejano planeta que estaban defendiendo allí, hacia la tierra donde tenían sus más hondas raíces: padres, hermanos, esposas, hijos...

Mentalmente oró cada cual, y cuando Cris dio la orden de avance, todos se sintieron más seguros de sí, más fuertes, más capacitados para la lucha.

El detector sónico del joven coronel señaló la presencia de ruidos a la otra parte de la muralla, y cuando vio Cris que cada cual estaba dispuesto en el lugar apropiado, dio orden al que empuñaba la perforadora atómica para que la empleara al máximo de su poder.

Los componentes del grupo se sintieron momentáneamente envueltos por los desprendimientos logrados por la perforadora y de improviso fueron cegados por un vivo resplandor, viéndose entonces sus siluetas envueltas en la tierra, que flotaba en el aire heridas por la luz.

El coronel fue el primero en saltar, asomando por delante su pequeña pistola desintegradora y a continuación de el penetró un oficial con la perforadora, dispuesto a destrozar cualquier obstáculo que se les opusiera, entrando a continuación el resto del grupo y sorprendiendo con su actitud agresiva a los componentes del Alto Estado Mayor.

Los «destructores de mundos» hallábanse desprovistos de sus escafandras, que no llegaron a tiempo de ponerse; sin embargo, apenas el principio de perforación se hubo realizado, habíanse apoderado de sus armas, disparándolas con celeridad en dirección al orificio producido por los terrestres; afortunadamente, todos tenían orden de arrojarse al suelo y los rayos eléctricos pasaron muy por encima de sus anatomías, restallando furiosamente contra los límites del orificio que agrandaron aún más, perdiéndose otros en la galería abierta, donde levantaron tempestades de tierra.

Los terrestres, desde los puntos en que se habían situado,

repelieron el ataque, disparando contra los más agresivos de sus enemigos, tres de los cuales cayeron fulminados, con las cabezas destrozadas; y Cris, por medio de señales luminosas, hablándoles en su propio lenguaje, conminó al resto a la rendición, amenazándoles con acabar con ellos si no se rendían.

Uno de los generales se parapetó tras la robusta mesa metálica y desde tal lugar trató de abrir fuego; pero aún no había brotado la primera ráfaga de su arma cuando los rayos desintegradores disparados por Cris habían hecho desaparecer la mesa y al hombre que se parapetaba tras ella.

—¡Atención! Rendíos inmediatamente o recibiréis todos el mismo trato. Dejad caer las armas.

Los cinco enemigos que restaban obedecieron y los terrestres pudieron ver cómo sus ojos fulguraban, despidiendo rayos luminosos de escasa potencia, pero rebosantes de odio, mientras sus trompetillas producían una especie de furioso resoplido, nada tranquilizador.

—Pongan las manos, con las palmas abiertas, sobre la cabeza, y retrocedan hacia el punto por donde nosotros hemos entrado. Pensamos que realicen ustedes una pequeña excursión en nuestra compañía.

La actitud y los gestos de los «destructores de mundos» tentaban a risa, a no ser por la peligrosidad del momento, pero ninguno de los terrestres se confió a tal sentimiento. Sabían que estaban ante unos auténticos monstruos y que cualquier descuido podía resultar fatal.

Y la catástrofe se produjo repentinamente. Se escuchó, viniendo del exterior, un alarmante ulular de sirenas y ruido como de un río que se desbordase; pero la mayor parte de los terrestres no perdieron de vista a sus enemigos mientras el resto se volvía hacia el lugar de donde el fragoroso ruido provenía, llegando a tiempo de ver cómo se abrían automáticamente varias bocas y que por ellas salían gruesos chorros de agua, proyectados con extraordinaria fuerza.

Tres de los terrestres fueron derribados estrepitosamente al ser alcanzados, y los componentes del Alto Estado Mayor quisieron aprovechar la coyuntura para lanzarse al ataque, pero el ojo vigilante de Cris y de algunos de los suyos pudieron evitar el desastre, actuando con rapidez y energía, fulminando a tres de sus enemigos en breves instantes y cayendo luego sobre los otros dos, reduciéndolos a la impotencia en breves instantes.

Afortunadamente, el nivel de las aguas no podía subir demasiado por los orificios practicados en el suelo de la mina, pero los vigorosos chorros de agua continuaban ofreciendo un peligro.

—Tenemos que salir de aquí rápidamente.

La situación, una vez fracasado el plan de sustituir al Alto Estado Mayor, era difícil. No tardarían en ser atacados por la guardia exterior

del refugio, y la retirada, por la mina abierta, perseguidos por una parte y teniendo que desembocar en uno de los lugares donde se trabajaba, resultaría una empresa nada fácil de llevar a cabo.

—¿Qué hacemos con ellos, coronel? No creo que nos reporten gran utilidad y, sin embargo, van a ser un auténtico estorbo.

—Los conservaremos por el momento, y si llegan a ser un perjuicio, los dejaremos en el camino, pero inutilizados para siempre. No podemos tener contemplaciones con seres de esta clase.

Inicióse la retirada por la mina; pero el fanguillo que se había formado había convertido el suelo en terriblemente resbaladizo, y pese a las precauciones que se tomaron, comenzaron a producirse caídas, habiendo de advertir Cris:

—Cuidado, sobre todo, al acercarse a los desagües.

Uno de los prisioneros, al darse cuenta de las dificultades con que tenían que luchar los hombres de la Tierra, inició una resistencia a la conducción de que era objeto, haciendo que dos de los terrestres cayeran en tierra, y el capitán Monterroble que abría marcha, cambió una mirada de inteligencia con Cris y no vaciló más. Su pistola vomitó una emisión de rayos y el intranquilo ser se desplomó con la cabeza destrozada,

Sólo quedaba en pie el jefe superior, y Monterroble se dirigió a él en tono mordaz:

—Veremos si tú demuestras un poco más de sentido que tus compañeros. Como habrás visto, también nosotros sabemos no perdonar.

Se produjo un bronco bufido del «destructor de mundos», pero los terrestres hicieron caso omiso de ello, lanzándolo de forma brusca por delante, haciéndolo resbalar y caer a su vez, dispuestos a ablandarlo a fuerza de golpes.

Cris y el oficial portador de la perforadora quedaban en vanguardia protegiendo la retirada y no tardaron en recibir el primer choque de los soldados que acudieron en ayuda de sus jefes.

La alarma que uno de los componentes del Estado Mayor había conseguido dar era la de aviso de incendio; por eso habían sonado en el exterior las sirenas de alarma y se había proyectado el agua en el interior. Y cuando la guardia, forzando las puertas acorazadas del refugio que normalmente sólo se abrían desde dentro, desembocaron al departamento que para ellos era como un sagrado y en el que sólo les era permitida la entrada en circunstancias excepcionales, quedaron instantáneamente frenados por la sorpresa y la incredulidad ante lo que veían; seis cadáveres correspondientes a seis de sus jefes, el resto de ellos desaparecidos, y la gran mesa de trabajo, metálica, y que se hubiese precisado de una potente grúa para moverla, desaparecida. Era imposible que la mesa pudiera haber sido sacada por el orificio

que se veía al fondo y en el cual se movían unos seres de su propia raza, pero que no era ninguno de los del Alto Estado Mayor. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Se habría podido producir alguna traición?

El jefe de la guardia no se atrevió a avanzar. Había un extenso trecho a recorrer que no ofrecía el menor refugio y la actitud de los que se hallaban a la otra parte del orificio era lo bastante amenazadora para iniciar la acción.

Pero a espaldas del jefe de la guardia se produjeron leves trompetazos que demostraba la impaciencia de sus seguidores, ávidos de conocer a sus jefes, de aprovechar la ocasión de entrar en contacto con ellos, y el jefe de la guardia dio la orden de avance, indicando a sus hombres que debían de abrirse para ofrecer el menor blanco posible y pasar al máximo de velocidad.

Se inició el movimiento de avance, lanzándose los «destructores de mundos» a una velocidad de vértigo, pero varios fueron alcanzados en el camino por las armas atómicas de Cris y su acompañante, quedando desintegrados, convertidos en pequeñas nubecillas de humo, causando el fenómeno entre aquellos seres que desconocían la existencia de tales armas, verdadero asombro y un supersticioso temor.

El precavido jefe del grupo habíase refugiado a favor del cuerpo de uno de sus jefes, pegándose bien a tierra para no ofrecer posibilidad de blanco y desde su puesto ordenó furioso el avance a los que habían retrocedido. Su escafandra lanzaba rápidos destellos al dirigirse a sus hombres:

—¡Vamos, adelante u os destrozo yo en lugar del enemigo!

A tiempo que hablaba, disparó contra el lugar donde se hallaba Cris, desgajando un buen trozo del metálico tabique que cayó envuelto en tierra y piedras; pero tal fue su última acción, ya que Cris respondió con una emisión de rayos desintegradores, destrozándolo a él y al cuerpo que le servía de refugio.

Pero al calor de tal instante, varios hombres atravesaron la sala corriendo, situándose próximos al orificio y a cubierto de los disparos de Cris, quien hubiese tenido que exponer demasiado para alcanzarlos. Al mismo tiempo, el segundo oficial habíase hecho cargo de la dirección del grupo y antes de continuar el avance había comunicado con el exterior para que corriesen a cortar la retirada a los fugitivos.

La retirada de los terrestres, aunque penosa, se iba realizando, y al quedar rebasado el primer desagüe, por donde el agua desaparecía en busca de la corriente, el piso se hallaba en condiciones normales, pudiéndose realizar entonces el avance con mayor rapidez y seguridad.

La situación más delicada era de los que ocupaban la vanguardia, y Cris, para evitar un desastre, no cesaba de emitir rayos

desintegradores, cubriendo con ellos la entrada de la mina para que nadie osase asomar por ella. Aquello les permitió rebasar también el primer desagüe y caminar con más seguridad, acercándose al resto del pelotón; pero tal maniobra dio ocasión para que los «destructores de mundos» pudiesen colocar rayos eléctricos por la entrada de la mina, rayos que estallaban violentos contra las paredes de la misma, haciendo que se desmoronasen produciendo graves desprendimientos que amenazaban con envolverles.

—¡Cuidado con ese hombre, que puede ser nuestro escudo!

Pero la advertencia llegó tarde, pues el «destructor de mundos», en un desesperado esfuerzo, había aprovechado para lanzarse por una de las comunicaciones abiertas en el suelo en dirección a la corriente. Cris, al verlo desaparecer, corrió, asomándose al orificio, llegando a tiempo de ver como caía marcando una pirueta por el aire. Y no le dio tiempo a más, descargándole una emisión de ondas desintegradoras que iluminaron con su lívido resplandor el subterráneo por donde corría el agua.

—Lo he debido desintegrar, pues no se ha escuchado chapoteo alguno.

—Así ha debido ser. Él se lo ha buscado.

Mas la situación no había mejorado por aquel incidente, si bien los terrestres tenían una preocupación menos, pudiendo realizar la retirada con mayor rapidez de la empleada hasta entonces.

Pese a que la mina había sido apuntalada, aunque ligeramente, las descargas ininterrumpidas de rayos eléctricos que se iban produciendo dentro, hacía que se fuera desmoronando, y los «destructores de mundos», bien dirigidos, al notar que se producían tales efectos redoblaron sus esfuerzos hasta llegar a producir la catástrofe, viendo los terrestres como se les venia encima un verdadero alud de tierra que amenazaba con sepultarles.

—¡Refúgiense en el recodo! —ordenó Cris.

Pero el desprendimiento lo alcanzó a él mismo, antes de llegar al sitio señalado, derribándolo, quedando totalmente cubierto de tierra.

Rápidamente se lanzaron todos ardorosamente al trabajo y apoco emergía la cabeza del coronel, y finalmente, con la ayuda de la perforadora atómica, quedo prontamente libre.

—¡Vamos, coronel, un pequeño esfuerzo y estamos a salvo!

—Sigamos adelante. Yo puedo andar aunque de momento tenga que apoyarme en alguno de ustedes. Esos necios, por querer enterrarnos, han logrado que nos podamos aislar de ellos y así saldremos con más tranquilidad, sin tener que estar pendientes de su persecución.

Pero por la parte de la salida se produjo un fuerte estrépito, como de tierras que se desprenden, y pese a la oscuridad, deshecha a medias

con sus lámparas de bolsillo, vieron que en la galería, por la parte más libre, se iniciaba el mismo proceso de desmoronamiento, provocado seguramente desde su exterior por los «destructores de mundos», con el ánimo de dejarlos enterrados.

—¡Nos han cerrado la salida! ¡Quieren encerrarnos vivos aquí dentro! —exclamó el capitán Monterroble señalando hacia la zona de desprendimiento que avanzaba.

El peligro era espantoso, y Cris, con clara visión del momento, ordenó:

—¡Despójense rápidamente de las armaduras, pero conserven las armas!

Tal que si el peligro le hubiese devuelto el uso de sus facultades, fue uno de los primeros en quedar libre del estorbo que significaba la ligera armadura con su escafandra, e inmediatamente empuñó la perforadora atómica, dirigiéndola contra el piso.

La tierra iba siendo rápidamente desplazada y no tardó en escucharse el rumor del agua; pero el desprendimiento de la galería avanzaba con espantosa rapidez, dando la sensación de que no iba dar tiempo a practicar la abertura de escape. Monterroble se apoderó con avidez de la pistola desintegradora de Cris y la dirigió también contra el piso, ayudando rápidamente a practicar la abertura, y cuando ya los primeros terrones de tierra comenzaban a caer sobre ellos, dio Cris la orden:

—¡Vamos a saltar, rápido! Pero saltaremos de pie, todos al tiempo, cogidos de la mano.

Las armas en bandolera, la orden fue obedecida rápidamente, y al tiempo que saltaban recibieron sobre sus cabezas y espaldas una verdadera lluvia de tierra y piedras que les acompañó luego por el aire hasta chocar con el agua.

Recibieron la sensación al caer de que iban hacia un precipicio sin fondo, dándoles el salto la sensación de la eternidad, y al fin recibieron el violento choque, sintiéndose arrastrados inmediatamente por las turbulentas aguas.

Cris, como el resto del grupo, era un excelente nadador y pudo dominar pronto la fuerza de la corriente, encendiendo entonces su lámpara de bolsillo para que sirviera de guía y pronto vio emerger por diversos puntos otras luces, las cuales contó rápidamente. Estaban todos en dominio de sus facultades y respiro satisfecho.

No tardó la corriente de agua en desembocar a un remanso, donde ya se pudieron reunir, y Cris se dirigió a Molday:

—¿Qué sabes de esta corriente?

—Que nos llevará hasta nuestro refugio, si todo el trozo es practicable, cosa que dudo.

A favor de la menor fuerza del agua, pudieron los hombres

permitirse un descanso, aunque sin dejar de avanzar, y pronto pudieron percibir el ruido de una fragorosa cascada donde terminaba la mansa corriente y hubieron de realizar un esfuerzo para no ser arrastrados, retirándose a la orilla donde hallaron un estrecho refugio.

—Hemos de reconocer que ha sido un verdadero descalabro. No creo que nuestra situación haya mejorado mucho —comentó Cris.

—Pero nos hemos desembarazado de un enemigo y esto, que llegará a oídos de los nuestros, elevará su moral.

—Sí, pero también desatará una ola de represión si no llegamos a tiempo de contenerla; y no nos hallamos en el mejor camino —remachó Cris—. Hay que salir de aquí y pronto.

—Es posible que yo pueda ofrecer una solución —terció Molday—. Recuerdo que cerca de una cascada se abría una pequeña cueva que poseía una salida, aunque estrecha, suficiente para nosotros.

—¿Pues a qué aguardamos? ¡Adelante todo el mundo!

Medio renqueando aún, dio Cris el ejemplo, y tras varios incidentes de ínfima importancia, lograron salir a la luz, al aire libre, que respiraron con verdadero deleite. Se iniciaba el día en aquellos momentos, y Cris, contemplando el enrojecido disco que surgía por el horizonte, suspiró:

—En ocasiones pienso que hemos abordado una tarea muy superior a nuestras fuerzas. Esto llega a hacernos un poco soberbios, y por eso estos descalabros son necesarios de tanto en cuanto, porque así despertamos a la realidad. Pero vamos. Nuestra permanencia aquí es un auténtico peligro. Ahora carecemos del disfraz de las armaduras y no deben vernos. Pero lo que más siento es que así no podremos penetrar en las instalaciones que tanto nos interesan.

Echó a andar el grupo bajo la dirección de Molday, conocedor de la topografía de aquella zona, dirigiéndose por lugares ocultos hacia donde tenían el refugio. Hallábanse agotados y un tanto desanimados, dominados por el frío que les producía el remojón del que no hablan podido secarse y recibiendo sobre la mojadura el fresco aire de la mañana.

Un leve alerta del detector sónico de Cris advirtió a éste que corrían un peligro, y cuando lo consultó, dirigiendo la mirada sobre él, comprobó que su esfera señalaba en diversas direcciones, cubriendo los cuatro puntos cardinales y otros intermedios. Sin embargo, permaneció impasible, y de nuevo, con gesto natural, repartió entre los componentes del grupo una ración de comprimidos para cortar el cansancio y reanimar los agotados cuerpos.

—Ahí va, amigos. Llevamos ocho horas largas, casi nueve, sin comer, y esto nos reanimará. Además, es posible que no tarde en hacernos falta. Continúen con naturalidad, por favor. Veamos, Molday. Estamos cercados y convendría que nos lleves a un lugar

donde podamos quedar cubiertos por todas partes. Ellos están aún lejos. Nos temen y no se atreven a acercarse.

—Entendido, coronel. Tenemos cerca un buen lugar, siempre que no nos ataquen por el aire.

Sobre todo a sus espaldas percibía Cris la sensación de que eran espiados, aunque a cierta distancia aún, y observó complacido como Molday, tras desviarse del camino que hasta entonces habían llevado, de llegar a una altura,

—¡Aquí, deprisa, coronel! Existen como una especie de trincheras en lo que antaño fueran canteras de mármol.

Precipitáronse corriendo los componentes del grupo al lugar señalado por Molday y Cris, tras lanzarle un rápido vistazo, exclamó:

—¡Es un magnífico lugar, Molday, y en él podremos resistir un regular temporal!

Rápidamente dio órdenes, situando a cada cual de sus hombres en el punto más conveniente, según sus condiciones, y él se refugió en el centro, junto con Molday, a quien humorísticamente dijo:

—Tú serás la fuerza de reserva para reforzar el punto que sea atacado con mayor violencia. Y yo, voy a tratar de comunicar con la capitán Barrena, porque pese a la bondad del lugar, temo que si aprietan van a poder con nosotros.

Afortunadamente, el radioteléfono, bien guardado en su funda impermeable no había sufrido deterioro alguno, y el coronel no tardó en lanzar su llamada al éter con la esperanza de ser escuchado inmediatamente:

—¡Atención, capitán Barrena! Coronel Cris, desde punto 32-H. ¡Atención, capitán Barrena! Habla el coronel Cris al frente de su grupo de desembarco.

Transcurrieron largos segundos de angustiosa espera en que de nuevo volvió a lanzar la llamada repetidamente y al fin llego la respuesta.

—¡Aquí, capitán Luisa Barrena en roto-avión R-1! ¡Hable, coronel Cris! Estamos a 32.000 metros y nos acercamos al punto 32-H en que se hallan.

—Atienda, capitán. Nos hallamos cercados a un kilómetro, diez metros del mismo centro del punto. El enemigo no ha iniciado aún el ataque porque nos teme, pero es numeroso. Carecemos de trajes metálicos y escafandras protectoras por un accidente sufrido. Deben enviárnoslas y evitar que nos ataquen desde el aire, ya que no tenemos defensa hacia esa parte. Envíen también fusiles desintegradores para todos, no creo que tarde en iniciarse la batalla.

—¡De acuerdo, coronel! ¡Vamos rápidamente! ¡Resistan por favor!

La voz de la capitán Barrena dejaba sentir la angustia que la dominaba cuando Cris cortó la comunicación.

—Amigos. No tardaremos en recibir auxilio, pero hasta tanto, no contamos más que con nuestro propio esfuerzo. Hemos de realizar lo imposible porque el auxilio llegue a tiempo.

La última palabra del coronel casi no se pudo escuchar a consecuencia del estruendo de los primeros disparos eléctricos del enemigo, que restallaron como latigazos de gigante, arrancando trozos de piedra y lanzándolos con terrible violencia por el aire, convertidos en peligrosos proyectiles.

Los disparos, hechos desde más de tres kilómetros, fueron contestados rápidamente y a poco se generalizó la batalla, en la que el puñado de terrícolas se defendía con terrible tesón, no ofreciendo resquicio al enemigo y respondiendo vigorosamente para mantenerlo alejado.

—Con tales armas, a esa distancia, no podrán hacer mucho daño —apuntó Monterroble.

—Así es, pero van acercando armas de mayor alcance y no tardarán en convertir esto en algo terrible, ya que, si no nos alcanzan los rayos, nos destrozarán las piedras.

Dándole la razón al coronel, pronto se convertía aquello en un verdadero infierno y los terrestres hubieron de ir cediendo, teniendo que dejar de hacer uso de sus armas en muchas ocasiones para evitar ser alcanzados por las lluvias de pedruscos fuertemente disparados, ocasión que iban aprovechando los «destructores de mundos» para ir estrechando el cerco.

No tardaron en estar la mayoría de los terrestres señalados por las piedras, y llegó a ser el acoso tan terrible que el propio coronel hubo de situarse en lo alto de la trinchera, con su arma atómica, de menos alcance pero más efectiva y por unos instantes sembró el pavor en las filas enemigas, al ver que cuantos se acercaban con exceso desaparecían en el espacio como por obra de magia, quedando como recuerdo de lo que fueron una leve nubecilla de gas que se desvanecía lentamente.

Pero tornaban al acoso, redoblando sus esfuerzos y a poco recibían el apoyo de un grupo de aviones ligeros que comenzaron a atacar a los terrestres lanzándose en vuelo rasante, vomitando rayos y obligándoles con ello a pegarse materialmente a las piedras para no ser alcanzados por tiros directos, teniendo que cambiar continuamente de posición según el lugar de procedencia del ataque, haciéndolos insostenible la situación.

—¡Atención! De coronel Cris a capitán Barrena. Nos atacan por el aire y la situación se hace insostenible. La mayoría de la gente está seriamente tocada y si…

La comunicación quedó cortada, pues un pedrusco, lanzado con violencia, arrancó el radioteléfono de manos del coronel, hiriéndole en

la cara al mismo tiempo y derribándolo sin sentido.

El capitán Monterroble hubo de arrastrar rápidamente el cuerpo del coronel para situarlo completamente a cubierto de los ataques enemigos y se hizo cargo de la dirección del grupo, tornando en sus manos la pistola desintegradora con la que continuó la labor que había iniciado Cris.

CAPÍTULO VIII

LA REBELIÓN DE LOS ESCLAVOS

El superdestructor *Neptuno*, bien protegido por una barrera de rayos «DOX», cubriéndose además continuamente con emisiones de antiprotones, luchaba duramente en el espacio rodeado de varios grupos de aeronaves «destructores de mundos», maniobrando hábilmente para no ser cazado y destrozando a su vez las aeronaves enemigas que se le ponían a tiro de sus rayos desintegradores, teniendo también que esquivar torpedos a los que los rayos «DOX» no hacían estallar y los cuales eran atacados con rayos desintegradores, accionados en combinación con el radar.

Pero el espacio se hallaba cada vez más poblado de enemigos, y pese al heroísmo que se ponía en la lucha, el comandante del superdestructor comenzó a temer que terminaría por ser desarbolado.

A su vez había recibido comunicación de los roto-aviones en el espacio, los cuales también se hallaban haciendo frente a una especie de ofensiva general de los «destructores de mundos» y no podía esperar auxilio por tal parte.

Cuando la situación era más difícil, se presentaron al comandante el profesor Añúa y Carmela Garrido.

—Comandante, me ofrezco voluntario para tripular la aeronave apresada a los «destructores de mundos» y salir a atacarles en ella. Es la única forma de aliviar la situación de ustedes. Sembraremos la confusión entre ellos y cuando se den cuenta será tarde.

—Lo siento, profesor, pero no la he lanzado ya porque no tiene probabilidad alguna contra nuestros atacantes y no deseo perder gente vanamente.

—Yo la conozco bien y sé que tiene probabilidades, sólo deseo que se la equipe rápidamente con una batería de rayos desintegradores y dos ametralladoras pesadas de proyectiles atómicos.

—Pero esos proyectiles no harán nada contra aeronaves tan veloces. Se desecharon hace ya tiempo por eso.

—Le ruego que lo haga, comandante. Tengo mis ideas particulares sobre el asunto y sé que triunfaré. En cuanto a gente, no le preocupe: me basta con la sargento Garrido, que se ofrece voluntaria.

—No sé si debo...

—Ante el peligro se borran los arrestos, señor. Yo le prometo que volveré para responder a los cargos que se hacen contra mi.

El comandante vaciló sin saber qué resolver, pero el prestigio de

Añúa, la suplicante mirada de Carmela y el grave peligro que vivían, le decidió:

—Está bien. Ustedes han ganado. Encárguese usted mismo de que la equipen la aeronave tal como desea y... suerte.

Minutos después la aeronave era catapultada al espacio, y apenas en el aire y los motores en marcha, el profesor, que se había situado a los mandos, la elevó a una velocidad vertiginosa, alejándose al propio tiempo del *Neptuno*, absteniéndose al mismo tiempo de lanzar las ondas «draper», pues deseaba ser detectado, que lo viera el enemigo, que se encelase en su persecución. No necesitaba, sin embargo, la protección contra los rayos eléctricos, ya que a tal tipo de aeronave no le causaban efecto y se debía mantener en cambio en tensa vigilancia contra los torpedos que le pudiesen disparar para desintegrarlos antes de que pudiesen penetrar en terreno que les resultase fatal.

Apenas se habrían alejado diez kilómetros del *Neptuno*, cuando dio la orden:

—Lance al espacio una de nuestras minas.

—¡Estamos aún demasiado cerca del *Neptuno*, profesor!

—¡Obedezca! Es usted quien me ha impulsado a realizar esta salida y yo he aceptado a condición de que seré obedecido inexcusablemente. Sepa además, jovencita, que el metal con que se ha construido el *Neptuno* es un metal superprodigio, capaz de resistir los 20.000 grados de calor, aunque los que fuesen dentro se achicharrasen. Pero no ocurrirá tal cosa, pues a esta distancia no les llegarán ya ni los 2.000 grados.

—¡De acuerdo! —respondió Carmelita a tiempo que realizaba la maniobra, maniobra que pudo ver cómo se realizaba automáticamente en una pantalla—. ¡La mina está en el aire, profesor!

—Comunicó Añúa entonces con el *Neptuno*, señalando a su comandante el lugar donde había quedado el artefacto y señalando donde pensaba sembrar el resto, y el *Neptuno*, sin cesar en su dura lucha, se fue desviando mientras nuevas minas iban quedando en el espacio, inmóviles, pendientes de explotar tan pronto recibiesen la orden por medio del control remoto.

La maniobra del *Neptuno* al apartarse del lugar en que se hallaba, fue atrayendo a dos grupos de unidades enemigas sobre tal lugar, quedando bajo el campo de minas, y otro grupo de aeronaves se había lanzado en persecución de la propia aeronave de Añúa, quien continuó elevándose, ordenándole a Carmela:

—¡Vamos! Lance otra mina al espacio.

Obedeció Carmelita, y el profesor, pendiente en la pantalla de la situación de las aeronaves enemigas con respecto a las minas, dio la «orden» de explosión por control remoto, y fracciones de segundo después —lo que tardó en llegar la «orden» a la velocidad de la luz—

se produjeron las explosiones, que iluminaron el espacio con cegadora luz, quedando instantes después toda una amplia zona libre de aeronaves enemigas.

—¡Enhorabuena, profesor! Ha sido una magnífica maniobra —comunicó inmediatamente el comandante del *Neptuno*.

—Gracias, comandante. Avance rápidamente hacia la zona que ha quedado despojada, sin miedo a la radiactividad. Ellos le deben seguir. Yo me lanzo en picado y comunicaré los puntos donde situaré las minas.

—¡De acuerdo, profesor! ¡Suerte!

Mientras el profesor realizaba la parte de maniobra que le correspondía, volviendo sobre sus pasos en vuelo picado, el *Neptuno* corregía también su rumbo, dando la sensación de que huía, y las aeronaves «destructoras» se lanzaron en su seguimiento, formando como una especie de densa media luna a su cola; y el profesor, al ver tal dispositivo de ataque en el que los extremos trataban de adelantar para cerrar su tenaza al *Neptuno*, hubo de corregir a su vez el rumbo de su aeronave, sembrando el nuevo campo de minas de acuerdo con tal dispositivo, elevándose luego rápidamente para salirse de su radio de acción.

Realizado el trabajo, tanto él como Carmela siguieron con verdadera ansiedad el avance enemigo, puesta la mano sobre el pulsador del control remoto y fue Carmela la que dio la voz:

—¡Cero!

Con matemática precisión se dio la orden e instantes después rasgaban las tinieblas los fuertes resplandores de las explosiones atómicas, formándose seguidamente verdaderos torbellinos de humo que invadieron el espacio, Pero en las pantallas detectoras del *Neptuno* había desaparecido todo rastro de aeronave enemiga.

—¡Le felicito, profesor! Ha empleado usted una táctica maestra!

En sus maniobras, la aeronave de Añúa habíase desviado insensiblemente del punto de partida, acercándose a la periferia del planeta «D-3», vislumbrando la clara atmósfera que lo envolvía destacando en la oscuridad y Carmela lanzó un profundo suspiro que sobrecogió un tanto al profesor:

—¿Le agradaría correr junto a él, no es eso?

—Sí, profesor, lo confieso, Tengo la corazonada de que vive unos momentos de peligro.

—Ríase de esas corazonadas. Lo que sucede es que usted sabe que la misión es peligrosa y naturalmente...

La palabra del profesor fue cortada por la voz del coronel Cris al realizar su llamada radiotelefónica dirigida a la capitán Barrena desde el punto 32-H, llamada que igualmente se registró en el receptor que había instalado a bordo de la aeronave.

—¿Ve usted como la corazonada no me engaña, profesor? ¡Corramos en su auxilio!

—Calma, jovencita, la capitán Barrena correrá hacia allá y nosotros necesitamos saber donde está ese punto H-32, eso es sólo un valor entendido y para hallarlo necesitaremos un mapa especial.

—Podemos comunicar con el *Neptuno* y que nos lo radiotelevisen.

—Tiene razón. No se me había ocurrido, pero podemos ir ganando tiempo, lanzándonos en dirección de la corteza de «D-3» o León, como ellos lo llaman.

Maniobró el profesor Añúa buscando la zona atmosférica del planeta, penetrando en ella a toda velocidad e inmediatamente se puso de nuevo en contacto con el comandante del *Neptuno*, avisándole de la peligrosa situación en que se hallaba el coronel Cris y pidiéndole que le televisara el mapa donde hallar la situación del punto H-32.

—Televiso el mapa, profesor. Recibo comunicación de la capitán Barrena en el mismo sentido. Deseo que les acompañe la suerte. Yo corro en auxilio de los dos roto-aviones que, aunque en mejor situación, luchan aún con un enemigo numéricamente superior. Me da la sensación que los «destructores» están realizando un supremo esfuerzo por destrozarnos o arrojarnos de aquí.

Rápidamente tomó el profesor Añúa apuntes para asegurar el conocimiento exacto del lugar donde se luchaba en el planeta y realizó la corrección del rumbo, lanzándose a la máxima velocidad prudencial que les podía permitir la atmósfera, cada vez más compacta.

Carmelita aparecía intranquila, seriamente preocupada, y Añúa, para distraerla, señaló el cuentavelocidades:

—Más que milagro será si no quedamos desintegrados en el espacio, jovencita.

—Es necesario que lleguemos a tiempo, profesor.

—Llegaremos. Ahora soy yo quien tiene la corazonada. En cuanto a la aeronave ésta, me parece que no hay cuidado. He estudiado sus formas, comparándolas con la serie de conocimientos que nosotros poseemos en materia de aerodinámica y he llegado a la conclusión de que estos «destructores de mundos» saben mucho. Le han dado a la aeronave las formas exactas para que el aire no se aglomere ante ella, cortándolo perfección, y el arremolinamiento del mismo no se forma bajo las alas ni sitio alguno que pueda perjudicar el normal avance, sino que se sitúa a la cola, sirviéndole más de fuerza de propulsión que de impedimento. Fíjese bien.

Aumentó el profesor Añúa la velocidad de descenso hasta llegar a los 30.000 kilómetros, cosa prohibitiva en la atmósfera, y la aeronave continuó su avance sin sufrir la menor trepidación.

—No obstante, resulta peligroso y llegaremos mejor, con más seguridad, si reducimos un poco la velocidad. Pero nuestro esfuerzo

no ha resultado infructuoso. Hemos alcanzado al roto-avión que tripula la capitán Barrena.

El profesor Añúa señaló la pantalla de uno de los detectores en la que se veía claramente la silueta del roto-avión, con la posición que ocupaba con respecto a ellos.

—Ahí lo tiene.

Carmela no respondió, pero el profesor Añúa notó que un gesto de alegría iluminaba su semblante.

—Voy a comunicar con ella —continuó el profesor— no sea que nos lance alguna emisión de rayos desintegradores. No le diré que está usted aquí conmigo.

Mientras el profesor Añúa se identificaba ante el roto-avión, Carmela había maniobrado los detectores, recogiendo una amplia vista del teatro de la lucha sobre la corteza del planeta, derivando inmediatamente después hacia las aeronaves que continuaban atacando con feroz insistencia al grupo de terrestres.

—Vamos a por ellas, profesor.

—Calma, joven. Si las atacamos en vuelo vertical, lo más seguro es que alcanzásemos a nuestros compañeros. Ahora nos echaremos contra los que atacan desde tierra, y una vez hagamos vuelo horizontal, nos meteremos con las aeronaves si antes no han huido. Esté atenta a cumplir rápidamente cualquier cosa que le ordene aunque le parezca absurda.

—De acuerdo, profesor.

La corteza del planeta hallábase ya al alcance de los rayos eléctricos y desintegradores con que iba equipada la aeronave, y el profesor Añúa inició su primera ofensiva, haciendo que todas las armas de a bordo entrasen en acción, percibiendo inmediatamente los desastrosos efectos que causaban sobre los atacantes en el suelo.

No sólo los infantes, sino los carros de combate de los «destructores de mundos», así como su artillería eléctrica comenzaron a sentir los efectos del devastador ataque, y a su vez las baterías de gran alcance comenzaron a actuar contra la aeronave, que primero habían supuesto aliada, lanzándole descarga tras descarga de sus rayos eléctricos, deseosos de hacerle perder el control de vuelo para estrellarse contra el suelo. Pero Añúa no perdió los nervios en tan difícil momento, y sin abandonar el control de las armas ordenó a Carmela que pusiera el piloto automático para que la operación de tornar a elevarse se efectuase con la justeza necesaria y no estrellarse contra el suelo.

Los del grupo de desembarque, libres del atosigamiento de los enemigos, sintieron ganas aplaudir al ver la arriesgada maniobra: cómo la aeronave llegaba en su ataque hasta escasos metros del suelo y cómo maniobraba luego, rozando casi a los combatientes de tierra

entre los que sembró el pánico más absoluto, para inmediatamente alzarse en vuelo casi horizontal, atacando con sus certeras ráfagas a los aviones ligeros que aún no habían abandonado el campo y la mayoría de los cuales quedaron desintegrados en breves segundos.

La aeronave tornó a elevarse y el profesor Añúa se dirigió a Carmela:

—Y ahora, jovencita, dispóngase a abandonar la aeronave. Deseo que lleguemos junto al coronel Cris antes que su rival. Será un golpe de efecto.

—¿Pero como es posible? ¿Vamos a destrozar esta magnífica aeronave?

—No se preocupe. La tengo arreglada a mi gusto y podré controlar sus movimientos y disparo de sus armas, primero desde el aire y luego desde el suelo. No he permanecido ocioso el tiempo que estuvimos en el *Neptuno*, imaginando que podía suceder algo de esto.

—Es usted maravilloso, profesor; sorprendente.

—Es la ciencia, hija mía, y la inquietud que vive en mí. Nada somos si las facultades no nos acompañan.

En tanto, en la aeronave pilotada por la capitán Barrena, realizaba ésta un efectivo trabajo de ir levantando el cerco en torno a los terrestres y sentíase doblemente satisfecha al saber que, por poder tomar tierra en escaso espacio de terreno, sería la primera en llegar ante el coronel Cris.

Y se hallaba entregada a tal idea, cuando vio que desde la otra aeronave se lanzaban al espacio dos figuras en el instante preciso de pasar sobre el lugar donde se hallaban Cris y los suyos, haciendo un gesto de viva contrariedad al reconocer a la que consideraba su rival; pero se abstuvo de mostrar su enfado ante sus cotripulantes. Sin embargo, apresuró la maniobra para acercarse al grupo y tornar tierra en la proximidad del mismo, cuanto antes.

El profesor Añúa, en tanto, con el dispositivo de control remoto colgado del cuello, realizaba el descenso sin perder de vista la aeronave, dirigiéndola en su continuado ataque que resultaba más audaz al no hallarse ellos dentro, siendo el asombro de cuantos contemplaban las maniobras.

Una vez en tierra, continuó el profesor sus maniobras, mientras Carmela atendía al coronel, que continuaba inconsciente.

—¡Cris! ¿Qué te ocurre? ¡Soy Carmela!

—No creo que sea nada grave, sargento —intervino el capitán Monterroble acentuando el tratamiento de la muchacha—. Seguramente se le hubiese pasado ya de haberlo podido atender, pero el acoso enemigo no nos lo ha permitido. Han llegado ustedes a tiempo.

Rápidamente limpió Carmela la herida de Cris, aplicándole el

tratamiento adecuado, y el capitán Monterroble, llamado por el profesor Añúa, informó a éste sucintamente de la situación y de los resultados logrados en su asalto al refugio del Alto Estado Mayor enemigo.

—¡Magnífico, capitán! Creo que es el momento psicológico adecuado para continuar actuando sin darles punto de reposo. Nosotros acabamos de destrozarles varias potentes formaciones aéreas, y deben haberse quedado aquí sin fuerzas de ese tipo. Tal desastre y la falta de un Estado Mayor capaz de coordinar y dirigir, los habrá sumido en el caos y no debemos dejar pasar tal momento.

Hízose cargo otro de los oficiales del control de la aeronave, recibiendo al mismo tiempo instrucciones concretas, y el profesor Añúa, junto con Monterroble y otro oficial de la misma graduación, comenzaron a estudiar rápidamente los planos que poseían de las instalaciones de la industria atómica.

—Lo esencial para iniciar nuestro ataque es que las gentes que habitan este planeta se hallen en subterráneos. Así no les perjudicaremos —indicó Añúa luego de explicar sus planes, concebidos rápidamente—. Pero tales instalaciones deben quedar si no destruidas, en nuestro poder, y el enemigo barrido de la faz del planeta.

Mientras el científico discutía con los dos oficiales, había llegado la capitán Barrena, la cual se dirigió inmediatamente hacia donde Carmela se hallaba atendiendo a Cris.

—¡Me extraña verla aquí, sargento, cuando debiera estar usted arrestada en el *Neptuno*!

—Ante la inminencia del peligro, me ha dado autorización el comandante.

—Eso la salva a usted.

Volvióse entonces la capitán Barrena hacia dos de sus acompañantes y les ordenó:

—Cojan el cuerpo del coronel Cris y trasládenlo inmediatamente a nuestro roto-avión. Debemos conducirlo cuanto antes al *Neptuno*.

Al propio tiempo, las armas pedidas por el coronel Cris, así como las escafandras y los trajes metálicos, fueron descargados, y los componentes del grupo, siguiendo las instrucciones de Monterroble, se equiparon rápidamente. El plan de Añúa había sido aceptado y se iba a poner inmediatamente en ejecución.

—Es una lástima que el coronel Cris no pueda ser de la partida —comentó Monterroble—. Hubiese disfrutado lo indecible.

Añúa se dirigió a Carmela:

—Usted debe regresar al *Neptuno* con el coronel, sargento Garrido.

—Prefiero luchar aquí, profesor. En realidad, el comandante del

Neptuno me ha confiado su custodia. El coronel Cris no me necesitaba, va bien atendido.

La capitán Barrena estuvo a punto de explotar, pero se contuvo, y el capitán Monterroble se dirigió a ella:

—Puede despegar ya con su gente, capitán. Nosotros vamos a iniciar el ataque. Una vez haya dejado al coronel en el *Neptuno* debe volver a ocupar su puesto por si les necesitásemos. Transmitiremos con regularidad el resultado de nuestra acción para que el coronel pueda estar informado en todo instante, pues no tardará en recobrar el conocimiento.

Despegó la capitán Barrena en el roto-avión, y Monterroble, tras despedirla, pasó revista al grupo, asegurándose que no había sido olvidado ningún detalle, que todo estaba en perfecto orden, y se dirigió entonces al profesor:

—Todo está en orden, profesor. Creo que podemos empezar.

Había montado el profesor una especie de telémetro electrónico y revisó con él minuciosamente la zona donde debían operar, asegurándose que no existían indígenas en ella y entregó a continuación el aparato a Molday.

—Manténgame informado continuamente, Molday. Vamos a desencadenar un rudo ataque con bombas atómicas y no quisiera que ninguno de los suyos fuese víctima de ellas.

—Ellos están todos a muchos metros bajo tierra trabajando. No hay cuidado.

Tomó entonces Añúa el control de la aeronave, haciéndola descender rápidamente dirigiéndola sobre la zona que debían atacar, y apenas sobre ella, a un centenar de metros de altura, distribuyó las minas atómicas manteniéndolas en el espacio.

—Las minas se hallan dispuestas, capitán. Cuando usted diga las haremos estallar.

—¡Todo el mundo cuerpo a tierra! ¡Eviten mirar hacia el lugar de la explosión!

La orden fue obedecida y Monterroble dio la voz ejecutiva al profesor:

—¡Fuego!

Transmitió el profesor la orden e inmediatamente, pese a tener la vista vuelta hacia la tierra, se vieron sorprendidos por el cegador resplandor e inmediatamente después por un espantoso calor, cuya intensidad, en los primeros momentos, les impidió todo movimiento.

Pero no se podía perder tiempo y el capitán Monterroble dio la orden de avanzar, poniéndose en pie inmediatamente los componentes del grupo e iniciando el avance sobre la zona afectada. Bien cubiertos por sus escafandras y sus trajes protectores, daban la sensación de ser auténticos monstruos invadiendo un paisaje de fantasía del que el

humo atómico se había adueñado, destruyendo la vida en torno a él.

Sin tropiezo alguno, en rápida marcha, avanzó el grupo hasta llegar al centro de la zona afectada y una vez allí entraron en funciones las armas atómicas y la perforadora para abrir paso hacia los lugares subterráneos. No encontraron resistencia alguna, y logradas las perforaciones, el grupo penetró en la ajena subterránea, descendiendo en los ascensores que habían sido abandonados, no quedando vestigios de «destructores de mundos» los lugares próximos.

—La explosión atómica debe haberles asustado.

En el interior de los subterráneos se notaba el reflejo de la conmoción que había sufrido la tierra bajo la terrible explosión, que había motivado algunos desprendimientos y roturas, imprimiendo al conjunto un estado de desolación, de desastre.

Los ascensores condujeron a los terrestres a una profundidad de doscientos metros, y una vez en aquella capa, llegaron a sus oídos los primeros rumores de lucha, gritos, furiosos trompetazos, ruido de carreras.

Pronto desembocaron en uno de los lugares donde se luchaba y pudieron ver que los indígenas se habían rebelado y que atacaban con furia a un grupo de «destructores de mundos» muchos de los cuales habían sido desarmados, siendo absorbidos por la masa de esclavos que se complacía en destrozarlos a tiempo que lanzaban feroces gritos de venganza y odio.

Un grupo de «destructores de mundos» resistía, atacando a la masa con sus armas y causando grandes estragos entre ella y los terrestres se dirigieron inmediatamente a tal lugar, atacando a su vez y destrozando a los sorprendidos «destructores» en pocos instantes. La multitud de indígenas se detuvo sorprendida y Molday se desprendió de la escafandra, dándose a conocer y presentando a sus amigos. Rápidamente surgieron de entre los indígenas algunos de los que ya habían estado en contacto con Molday y con el propio Cris.

—¡Vamos, amigos! No hay tiempo que perder. Un grupo de los nuestros defiende las instalaciones que la inmunda bestia quiere volar para enterrarnos a todos aquí.

—¿Cómo os habéis lanzado? —interrogó Molday.

—Nos enteramos de que habíais destrozado a su Estado Mayor y que caminaban de desastre en desastre. Se les nota nerviosos, descentrados y cuando se produjo la gran explosión, comprendiendo que estaban perdidos, trataron de volar esto para que muriésemos todos enterrados. Nos iba la vida en ello y atacarnos rápidamente, sin darles tiempo a nada.

—¡Muy bien hecho! ¡Adelante!

El refuerzo recibido por los indígenas, más moral que físico, les electrizó y se desdoblaron en la lucha, haciendo verdaderos prodigios

de valor, apoderándose de las armas de sus enemigos para volverse contra ellos, persiguiéndoles con saña, sin darles cuartel, destrozándolos en el sentido más brutal de la palabra.

Carmela, que no se separaba un instante del profesor, combatiendo ardorosamente a su lado, no dejaba por ello de sentir horror ante la horrible masacre. Pero no tenía más remedio que dejarse llevar y matar o morir.

Monterroble, de acuerdo con Añúa, ordenó bloquear la extensa zona afectada por la explosión atómica, estableciendo un amplio cerco en torno la ella para evitar desgracias y, al propio tiempo, encauzaron la lucha de forma más normal, pasando, después de dominar las instalaciones atómicas, a las minas y otros lugares donde la inmunda bestia, como los indígenas llamaban a los «destructores de mundos», se aferraba, defendiéndose del incesante ataque.

Y veinticuatro horas después de iniciarse la lucha, el formidable enemigo quedaba totalmente vencido, borrado de la faz del planeta, que de nuevo comenzó a vivir, surgiendo del montón de escombros y desgracias, marchando entonces hacia una civilización menos cómoda, más digna, más humana.

Rápidamente fue formado un Gobierno provisional que presidió Molday, y los hombres de la Tierra, por medio de Añúa y Monterroble, se despidieron.

—Os decimos hasta muy pronto. El enemigo no ha sido vencido totalmente y de momento no retiraremos la vigilancia de la periferia de vuestra atmósfera, que pronto quedará protegida por las minas «Añúa», hasta que vosotros seáis mayores de edad y como los del planeta «D-7», seáis capaces de defenderos por vosotros mismos. Esta será

una nueva base para atacar al enemigo común hasta expulsarlo de nuestra galaxia y aun más allá, hasta que no quede rastro de él en el Universo.

* * *

—Y bien, Carmela. Supongo que estará usted tranquila por conocer la suerte del coronel Cris.

—Pues, sí, profesor. Tengo ganas de saber cuál en su estado, pero no me preocupa demasiado. Ante la magnitud de la lucha, de los problemas que se nos plantean, esas pequeñas cosas personales van perdiendo valor. Creo que empiezo a sentirme otra persona muy diferente y creo que es desde que he descubierto su segunda personalidad, la más vigorosa que llevaba usted escondida, la del hombre de acción, que se me va contagiando también a mí. Pero no se ponga pálido, profesor, aún nos queda mucho que hacer.

Añúa sintió que algo muy dulce le embargaba, que no podía hablar…

FIN

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Debemos recordar que al no existir en los espacios siderales gases capaces de vibrar en resonancia con los rayos electromagnéticos del sol, reina en ellos absoluta falta de luz.